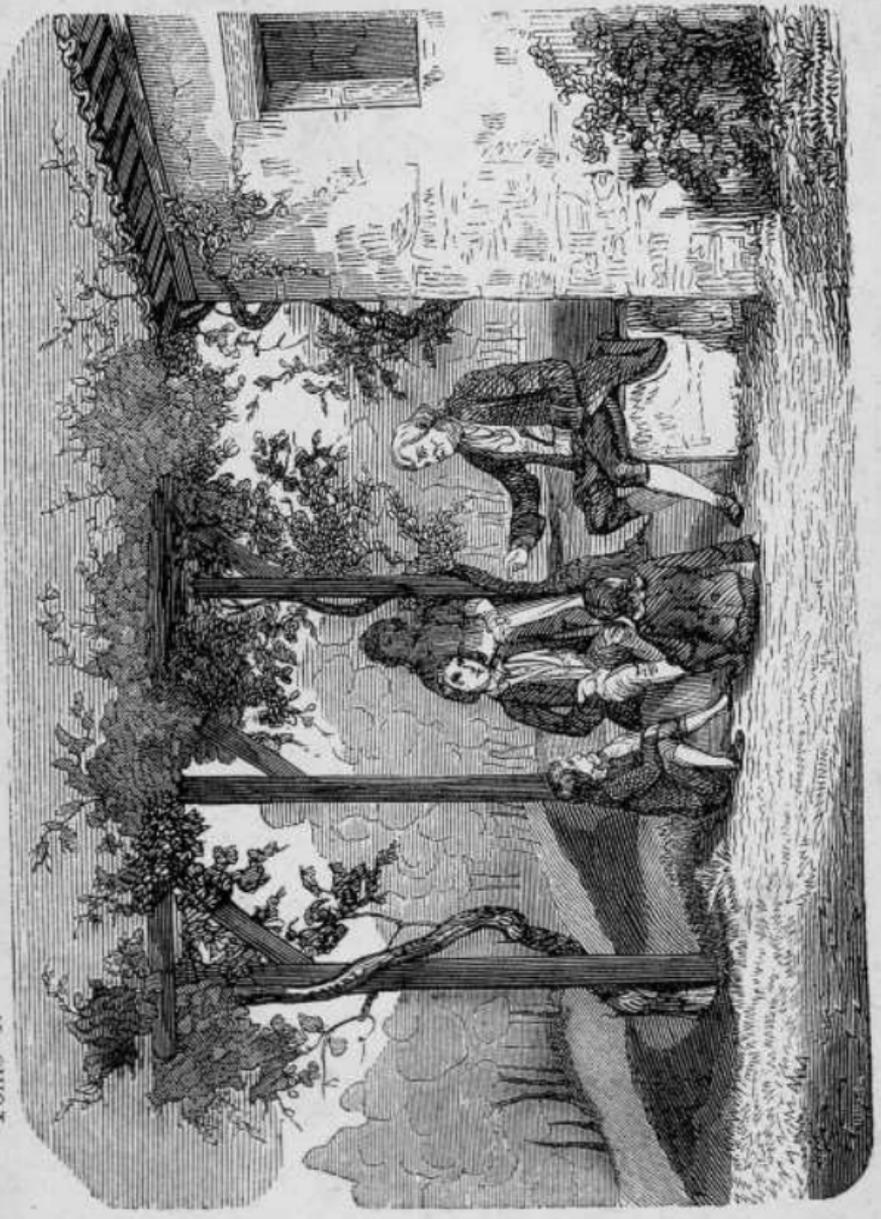


DG
Com

t. 1137652

c.





LAS TARDES
DE LA GRANJA.

NUEVAMENTE TRADUCIDAS Y REFUNDIDAS

por

D. JOSÉ LOSAÑEZ.

**Regente de segunda clase, profesor de lenguas vi-
vas y catedrático cesante del Instituto de Se-
govia.**

TOMO I.

MADRID: 1855.

**SE BALLARA EN EL IRIS DE LA ILUSTRACION,
plazuela del Anjel, núm. 12.**

ESTA NUEVA TRADUCCION ES PROPIEDAD DEL EDITOR.

Imprenta de D. Ramon Campuzano,
Calle del Ave Maris, núm. 17.

PRÓLOGO.

DESDE que á principios del corriente siglo se publicó la primer traduccion de las TARDES DE LA GRANJA, fué tan grande la aceptacion con que esta obra mereció ser acogida, que las traducciones y ediciones de ella se han repetido con una rapidez poco conocida en las demas obras de igual procedencia. Y en efecto, el público español, al conceder tal popularidad á esta publicacion, ha procedido con aquella cordura que siempre le distingue, favoreciendo una obra que por la multitud de historietas morales que encierra, es muy á propósito para escitar en los tiernos corazones de la infancia ideas de rectitud, de beneficencia, de afecto recíproco, de

amor al prójimo , de disimulo por los defectos ajenos.

Confiados en tan benévola acogida nos atrevemos á presentar al público esta nueva traduccion, aunque notablemente distinta de las anteriores. En ella no hemos obrado como simple traductor ; algunos argumentos de sus novelillas no correspondian al alto fin moral que el fondo de la obra se propone; estos nos hemos tomado la libertad de alterarlos en lo puramente necesario para que por todas partes se presente la virtud triunfante y el vicio confundido; el condigno castigo al lado de la culpa.

En las traducciones anteriores á la nuestra menos de una mitad de las tardes tenian á su principio la décima en que se enuncia el objeto moral propuesto en aquella leccion. Nosotros hemos creido oportuno ponerla en todas; y tanto en estas décimas como en las demas composiciones poéticas intercaladas en la obra, hemos preferido seguir las ideas de la moral conforme á la lectura que las sigue, mas bien que conformarnos con el original francés; lo cual y el deseo de evitar repeticiones de títulos nos ha obligado á variar algunos, aunque pocos, de los que cada tarde lleva al frente.

Ademas de las ventajas que con relacion á la

amenidad de su lectura lleva consigo á nuestro corto entender esta refundicion , tendrá la inapreciable de reducir el primitivo costo de la obra , circunstancia muy atendible en nuestros dias, en que el amor á la lectura se va desarrollando con rapidez y los recursos para adquirir libros no abundan demasiado. De este modo las TARDES DE LA GRANJA podrán circular aun entre las familias menos pudientes, é introducir útiles y saludables reformas en el carácter , naturalmente impetuoso y turbulento, de algunos jóvenes haciendo su felicidad y la de las personas que les son allegadas.

¶ Quiera Dios coronar nuestros deseos y que la refundicion de esta obra sea un nuevo, aunque ligero servicio que tributemos á nuestra patria.

LAS TARDES

DE LA GRANJA.

Introduccion.

PALEMÓN era un labrador honrado y de medianas comodidades, á quien una larga esperiencia y las diferentes vicisitudes de su vida habian proporcionado un profundo conocimiento del corazon humano. En sus primeros años habíase dedicado al estudio de las ciencias filosóficas, en las que habia adquirido conocimientos nada comunes, asi como en el dibujo, música y lenguas estrangeras. El prematuro fallecimiento de sus padres, ocasionado por el sentimiento de la pérdida de su fortuna, habia precisado á Palemon á dedicarse al cultivo de las pocas heredades que le quedaban, y no bastando

esto para su alimento, no se habia desdeñado en recibir un módico jornal por la ayuda que prestaba á sus vecinos.

Un inesperado socorro que la Providencia le deparó, reunido á su aplicacion y laboriosidad, y á la economía de la virtuosa muger que le destinó su buena suerte, le permitieron aumentar considerablemente su hacienda y hacerse uno de los labradores mas acomodados de la comarca. Pero habiendo fallecido su amada consorte y dejándole cuatro hijos, quiso consolarse de tan irreparable pérdida dedicándose á darles por sí mismo la educacion moral mas acomodada al porvenir que les preparaba: sus dos hijos menores Benito y Leon habian vivido desde muy niños en compañía de una parienta que residia á alguna distancia de la aldea. Palemon los llamó á su compañía, y para enseñar á todos que la primera de las virtudes es la caridad, recogió y llevó á su compañía á un niño huérfano desamparado á quien adoptó por hijo.

Vivia Palemon en una granja á corta distancia del pueblo que le vió nacer, cuya casa sencilla y su estenso cercado reunian cuantos encantos ofrece la naturaleza y son apetecibles en la vida campestre. La antigua ama de gobierno de Palemon, Marcela,

y algunos vecinos que le amaban por su benéfico corazón, se prestaron gustosos á representar los papeles que en esta continuada comedia de la moral en accion quiso el virtuoso labrador destinarles.

Todas las tardes al ponerse el sol se sentaba el anciano Palemon bajo el emparrado de su casita y en rededor suyo tomaban asiento en el mullido cespced sus cuatro hijos, Armando de quince años, Adela de catorce, Benito de trece, Leon de doce, y el huérfano Julio tambien de trece años, que se habia criado al lado de los dos primeros, y tanto teórica como prácticamente, el padre de familia se ocupaba en instruir á sus hijos, y los veia con satisfaccion crecer en edad, en talento y en virtudes.

TARDE PRIMERA.

EL TRABAJO.

Pecó el hombre, y el Señor
 Al trabajo le condena;
 Que fué merecida pena
 Y no severo rigor.
 En su paternal amor,
 Quiere que siempre afanoso
 Evite el vano reposo,
 Y activo y atareado
 Viva en la virtud honrado;
 Que no es bueno el que es ocioso.

ERA una hermosa tarde de otoño y ya el sol se acercaba al término de su carrera: los labradores suspendían sus tareas para entregarse al descanso necesario para recobrar sus fuerzas y emprender con nuevo vigor el trabajo al día siguiente. Esta era la hora que Palemon desde su primera edad había elegido para sus estudios, y la que posteriormente ha-

bia adoptado para la instruccion de sus queridos educandos. Sentado en medio de ellos y al lado de la buena Marcela, asegurado de la atencion de su auditorio le dirige estas cariñosas palabras :

Hijos mios: ¡ qué gozo experimento en este instante por verme rodeado de vosotros! ¡ Cuánto se complace mi alma con abrazaros á todos! Benito, Leon, la muerte os arrebató una bienhechora, que nunca debeis olvidar; por esta causa vais á vivir en adelante conmigo, con Armando, con Adela y con Julio, interesante huerfanito que he adoptado, y á quien en breve me parece que amareis como á un nuevo hermano que os ha enviado la naturaleza. Hijos y amigos mios, vivid siempre unidos: nunca turbe rivalidad alguna vuestro tierno y recíproco amor. Estais viendo á Julio, é ignorais las desgracias de este hijo adoptivo; pues voy á referirlas; y si la sensibilidad os arranca lágrimas, dejadlas correr libremente. Alejad de vosotros el frio y despreciable estoicismo que seca el llanto que produce la ternura, y que impide la dilatacion de un alma conmovida del infortunio y del abandono. Si la naturaleza ha dado al hombre la facultad de derramar lágrimas, debe verterlas sobre las desventuras de sus semejantes.

Escuchadme atentos, y de esta historia podreis inferir que todos los hombres han nacido para trabajar; y que el ocioso se causa á sí propio su desventura y la desgracia de toda su familia.

HISTORIA DE BERNARDO EL HOLGAZAN.

Bernardo era un jóven de esta comarca, á quien su padre habia criado en la ociosidad; por lo que en vez de ayudarle en las faenas de la labranza, quitándole de las manos el arado, que ya no podia manejar, pasaba los dias enteros sentado descuidadamente sobre el banco de piedra que estaba junto á la puerta de su habitacion. No era Bernardo disipador, no era afecto á la embriaguez, ni aun frecuentaba sociedad alguna de las de su pueblo; solo la pereza le dominaba, y en tales términos, que á la hora del desayuno se le hallaba todavía muellemente reclinado en su lecho; se levantaba cuando ya el sol habia corrido la mitad de su carrera. ¿Os reis? pues me gustan, hijos mios, esas señales de desprecio que manifestais respecto de la conducta tan indigna de un hombre, y mas siendo labrador: ellas significan que despreciáis á Bernardo tanto como él se hizo despreciable á los ojos de todos sus conciudadanos.

Su anciano padre no tenia bastante resolucion ni autoridad para precisarle al trabajo; cuando le hablaba, Bernardo no le atendia, y aun se propasaba á tratar al buen viejo con tanta dureza, que abrevió sus cansados dias. Si, hijos míos, este padre débil, con el sentimiento de haber dado la vida á un hombre inútil á sus semejantes (porque el perezoso ni aun para sí mismo es útil) enfermó, y murió una mañana sin tener el consuelo de ver á su hijo, porque todavía estaba durmiendo.

Tan triste suceso mudó en parte el plan de vida del indolente Bernardo. Le fué preciso arreglar sus negocios, en lo que tuvo poco que trabajar, porque todo estaba corriente. Su virtuoso padre le habia dejado su quinta y algunas aranzadas de tierra libres de toda deuda y obligacion. Consideradle ya dueño de sí propio, y tambien casado, pues uno de sus vecinos, antiguo amigo de su padre, se empeñó en precisarle á que reflexionase sobre la necesidad del trabajo, dándole por esposa una hija jóven, modesta, económica y llena de mil gracias. Era de esperar que Bernardo, considerando las inmensas obligaciones que contraia respecto de la naturaleza y de la sociedad, abandonase la indolencia, aplicándose al trabajo para sostener su casa y familia. ¡ Vana esperan-

za! los vicios de la juventud rara vez se dejan en la edad madura. Bernardo era padre, era esposo, y veía tranquilamente desmejorarse la preciosa herencia de sus padres. La naturaleza, que quiere que el hombre bañe con su sudor el pan que le contribuye, le negaba las producciones que solamente concede á los que fertilizan sus campos. Las yerbas dañosas cubrían sus heredades; en su huerta no se hallaba ni la hortaliza mas despreciable; sus establos estaban desiertos, sus corrales sin el menor habitador, y se veía precisado á recurrir á sus vecinos, para obtener de ellos la legumbre mas simple y que exige menos cultura.

No podia Bernardo vivir de esta manera y desempeñar sus obligaciones. En vano su desgraciada esposa le reconvenia con dulzura y le exhortaba al trabajo. Bernardo maltrataba á su muger, y volaba á la taberna, donde se estaba bebiendo hasta la noche, pues hacia poco que habia contraido este defecto, consecuencia casi precisa de su ociosidad. Al cabo de algunos años, este hombre despreciable, se vió sumergido en un mar de deudas. Su suegro salió fiador y se arruinó. Contrajo Bernardo nueve empeños, y la justicia se apoderó de aquel campo, fértil en otro tiempo, y tantas veces regado

con el sudor de su padre; de los muebles que Bernardo habia usado, sin atender á su conservacion; y en fin, de la quinta, antes tan hermosa y ahora casi desmoronada por todas partes. Su desgraciada esposa llevando de la mano á su hijo Julio, se ve precisada á abandonar el techo conyugal, vuelve á la casa paterna, maldiciendo mil veces al criminal esposo, que ocasionó sus desgracias... ¿Os estremeceis, hijos míos? pues esperad y vereis cómo presento á vuestra vista un cuadro todavía mas horroroso.

No sobrellevó Bernarno este golpe terrible con su acostumbrada indolencia: apoderóse el pesar de su corazon, y prontamente cedió este lugar á la desesperacion. Despreciado en todas partes no pudo encontrar ni una miserable plaza de jornalero: nadie queria darle labor, temiendo que no la desempeñaria. Este hombre, desgraciado á la verdad por culpa suya, conoció demasiado tarde la inmensidad del infortunio en que se hallaba abismado, y formó la horrible intencion de quitarse la vida.

Una tarde, su pobre esposa, que casi no le veia, estaba á la orilla del rio lavando su ropa y la de su hijo Julio: este jugaba á poca distancia de su madre; pero la desventurada se deshacia en lágrimas,

pensando en su triste situacion, y suplicaba al cielo que pusiese término á sus males; mas ¡ay! el cielo la habia escuchado... De repente se agitan las ondas, y arrojan á la playa, junto á la afligida esposa, un objeto que al pronto no puede distinguir: se acerca: ve un cadáver; ¡un cadáver! ¡oh cielos! ¡qué funesto presentimiento! Se aproxima mas, lo examina, reconoce á Bernardo, y cae sin sentido. ¡Considerad el espanto del inocente Julio! Llama con dolorosas voces á su madre, se arroja sobre su padre, á quien quiere reanimar con el calor de sus besos... hasta que al fin, sus penetrantes gritos son oidos de algunos pasajeros.

Llegan varias personas, que trasladan á otra parte el desfigurado cuerpo del suicida Bernardo; llevan tambien á su desmayada esposa á casa de su padre, donde esta infeliz solo recobra la vida para dar á luz un niño, que muere pocas horas despues sobre el seno de su madre, la cual no pudo sobrevivir á tantas penas: exhaló los últimos suspiros entre los brazos de su padre; de su padre desesperado, anciano, enfermo, sin apoyo, sin recursos, que aun llora el haber perdido por su imprudencia una hija virtuosa y adorada.

Julio, el inocente Julio quedó huérfano: yo le

adopté, hijos míos; vedle ahí, en vuestros brazos le teneis. ¡Oh! acariciad á esta tierna criatura, y tened siempre presente el ejemplo de su padre, para que ameis el trabajo, y eviteis cuantos males son indispensable consecuencia de una vida ociosa, inútil, gravosa para los mismos que la siguen y para la sociedad.

Habia Palemon acabado su historia, y todos los muchachos estaban en pié abrazando estrechamente á Julio: lloraba éste, y tambien sus hermanos adoptivos le inundaban en lágrimas de ternura. Los sucesos de Bernardo les habian interesado tanto, que cada uno se proponia no perder jamás de vista este ejemplo, para arreglar su conducta, y hacerse dignos de las lecciones de su respetable padre.

Esta tarde se dedicó á manifestar la necesidad del trabajo, y la felicidad que disfruta un hombre honrado cuando llena todas sus obligaciones. Palemo eligió con cuidado una víspera de fiesta, á fin de ofrecer á sus hijos una viva imágen de la actividad, y las ventajas que de ella resultan: vamos á ver cómo se manejó para conseguirlo.

Estaba ocupado en explicar á su jóven auditorio que el hombre en todas las clases ha nacido para trabajar; que todos trabajan en una sociedad bien or-

ganizada ; y que de la aplicacion han nacido las artes , su perfeccion y el adelantamiento en todas materias ; cuando se presentó una cuadrilla de jornaleros , cubiertos de polvo y de sudor , y cargados de instrumentos de agricultura.

¡Hola! ¿estais aquí mis buenos amigos? les dijo Palemon levantándose: habeis hecho muy bien en venir: sentaos, que vendreis fatigados. Esperad un instante, que muy luego volveré á pagaros vuestra semana.

En seguida se dirige á su granja para tomar el dinero necesario: entre tanto sus hijos examinan atentos á los buenos jornaleros que están delante de ellos sentados sobre la yerba. Benito y Leon particularmente , para los cuales es enteramente nuevo este espectáculo , no se cansan de mirar los rostros tostados por el sol , los nerviosos brazos y el aire alegre de estos hombres laboriosos : piensan en las lecciones que acaba de darles su padre sobre el amor al trabajo , y desean con ánsia poder ser tan útiles como estas buenas gentes , disfrutar su salud y la paz interior de que gozan.

No tarda en volver Palemon acompañado de Marcela , la cual trae un buen jarro lleno de vino y una taza , en la que dá de beber á todos los peo-

nes : el mismo Palemon no se desdeña de brindar á su salud ; y este cuadro de bondad y sencillez enternece á los muchachos, que apenas se atreven á respirar por no perder nada de tan agradable escena.

Quando los jornaleros han satisfecho su sed, se sienta Palemon, y paga á cada uno su salario, pues todos trabajan en sus heredades, y le aman á competencia. Toma, Santiago, dice á uno ; esto es lo que te pertenece. Es un verdadero placer el ver á un hombre honrado como tú ganar dinero, y saberlo emplear, pues me consta que socorres al pobre carretero que está herido. ¿Te avergüenzas, amigo mio? vaya, no hablemos mas de ello.

Tú, Pedro, ¿ cómo tienes á tu muger y tus cuatro hijos? serán muy buenos trabajadores si se parecen á su padre.

Jorge, tengo que hacerte algunas advertencias. Siento mucho que quieras abreviar tu vida. Sé que despues de haber trabajado para mí todo el dia, vas á trabajar una parte de la noche en el molino de Tomás. Eso me parece demasiado : es verdad que además de tu muger y tus hijos, tienes que alimentar á tu anciano padre, los cuales por tu actividad disfrutaban de una regular comodidad; pero temo que con el esceso del trabajo se debilite tu salud.

A propósito, Felipe: dicen que vas á comprar la casa y cercado de Guillermo, tu vecino: preciso es, buen Felipe, que hayas trabajado y economizado mucho para poderte proporcionar un albergue seguro en tu vejez: muy bien, amigo mio, muy bien; tengo mucho gusto en ocupar á un hombre tan arreglado como tú: ¡oh! los hombres laboriosos nunca carecen de ocupacion ni de lo necesario á su vida: solo los perezosos se confunden en la indigencia y se arrebatan á cometer el crimen.

Así elogiaba Palemon á sus obreros, proporcionando las alabanzas al mérito. Todos le dieron las gracias, y se retiraron despues de haberle prometido, como tenian de costumbre, madrugar mucho el primer dia de labor, para servirle con toda diligencia y exactitud.

Luego que se fueron, tuvo el anciano la satisfaccion de ver que el cuadro de la actividad recompensada, que acababa de presentar á sus hijos, producía todo el efecto que se habia prometido. Vió brillar en sus ojos el deseo que tenian de hacerse un dia amables á la sociedad, en fuerza de útiles ocupaciones y de una actividad sin límites. Todos le prometieron aprovecharse de las lecciones que les daba, y no olvidar por las artes agradables, los ofi-

cios honrados y estimables que les enseñaba. Uno aprendia el de carpintero, otro el de cerrajero, otro se dedicaba á la arquitectura, y otro se ocupaba en la agricultura. En cuanto á la jóven Adela, queria su padre que los cuidados domésticos, y los trabajos de su sexo, fuesen su única ocupacion, persuadido de que una buena madre de familia es tan recomendable como el artista ú oficial que trabaja fuera de casa para atender á sus obligaciones, y proporcionar recursos á sus dependientes.

Así se pasó esta tarde, consagrada á las lecciones y al ejemplo del trabajo.

Palemon se habia propuesto instruir á sus hijos con ejemplos y lecciones prácticas, contando con que por este medio conseguiria mejor la perfecta y sólida educacion de sus tiernos discípulos, que no con solo lecciones teóricas y puramente clásicas. Continúemos para ver el sazoadísimo fruto de sus trabajos.

Virtuosos padres y madres que amais á vuestros hijos, á esos dones preciosos de la naturaleza, que son vuestra esperanza y la de vuestra pátria; venid á casa del anciano Palemon: entrad conmigo en su granja sencilla, pero cómoda, á pasar con este respetable hombre todas las tardes que ha de consagrar á la formacion de hombres y ciudadanos; este cua-

dro es digno de vuestra atención: él me inflama y exalta mi imaginación; y si no os ofrezco un plan completamente ordenado de educación, á lo menos os presentaré algunos rasgos morales que podrán ser provechosos á vuestros hijos y dependientes. Los buenos principios son útiles en todas partes: la moral del corazón enciende, reanima el alma mas tibia, así como un día apacible en que brilla con todo su esplendor el astro refulgente regocija al hombre mas insensible á los atractivos de la naturaleza.

Cuantos esfuerzos, cuantos sacrificios hiciéreis, quedarán ámpliamente recompensados, si lograis inspirar en los corazones de vuestros hijos el amor á la virtud. No se la pinteis rígida, severa: hacédsela conocer tan dulce, tan amable como es: presentadles con claridad todos sus atractivos, para que por sí mismos la busquen y la sigan como el único recurso que ha de facilitarles la paz del alma, única felicidad que puede disfrutarse en la tierra.

TARDE SEGUNDA.

LA BENEFICENCIA.

A tu hermano en la amargura
Socorre, enjuga su llanto;
En su penoso quebranto
Consuélele con dulzura.
Si con fraternal ternura
Así alivias la indigencia,
La Divina Providencia
Bendecirá tus acciones,
Te colmará con sus dones
Y hará feliz tu existencia.

EL dia siguiente era festivo, y Palemon y sus hijos le dedicaron á los actos religiosos propios de semejantes dias, y el tiempo sobrante, á aquellos juegos juveniles que escitan la alegría y hacen desarrollar las fuerzas y la agilidad. Proponíase el buen anciano acostumarles al uso del dinero, pero queria que este le empleasen dignamente. Su laboriosidad, sus

buenas acciones eran siempre premiadas con algunas monedas; pero al que durante la semana en nada se habia distinguido ó hubiese cometido alguna falta, le privaba de esta ligera recompensa. Nada temia en cuanto á la inversion, porque el sitio en que vivian nada ofrecia que lisonjear pudiese sus deseos; y queria evitar que suspirasen anticipadamente por la posesion de una cosa que tantos afanes y cuidados debia cortarles en adelante. Por otra parte vigilaba muy de cerca á las prendas de su corazon, y del uso del metálico se proponia sacar utilisimas lecciones.

La mañana del lunes se habia pasado en los ejercicios ordinarios de los muchachos; y á la caida de la tarde, todos habian acudido al bosquecillo á fin de aprovecharse de las lecciones de su padre, que tanto les interesaban. Ya están todos sentados, y Palemon no llega: Marcela ocupa su lugar, y quiere entretener á los muchachos con uno de sus insípidos cuentos; pero apenas la escuchan: no tenia como Palemon el arte de inspirar respeto y fijar la atencion. Principió Marcela á reparar que su auditorio bostezaba á menudo, y volvia sin cesar los ojos hácia la puerta de la granja para ver si venia Palemon: iba á prorumpir en espresiones de indignacion, cuando de repente se presenta un viejo lleno de an-

drajos, encorvado bajo el peso de sus años: un báculo sostiene sus pasos vacilantes: la blanca barba le cubre el pecho: sus pies desnudos vierten sangre que le han hecho derramar las agudas piedras que ha pisado en el camino: todo anuncia en él la miseria mas estremada.

Se detiene: mira, derramando lágrimas, á los cinco muchachos, que quedan atónitos al verle, y no pueden pronunciar una palabra. ¿Qué es esto? esclama la anciana Marcela: ¿qué quereis? ¿por dónde habeis entrado?—La puerta del cercado no estaba cerrada, responde el viejo, y me he tomado la libertad de entrar hasta aquí.—¡Pues no es mal atrevimiento!... ya se vé... es verdad... ¡como yo estaba ocupada!..... vaya, vaya: me ha causado miedo... pero al fin ¿hablareis? ¿qué es lo que se os ofrece?—Vengo á implorar vuestra compasion para con un desdichado viejo y enfermo, que se ve precisado á mendigar el sustento.—¡Un mendigo! á la verdad que no nos faltan aquí: este es el sesto de los que hoy han acudido: ¡no se vé otra gente! Idos, amigo, idos: tengo pobres de obligacion.—Con que vuestras limosnas no se dirigen sino á algunos infelices privilegiados? ¿Con que todos los desgraciados no son vuestros hermanos?—¡Hermanos míos! ¿qué

quereis decir con eso? Yo tenia dos hermanos, y bellos mozos, otro tanto mas altos que yo: los dos murieron en el ejército, y los lloraré toda mi vida: vaya, vaya; retiraos, que yo tengo mil cosas á que atender... ¿Apostamos á que no quiere irse?

La vieja iba á empujarle ásperamente hácia la puerta, cuando el jóven Armando se levanta, y la suplica que tenga mas humanidad. Nuestro padre, dice, nos ha enseñado á respetar los arapos de la miseria, y no permitiremos que trateis con tanta dureza á este venerable anciano. —No, no, esclaman todos los niños, cogiendo del brazo al mendigo, y precisándole á sentarse en medios de ellos. — Virtuosos niños, les dice este; compasivas criaturas, el cielo os bendecirá: tendreis una dichosa ancianidad, pues sabeis respetarla. — ¡Bueno! replica la vieja: él os dirá la buenaventura: despedid á ese vagamundo: si habeis de recibir á todos de esta manera, no os faltarán ocasiones, yo os lo aseguro.

Los niños estrechan al anciano entre sus brazos, y le suplican que perdone las amargas espresiones de Marcela, á tiempo que este fija en ella la vista, y esclama: ¿No me engaño? ¿sois vos Marcela? — Sí, yo soy; pero no os conozco. — ¿No reconocéis ni os acordais de Pedro Lebon, un antiguo

jornalero de vuestro amo Palemon?—¡ Ah! ¡ eres tú! ¡ qué desconocido estás!... Pero, ¿ cómo te atreves á presentar aquí, despues del indigno modo con que has procedido respecto del hombre mas honrado? yo te aconsejo que te retires antes que vuelva mi amo, porque si te hallase aquí... — Ya voy, ya voy á evitar su presencia. ¡ Gran Dios! ¿ con que todavía está irritado conmigo? voy á retirarme; pero antes hacedme el favor de oír mi justificacion.—¿ Tú justificarte? mucho lo dudo.—Dejadle hablar, dice la jóven Adela; este buen viejo puede ser inocente; y su aspecto respetable así lo anuncia: ¿ no es verdad, hermanos míos?—No, no, esclaman todos; no es culpable; hablad, buen hombre; esplicaos.

Marcela murmura entre dientes; pero por fin se sienta, y el mendigo comienza de este modo una relacion que hace prorumpir en llanto á los muchachos.

Mis sucesos, niños compasivos, acaso me harán odioso á vuestros ojos: sin duda vais á aborrecerme, y á convenir en que si soy desdichado, he merecido serlo; porque la prosperidad huye de los corazones empedernidos; pero ¡ cuántas lágrimas me ha hecho derramar esta falta irreparable! ¡ cuántas veces al dia me maldigo! ¡ Ah! el cielo aumente en vuestros

corazones el deseo de ser buenos y útiles á vuestros semejantes, del cual me dais en este instante una prueba tan sensible! Las almas tiernas hacen su felicidad contribuyendo á la de los desgraciados á quienes socorren.

AVENTURAS DEL VIEJO MENDIGO.

Me llamo Pedro Lebon: mi padre fué labrador de esta comarca en otro tiempo, y tenia un hermano, quien, á sus veinte años, sentó plaza, y dejó para siempre la casa de sus padres. El mio recibia de cuando en cuando noticias de este hermano, á quien amaba sobremanera: le escribia muchas veces, rogándole que volviese á sus hogares, y á compartir las comodidades que disfrutaba: mi tio se resistió siempre á estas súplicas, porque amaba la carrera militar, y decia que estaba resuelto á morir bajo los estandartes del honor. Esta obstinacion de mi tio Santiago Lebon affligia á mi padre, el cual decia que no deseaba sino que su hermano viniese á cerrar sus ojos en su última hora. Por fin, un dia recibió una carta (¡y fué la última!) de tan querido hermano: mi padre nos la leyó vertiendo lágrimas: siempre la tendré presente: estaba, poco mas ó menos, concebida en estos términos:

«Voy á participarte una noticia que seguramen-
»te te afligirá, querido hermano mio, segun es
»grande el amor que me tienes, y porque se opone
»á los proyectos que has formado para nuestra re-
»union: el cielo lo ha dispuesto de otro modo. Sabe
»que un rico comerciante, muy amigo mio, me lle-
»va consigo á la América, donde segun dice, quie-
»re que yo haga una fortuna considerable. Por tí,
»amado hermano, y por tus hijos, me determino á
»correr los peligros de la navegacion y mañana me
»embarco: Dios vaya conmigo... Si la suerte me es
»adversa, volveré á vivir contigo, y aceptaré tus
»generosos ofrecimientos: por el contrario, si hago
»fortuna, te traeré las riquezas que acumule; y si la
»muerte me sorprendiere en medio de mis trabajos,
»encargaré á persona segura que te entregue mis
»bienes, ó á tu hijo Pedro, si el cielo dispone de
»tus dias. Conserva esta carta para que te sirva en
»todo tiempo y lugar: ruega por la felicidad de un
»hermano, acaso imprudente, pero lleno de ternura
»para contigo. A Dios; deséame un viaje feliz: te
»escribiré cuando pueda: á Dios: abraza por mí á
»tu esposa, á mi sobrino, y á todos nuestros ami-
»gos.—*Santiago Lebon.*»

Esta carta causó tal impresion en mi padre, que

enfermó, y murió pocos dias despues. ¡Ejemplo admirable del amor fraternal, tú parecerás sin duda fabuloso y exagerado á los corazones insensibles; pero serás muy dulce para los que conocen la verdadera amistad y abrigan sentimientos nobles! ¡Ah! la sensibilidad no está á los alcances de todos. Niños, vosotros sois hermanos: amaos mucho: el lazo de la fraternidad es tan dulce como el que une á los padres con los hijos.

Los hijos de Palemon se abrazaron reciprocamente con un espontáneo movimiento de ternura, que hizo derramar algunas lágrimas al viejo mendigo, el cual les rogó volviesen á ocupar sus sitios, y siguió su historia.

Habia muerto mi padre; y mi madre, mas anciana aun, me parecia demasiado afectada de su muerte, para no temer en ella igual desgracia. Mi hermano menor acababa de entrar en la milicia por haberle tocado la suerte, y era preciso que se ausentase de nosotros. Todas las desventuras reunidas apuraban nuestro sufrimiento. Tomé el partido de trabajar para sostener una triste viuda que acababa de perder su apoyo; porque á escepcion de la granja que habitábamos, y era nuestra, el poco dinero que mi padre habia empleado consistia en rentas vitalicias, y con él lo perdimos todo.

Entonces fué cuando el virtuoso Palemon me alargó su mano benéfica: me ocupó en su casa, y gané para sostenerme en compañía de mi madre, á la cual tuve el pesar de ver morir entre mis brazos al cabo de seis años. La quinta fué vendida para satisfacer algunas deudas atrasadas, y como era la única finca que poseia, no me quedó mas que el esfuerzo de mis brazos: mi hermano habia muerto en campaña y yo me encontraba absolutamente solo.

La desgracia agrió mi carácter: debo decirlo, amables niños, para mi justificación. Me habia hecho áspero, taciturno, intratable, y aun egoista: aborrecia á los hombres; y á escepcion de vuestro padre, á quien queria y respetaba, todos los demás me parecian viciosos, traidores, y dispuestos á ligarme mas y mas con la cadena del infortunio que me agoviaba. Solo Palemon, jóven entonces, pero bueno, sensible y generoso, me habia colmado de beneficios: él era el único hombre esceptuado de la aversion con que miraba á los demás.

Mas de veinte años despues de la muerte de mi padre, tuve cierto dia que hacer un corto viaje á cuatro leguas de aquí, para visitar á un amigo á quien no habia visto en mucho tiempo. Pasamos el dia juntos, y al declinar la tarde, despues de haber

dado un gran paseo, entramos en una hosteria á merendar, con el fin de que yo me retirase temprano; pero... ¿lo confesaré?... los vapores del vino no tardaron en calentar mi cerebro; y no pensé en dejar aquel sitio que me era tan agradable.

Un hombre de mediana edad, y de porte decente, que ocupaba una mesa inmediata á la nuestra, mira el reloj, se levanta de repente, y pregunta si hay mucho camino desde allí hasta el pueblo donde reside Palemon. — Cuatro leguas, le respondí con aspereza. — ¿Cuatro leguas? ¿estais bien seguro? — ¿Seguro? no lo he de estar si vivo yo allí. — ¿Allí? ¿y os vais á marchar pronto? — Dentro de un rato: no tengo prisa; pero ¿á qué viene esa pregunta? — Perdonad; no conozco bien el camino; me han dicho que hay que atravesar un bosque peligroso, y como es tarde... — ¿Teneis miedo? — A la verdad... — Pues yo no le tengo, y atravesaria el bosque á cualquiera hora de la noche. — Si hiciérais el favor de acompañarme, me prestariais un servicio, y mayor aun á cierta persona... un beneficio nunca se pierde: contad con mi agradecimiento. — He aquí una proposicion bien particular, le dije, con mi aspereza acostumbrada: ¿soy por ventura postillon? Si teneis miedo, yo no;

y gusto muy poco de acompañarme con cobardes.

A esta necesidad añadí otras muchas. El extranjero volvió nuevamente á instarme; pero viendo que llevaba hasta el extremo la grosería, tomó su baston y sombrero, y se salió disgustado, diciendo á media voz que el cielo no permitiría le sucediese desgracia alguna favoreciendo la buena accion que iba á ejecutar.

Habia transcurrido un cuarto de hora, cuando advertí que un jóven que habia escuchado atentamente al desconocido, salió precipitadamente con cierto aire de inquietud. Este miserable, si era aun mas descortés que yo, á lo menos tenia mayor penetracion, como lo conoceréis bien pronto.

Pasé con mi amigo una gran parte de la noche, y á cosa de las once tomé el camino de mi pueblo. La oscuridad no me permitió distinguir los objetos que se me presentaban; pero aunque estaba atolondrado, atravesé el bosque presurosamente con cierta angustia que parecia oprimir mi corazon, funesto presentimiento de la desgracia que allí acaba de sucederme. Llego á mi casa, me acuesto; pero mil sueños melancólicos agitan mi fantasía. El desconocido, en quien no habia pensado despues de su partida, se presenta á mis ojos: parece que me llama,

me echa en cara mi inhumanidad, y me dice que pronto encontraré el castigo de mi dureza. Fatigado por estas visiones, que á la mañana siguiente atribuí al festin de la víspera, tomo mis aperos, y voy á casa de Palemon: le pregunto si ha visto un extranjero que le buscaba, cuyas señas le pinto; y y respondiéndome que no, olvido este asunto, y me pongo á trabajar.

Pero apenas principio mi tarea, cuando se presenta un oficial de justicia, y me pregunta si me llamo *Pedro Lebon*.—Sí, le respondo.—Pues es preciso que vengais conmigo.—¿A dónde?—A la aldea inmediata, donde preguntan por vos.—¿Quién?—Un desconocido que hemos encontrado esta mañana moribundo en el bosque, y ahora está en el hospital.—Un desconocido moribundo... en un hospital... ¡Oh cielos!

Arrojo mis aperos, y sigo á aquel hombre, que me lleva á la grupa de su caballo. Consideradme caminando con el corazón oprimido y abismado en un mar de dudas y recelos. El desconocido moribundo me recuerda el extranjero á quien no quise acompañar. Este extranjero, me decia yo, ¿es mi perseguidor? él es sin duda el que ha tenido esta desgracia, y pregunta por mí; pero ¿de qué me conoce,

quién le ha dicho mi nombre? Si mal no recuerdo, no me di á conocer en su presencia... pero tenia asuntos con Palemon: venia á su casa, y acaso le habrán dado señas de mí... ¡Oh Dios! ¡qué incertidumbre tan cruel!

Pregunto al que me guiaba, y no puede satisfacerme: en fin, agitado de dudas llevo al hospital: me acerco al lecho del moribundo, y reconozco á mi estrangero. Acababan de curarle las heridas: me mira, me reconoce, y con lánguida voz me dice: ¿Sois vos Pedro Lebon?—Sí, le respondí tímidamente.—¿Vos, hombre bárbaro y grosero, vos Pedro Lebon?... ¡Cielos! ¡qué fatalidad! ¿no sois el que ayer me negó su compañía para atravesar el bosque? pues yo os aseguro que quedareis mas castigado que yo: yo muero sin disgusto, y vos vivireis con el remordimiento de haberme dejado asesinar, y el pesar de perder la herencia de un tio... de un tio. Leed esa carta, desventurado.

El estrangero me entrega una carta: la abro precipitadamente, y leo lo que sigue: «Estoy en mis postreras horas, amado sobrino; pero antes de exhalar mi espíritu, encargo á mi antiguo amigo Felipe que te lleve las muchas riquezas que he acumulado durante mi residencia en las Colonias: es-

»ta es la promesa que en otro tiempo hice á tu po-
»bre padre, y de la cual me desempeñé en el día.
»Haz buen uso de tu fortuna, y que te sirva para ali-
»viar á los desdichados.

»A Dios; nunca olvides á un tío que te llena de
»beneficios; y mira, como otro yo, al amigo que te
»entregará esta carta.—*Santiago Lebon.*»

El espanto me dejó inmóvil, y el extranjero pro-
siguió: Guardad bien esa carta de un tío que os ama-
ba; este es el único bien que os queda de su heren-
cia. En cuanto á una cartera llena de letras de cam-
bio que os traía, la habeis perdido por vuestra falta:
ayer por la noche no quisisteis guiar mis pasos in-
ciertos por el peligroso bosque: un fatal presenti-
miento me lo hacía temible. Apenas entré en su es-
pesura, cuando se me presentó un hombre que ha-
bia visto en la hostería en que os hablé: se me acer-
có con afabilidad, y me suplicó le permitiese ir en
mi compañía. Aunque me inspiraba desconfianza, no
pude menos de tratarle con atencion. El malvado,
en lo mas espeso del bosque me tira un pistoletazo,
me roba, y me deja bañado en mi sangre: esta ma-
ñana me han traído aquí, donde hallaré una muerte
que me será dulce, pues me reunirá con mi amado
Lebon, el único amigo que me hacía la vida sopor-

table: yo solo queria cumplir su última voluntad; para esto me dirigia á casa de Palemon, pues me habian informado que os hallaría en ella. Os hubiera entregado todo cuanto se me confi6 como fiel depositario; pero vos habeis causado vuestra desgracia y la mia... ¡Imprudente! vuestro mal corazon me mata y os arruina... Aprended, pues, hombres duros é insensibles, las tristes consecuencias que regularmente ocasiona el no llenar los deberes de la hospitalidad, y que el malograr la ocasion de servir y ayudar á nuestros semejantes nos espone á los mayores sentimientos.

Calló el desventurado; y yo, oprimido con el peso del remordimiento y de la confusion, bañaba su lecho con mis lágrimas, cuando me arrancaron de aquel sitio, para ver si el enfermo descansaba un rato. ¡Ay! este descanso fué eterno: la noche de aquel mismo dia supe que habia fallecido, acusándome de su muerte.

No os pintaré, amables niños, el exceso de mi dolor: todavía me despedaza el corazon tan trágico suceso: tenia muy presente la fisonomía del malvado asesino de Felipe, quien antes de espirar me aseguró que este infame le dijo en el camino que pensaba marchar al otro dia á París, y me determiné á

buscarle en esta gran ciudad. Confundido y avergonzado de lo mucho que se hablaba de este suceso, y de la ignominia que me resultaba, no me atreví á volver á la casa de mi bienhechor Palemon, que me hubiera reprendido ásperamente; porque los vicios del corazon indignan á todas las gentes honradas. Pero aunque busqué por muchas partes al que me arrebatava la fortuna, todo fué en vano. Este mónstruo acaso goza de ella en algun pais remoto. En fin, despues de haberme dedicado á varios officios, me hallé á un tiempo cercado de la vejez y miseria, y precisado á mendigar el sustento para espisar una falta, un solo defecto. Ya me veis, queridos míos; los andrajos de que voy cubierto no me defienden del remordimiento que atormenta mi corazon; y me parece que el cielo inspira á cada persona cuya piedad imploro, que debo ser tratado con dureza; que soy desventurado por mi culpa, por no haber cumplido con las obligaciones de la beneficencia.

Apenas el mendigo acabó su historia, tan interesante para los hijos de Palemon, quando estos se levantaron derramando algunas lágrimas; y recogiendo de sus bolsillos quanto el dia anterior les habia dado su padre, suplicaron al pobre anciano que lo aceptase. Este, despues de una cortés resistencia,

lo tomó: bendijo cien veces á las virtuosas criaturas que compadecian sus infortunios, y se retiró, encargándoles que nunca olvidasen que la beneficencia es la primera de las virtudes: que es un vínculo sagrado de la sociedad; y que los buenos corazones que la ejercen son imágenes de Dios en la tierra.

Los muchachos quedaron conmovidos largo tiempo despues de su partida. No es necesario, dijo Julio á sus hermanos adoptivos, contar este suceso á nuestro padre; puede irritarse contra su antiguo criado, que le dejó de una manera tan imprevista, y con tantas apariencias de ingratitud. Sin duda no nos reprenderia un impulso de sensibilidad; pero hallaria tal vez mucho de reprehensible en el proceder de Pedro Lebon: por lo cual nada le digamos si no nos pregunta, porque en tal caso no podemos faltar á la verdad.

Todos fueron de este parecer. A corto rato se presentó su buen padre, su digno maestro, el cual por una casualidad, que les pareció muy estraña, no les habló en toda la tarde sino de que el poderoso debe socorrer al indigente, y del placer que se disfruta haciendo limosna á los pobres ancianos que carecen de medios para atender á su manutencion. Los muchachos, atónitos, creyeron desde luego que

Palemon sabia lo que acababa de suceder; pero este nada les dijo, y ellos guardaron su secreto mucho mejor oyendo decir á Palemon que las almas sensibles y generosas cuidan mucho de ocultar el bien que hacen á sus semejantes; porque un beneficio divulgado pierde mucho de su mérito, y disminuye en gran manera la satisfaccion interior del que lo dispensa.

TARDE III.

EL AMOR PROPIO.

Es amor propio un veneno
 Que al hombre le ensoberbece,
 Todo lo nuestro enaltece
 Y menosprecia lo ageno.
 Pero abrígale en tu seno
 Si le llega á moderar
 La razon: has de notar
 Y el juicio recto proclama
 Que el que á sí mismo no se ama
 A nadie mas podrá amar.

EL relato del mendigo preocupó notablemente los ánimos de los niños durante la noche: todos soñaron con él, y Leon llevó sus ensueños hasta la realidad, pues compuso un romance que le dejó muy satisfecho de sí mismo. Leyóle á los demas, y Benito se le rió descaradamente. Leon se formaliza, y le conviene con que no hará otro tanto en toda su vida:

Eres un necio, le dice, un majadero, un miserable.— ¿Miserable yo? responde Benito, sofocado de cólera; pues toma; y le da una fuerte puñada; Leon le corresponde con un puntapie: Benito se lo vuelve: Leon furioso se arroja sobre su cuello; pero Armando los separa al instante, y los hace que se abracen, prometiéndoles que nada diría á su padre sobre este particular. Sin embargo, todo se sabe: el genio picaruelo que se complace en hacer públicos los desmanes de los muchachos, cuenta lo ocurrido entre Leon y Benito al virtuoso Palemon, quien nada dice en toda la mañana; pero se promete manifestar muy bien por la tarde su disgusto á los dos campeones.

Llegada la hora en que debía darles una severa leccion, todos se sientan junto á su padre, que los mira y atemoriza, porque está mas serio de lo regular. Leon, dijo con mucha sequedad, muy tarde te has levantado esta mañana: ¿querrás imitar el ejemplo de Bernardo, cuya historia os conté hace algunos dias?—Padre, me he levantado á la misma hora que mis hermanos.—Pues no has bajado hasta las diez.—Es verdad... pero...—¿Pero qué? Te pones colorado: habla, hijo, habla: me contemplaria como estraño para tí desde el momento que dejases

de hablarme con confianza : dime en qué te has ocupado , porque estoy persuadido de que no habrás hecho nada malo.—No señor, todo lo contrario.— ¡Hola! ¡*todo lo contrario!* mucho significa esta expresión! vaya, pues dime, hijo mio, ¿ en qué has empleado una parte de la mañana?—He compuesto unos versos, padre mio.— ¡Unos versos! ¡no es nada! ¡versos! mucho me alegro, sí, celebro que te ocupes en esta gracia, que da tanta energía y ocasiona tan felices momentos al hombre que sabe pensar : estoy contentísimo, querido Leon ; pero el señor poeta, ¿ no le hará á su padre el favor de leerle los versos?—Sí señor... pero... recelo... temo... que os parezcan muy flojos.—¿ Con que temes eso? ¡ no es poco el orgullo que se descubre ! pues ¿ para qué haceis versos, señor mio? ¿ para que los celebren sin ponerles el menor defecto, ó para que cualquiera os diga francamente su parecer?— ¡ Oh! sin duda para esto.—En tal caso debes desechar el temor, porque (y tenlo muy presente) el autor á quien falte ánimo y prudencia para oír la crítica que hagan de sus obras, debe arrojar la pluma, porque nunca hará cosa buena : yo lo digo, señor ingenio.

Pronunció Palemon esta sentencia con mucha fuerza : Leon mudó de color, miró á Armando como

para recordarle su promesa; y luego, sacando el manuscrito, lo que hizo sonreír á su padre, se preparó á recitar su romance: pero el tierno retoño del Pindo, como todos sus compañeros, creyó necesario que precediese una esplicacion.—Es preciso decirnos, padre mio, lo que me ha sugerido la idea de este romance; es un lance que...—Muy bien; muy bien, hijo mio: á un lado esplicaciones, que yo conoceré lo que es: sobre todo, fuera temores; recita tu romance, que yo lo oiré con mucho gusto. Leon, aplicando á su composicion toda la energía de que es capaz un autor, leyó con voz sonora los siguientes versos:

EL ANCIANO MENDIGO.

¿Quién se lamenta afligido?

¿Qué acentos lúgubres llegan

A mis oidos, que el alma

De agudo dolor penetran?

¿Quién... pero veo un anciano

Que se aproxima á mi puerta

Agobiado por los años,

Consumido por las penas.

En su rostro venerable

Se retrata la inocencia:

¿Qué pesares le devoran?

¿Qué trabajos, qué miserias

Aumentan los que consigo

Lleva la triste indigencia?

¿No basta la ancianidad

Para agravar su pobreza?

— Si á tu corazón, hermano,

Le ennoblece un alma tierna,

Compadécete afectuoso

Del que á tus umbrales llega.

Perseguido aun en la cuna

Por la suerte mas adversa,

Perdí mi padre y mi madre,

Perdí mi hermano en la guerra.

Penoso y duro trabajo

De muy niño me sustenta,

Que mis fuerzas debilita

Y hasta mi razon altera.

Un poderoso pariente

Fallece en lejanas tierras,

Y me nombra su heredero;

Mas la fortuna perversa

Dispone que el portador

De aquella cuantiosa herencia

Caiga en poder de malvados,

Que en lo espeso de una selva

Le acometen , le despojan

Y terminan su existencia.

Quedé , pues , sin esperanza;

Ningun consuelo me alienta.

Cansado ya de arrastrar

Tan precaria y tan molesta

Vida , tan solo la muerte

Para alivio de mis penas

Espero ansioso , pues sé

Que la sacra Providencia

Premio depara en el cielo

Al que sufre acá en la tierra.

Socórreme , hermano mio,

Compadece mi indigencia.

— Si haré tal , que Dios me dió

Pingües , cuantiosas riquezas,

Y manda que enjугue el llanto,

Que vista , alivie y sostenga

Al que de bienes exahusto

Mendiga la subsistencia.

Cama tendrás en mi casa,

Te sentarás á mi mesa;

Y tus míseros harapos

Trocarás por limpias telas.

Deja el llanto , pobre anciano ,

Y á Dios , que todo lo ordena ,

Ruega que admita benigno

De mi caridad la ofrenda.

Leon acabó así su romance , y sus hermanos dan mil palmadas de aplauso , menos Benito que no quiere ceder. Palemon lo advierte , pero no lo manifiesta : quiere experimentar el amor propio del autor , y descubrir enteramente los celos de su hermano , á fin de proporcionar la ocasion de dar á todos saludables consejos. Hijo mio , dijo á Leon , no quiero decidir de tu obra antes de saber el dictámen de tus hermanos ; tienen gusto , y debo consultarlo. Vaya , hijos mios , decid francamente lo que pensais del romance de Leon ; sed severos ; se trata de manifestar á vuestro padre si teneis juicio recto , y valor para decir la verdad : tú , Adela , ¿qué piensas?

Adela responde , que el romance de Leon la parece muy bien , pues la ha hecho llorar. — ¿Y tú , Julio? Julio conviene con Adela. — ¿Y tú , Armando? Este responde que encuentra algunos versos flojos , pero que para un muchacho de la edad de su hermano , es demasiado. Palemon pregunta su

parecer á Benito, en quien esperaba hallar contradicción; y en efecto, dijo este: Padre mio, si he de decir francamente mi parecer sobre el romance, sabed que le tengo por malo, malísimo.

Al oír estas palabras Leon manifestó alguna alteración: Palemon lo advirtió y continuó preguntando á Benito: — ¿Con que ese es tu parecer? pero es menester probarlo: ¿cuáles son los defectos que encuentras? — Muchos: este hombre que pregunta al viejo; el viejo que le responde; no se puede adivinar quien habla; además, las voces de *pingües*, *cuantiosas*, ¿qué tiene mas uno que otro? En una palabra, el tal romance me parece despreciable. — ¿Despreciable, señor Aristarco? creo que partís muy de ligero, y que vuestro dictámen, mas que el de un crítico, es el de un envidioso. — ¡De un envidioso! — Eso sí: no es otra cosa, dijo Leon: me alegro que padre lo conozca: esta mañana me ha dicho cien necedades ese miserable ignoranton.

Poco á poco, niño, repuso Palemon: no me gusta ese modo de hablar: ninguno de los dos carece de culpa: me reservo el decir mi opinion hasta que os cuente la historia de un poeta que yo conocí, el cual desde muy niño hacia versos como Leon, y encontró criticos crueles como Benito:

vereis lo que le sucedió á un orgulloso que en nada queria ceder, y á un envidioso que malignamente se complacia en criticar lo que no era capaz de hacer.

Aquí León se sonrió de ver á su hermano humillado, y Benito se avergonzó de que su padre hubiera descubierto la envidia que se habia apoderado de su corazon. Palemon, despues de haber examinado atentamente la fisonomía de los dos rivales, quiso corregirlos refiriendo la siguiente

HISTORIA DEL POETA HILARIO.

Hilario era hijo de un rico comerciante de París, llamado Dormon: dedicado á la carrera de la jurisprudencia, acababa de terminar el estudio de las leyes; pero en el colegio habia contraido la manía de hacer versos sobre el menor asunto, y componía algunos muy regulares. Deslumbrado con los elogios que recibia por todas partes, mostraba sus versos á su padre, el cual, sin prever el daño que causaba á su hijo, le llenaba de caricias, le hacia mil regalos, y le pronosticaba la mas brillante fortuna. Además de esto, el viejo Dormon, infatuado del mérito que suponía en su hijo, cre-

yendo haber engendrado un nuevo Homero, esparcía por todo el pueblo las composiciones del jóven Hilario, y se burlaba de las familias que no tenían en su seno un genio tan superior. El hermano de Dormon, era tan preocupado como él, y tenía un hijo de la edad de Hilario, llamado Joaquin: este infeliz era todos los dias objeto de las sátiras, y aun del desprecio de su padre y de su tio. Mira, le decian; mira á tu primo: ese sí que ilustrará la familia: llegará á ser un grande hombre; pero tú nunca serás mas que un majadero.

Joaquin, maltratado así por sus parientes, concibió desde luego el mayor odio á su primo, causa de sus pesares, aunque por sí no se los procuraba. Los celos se apoderaron de Joaquin, y le prepararon los tormentos mas crueles. Este maldito, se decia á sí propio, tiene trastornadas las cabezas de todos. El solo recibe el incienso de toda la familia. Me arrebatará el corazon de mi padre, de mi tio, y de todo cuanto amo en el mundo. Recibirá todas las satisfacciones, mientras que yo seré siempre tratado como un ente despreciable. No hay duda: tal vez un dia llegue yo á verme sin estado y sin fortuna (porque mi padre es capaz de abandonarme por él), y obligado á

mendigar el sustento, en tanto que el poetilla goce á mi vista de todos mis bienes, y de toda la felicidad posible. ¡Oh! no será si yo puedo: tomaré á mi cargo los adelantamientos del señor pedanton: él sabe hacer versos; pero yo sé intrigar, y veremos quien cae debajo.

Determinado á vengarse Joaquin, se propuso perseguir incesantemente á su primo; y vais á ver cómo se condujo para lograrlo.

Estaba Hilario en edad de tomar estado, pero arrastrado del fanatismo poético, no queria mas que hacer versos. Su padre empezó á advertir que habia lisonjeado escesivamente la manía de su hijo: le suplicó, le instó para que se aplicase á su carrera. En el dia tengo medios, le dijo, para procurarte un empleo, y un reves de fortuna, tan frecuentes en nuestro estado, puede quitarte este recurso: aprovéchate ahora: trabaja un año ó dos en el estudio de las leyes; yo te haré consejero, y entonces podrás seguir tu inclinacion, en cuanto no se oponga á tus obligaciones. Pero Hilario á nada atendió: siguió emborrionando papel, sin hacer grandes progresos, y de esta manera malogró los cuatro años mas floridos de su juventud. Una quiebra considerable arruinó á su padre, que murió

de pesadumbre al cabo de un mes, detestando á Hilario y agobiándole con el horrible peso de su maldicion. Ademas de esto, los acreedores le arrojaron de la casa paterna; y no halló otro recurso que la generosidad de su tio, que siempre aduló su manía.

Pero Joaquin, que todo lo habia previsto, mandó escribir una sañuda sátira en verso, en donde se prodigaban á su mismo padre los mas injuriosos epítetos por haber abandonado en la desgracia á su arruinado hermano Dormon. Esta sátira la hizo circular Joaquin como produccion de su primo, y dispuso que llegase á manos de su padre: el viejo se encoleriza: no quiere volver á ver á su sobrino, y encarga á Joaquin que le despida y le dé diez escudos, bajo la condicion de que no se presente jamás en casa de un tio á quien ha ultrajado tan vilmente.

Bien conoceis el placer que experimentaríá Joaquin al desempeñar semejante comision. Llega Hilario para arrojarse en los brazos de su tio; pero Joaquin le intima su resolucion, y le dice: esto me ha encargado que os dé: idos, señor mio, que es cosa muy indigna el haber compuesto una sátira tan sangrienta contra quien tanto os amaba. Hilario pro-

testa su inocencia, y Joaquin le empuja hácia la puerta; pero Hilario se revuelve contra su primo, que le rechaza duramente: caen los dos luchando, acuden los criados, los separan y ponen á Hilario en la calle.

¡Considérese su situacion! Sin parientes, sin amigos, sin recursos, rabioso y despechado, jura que ha de vengarse; ¿pero cómo? Sin embargo, espera hallar algun medio: entre tanto alquila un miserable cuarto, y allí, solo, sin ropas, sin ajuar, y sin esperanza de apaciguar á su tío, se postra en tierra, é invoca para subsistir los favores de su musa.

¡Oh musa! esclama; descende en mi auxilio; ven á inspirar en este corazon que es tuyo todo el ánimo que necesita: tu das gloria; pero el laurel mas pomposo pronto se marchita si el pan no le acompaña. Une, musa, á tus favores alguna cosa mas sólida; y no permitas que un espíritu, en que reinas tan absolutamente, habite un cuerpo diáfano y debilitado por la abstinencia y el ayuno.

Yo no sé si lo oyó su musa; pero lo cierto es, que Hilario pasó un mes en su cuarto sin poderse proporcionar el menor recurso: los diez escudos estaban ya muy lejos: habia vendido una parte de sus vestidos sin el menor disgusto, porque Hilario era filósofo

y desdeñaba el fausto en todo ; pluma , tintero y papel eran las únicas alhajas que apreciaba. Transcurrió otro mes sin que la fortuna , ni su ingrata musa , le ofrecieran el mas leve recurso para salir de su mal estado , aunque pasaba dias y noches haciendo epitalamios , madrigales y epístolas dedicatorias que enviaba á algunas personas opulentas , sobre las cuales creia elevar su fortuna , lisonjeando su vanidad. ¡ Vana esperanza ! Le convidaban á comer , y á esto se reducía todo. ¡ Cuántas veces olvidó Hilario sus disgustos , para recordarlos en seguida con mayor dolor y sentimiento ! Iba á comer á casa de un hombre rico , que hacia gastos escesivos para obsequiarle , lo cual le hubiera sido mas útil percibir en dinero para alimentarse quince ó mas dias. Esta reflexion le ocurría continuamente , pero al cabo comía bien y leía sus versos : su apetito y su amor propio se satisfacian á un tiempo ; pero cuando salía de esta casa fastuosa , cuando tentaba su bolsillo y le encontraba vacío , cuando dejaba á sus espaldas la opulencia para subir á un cuarto piso y encerrarse en su miserable albergue , ¡ cuánto suspiraba ! ¡ cuánto declamaba contra la injusticia de los hombres , y los caprichos de la fortuna ! Hilario se acostaba sin luz , temblando de frio ; y regaba su asqueroso lecho con

lágrimas nacidas de un loco orgullo, no del noble sentimiento de un hombre que ha agotado todos los recursos, sin poder encontrar halagüeña la fortuna. Hilario era desgraciado por su voluntad, y no merecia compasion.

Muchas veces habia escrito á su tio, pero Joaquin estaba vigilante para interceptar sus cartas, y reducir las á ceniza. No le quedaba, pues, á Hilario sino el triste recurso de morirse de hambre, cuando una tarde halló en su cuarto una carta de cierto personage, que suponía haber sido amigo de su padre, y le instaba á que al dia siguiente fuese á verle para un negocio que podría serle muy ventajoso. Hilario, loco de contento, leyó mil veces esta salvadora carta, y se acostó temprano con la idea de madrugar mucho. En medio de mil agradables pensamientos se quedó dormido, y soñó que veía rodar el carro de la fortuna; que la tropelía y confusion de gentes no le permitia acercarse á la deidad; pero que esta, por sí misma, se le acercó, le dió la mano para subir, y colocado en un asiento de predileccion, deramó sobre su cabeza el cuerno de la abundancia. Sorprendióle la mañana en tan apacible sueño; se acicaló como pudo, y se encaminó á la casa de su incógnito Mecenas. Despues de los ordinarios cum-

plimientos, su protector le enseña una tragedia que ha compuesto, y le promete una cantidad considerable bajo la condicion de que la haria representar como suya. Mi estado, le dijo, me impide el manifestar que soy el autor; se burlarian de mí, y me veria muy comprometido. ¡Estraña necedad! En otro tiempo, hijos míos, los grandes se avergonzaban de ser discretos é instruidos.

Hilario leyó la obra, que le pareció detestable, y no obstante cometió la vileza de pasar por su autor; pero esta vez su hambre, como mas fuerte, triunfó del amor propio. En menos de un mes fué representada la pieza, y á fuerza de aplausos comprados salió con mediana reputacion: ya tenemos á Hilario acreditado; pero ¡qué caro va á costarle este crédito!

La reputacion que acababa de adquirir Hilario, despertó desde luego el odio y los celos de Joaquin, que se declaró el mayor detractor del mérito de su primo; pero aquel inconsiderado jóven se produjo tan imprudentemente, que todas las gentes imparciales le detestaron. No solo perdió la pública opinion, sino que el gran personage, verdadero autor del drama, indignado de las sátiras que esparcia Joaquin contra su tragedia, encontró medios para ar-

ruinar al padre de este, suponiéndole delitos, y precisándole á expatriarse con su imprudente hijo. Así fué castigado el envidioso: veamos ahora cómo lo fué Hilario, por no haber seguido los juiciosos consejos de su padre.

El orgullo de Hilario no le permitió soportar largo tiempo la fama de autor de una tragedia que muchos criticaban con razon, y reveló á varios amigos el nombre del verdadero autor: estos lo dijeron á otros, y en breve tiempo la noticia llegó hasta la familia del personage, que recibió terribles reprensiones. El autor se defendió como pudo, y quedó decidido en el concilio de familia, que el pobre Hilario, como auxiliador de la locura de su padrino, seria encerrado en una prision por toda su vida: en consecuencia, se obtuvo, con otro pretexto, la orden correspondiente; y un hermoso dia en que el desdichado Hilario se estasiaba en su cuarto con las musas, respirando inmortalidad, entró la justicia, y se apoderó del infeliz hijo de Apolo. Letrillas, madrigales, sonetos y elegias, todo fué pasto de las llamas; y el triste poeta se halló en breves horas á la puerta de una horrorosa fortaleza, que le sumerjió para siempre en sus oscuros calabozos, porque á poco tiempo murió de pesadumbre.

Tal fué el trágico fin de un orgulloso jóven, que prefirió la ociosidad al trabajo; un destino dudoso por otro cierto; y desdeñando los consejos de un padre amoroso, se atrevió á desacreditar á un grande, cuyo resentimiento es tan temible.

Leon, Benito, es preciso decirnos que en la historia de Hilario estais retratados los dos; tú, Benito, porque alimentas en el fondo de tu alma una vil envidia de ver que tu hermano tiene mayor talento; porque criticas injustamente unos versos que no eres capaz de hacer; y porque te opones sin razon á tu hermano: de modo, que si yo no lo remediara, al cabo le detestarias, y te harias despreciable como Joaquin. Tú, Leon, porque estimas mas de lo que valen unas obras y composiciones débiles; porque no puedes tolerar la crítica, y te conmueves á la menor palabra que hiere tu amor propio, aprovecha el ejemplo de Hilario. Yo te mando que no hagas versos sino á ratos perdidos; que á nadie, ni á tus mismos hermanos, los enseñes antes que á mí, y que no te reserves copia alguna: yo me encargo de conservar cuanto compongas; y cuando estuvieres establecido, te devolveré todos los manuscritos: entonces podrás entregarte á una ocupacion, que es la mayor de todas las diversiones cuando no se toma como profe-

sion. Ya ves que no me opongo á que cultives tus disposiciones, antes bien te exhorto á que no las descuides, pero bajo la condicion impuesta; y cuidado que faltes en lo mas mínimo, porque me enojaré infinito.

Entre tanto, como no ignoro que Leon y Benito se han propasado esta mañana hasta la barbaridad de golpearse... ¡dos hermanos! ¡qué horror! mando que queden encerrados toda la noche en el cuarto oscuro: allí dormirán sobre el duro suelo: no comerán mañana conmigo, ni con sus hermanos, y no los veré hasta la tarde: á Marcela encargo la ejecucion de mis órdenes.

Pronunciadas estas palabras con mucha severidad, se retiró Palemon; y la vieja ejecutó al instante la terrible sentencia. Los dos reos, anegados en lágrimas, fueron conducidos á la prision, donde pasaron el tiempo prescrito dándose estrechos abrazos, y jurando recíprocamente que se aprovecharian del funesto ejemplo de Hilario y de Joaquin.

Dejémoslos, pues, que sufran el justo castigo que han merecido, y vamos á ver cómo se pasó la tarde siguiente.

TARDE IV.

LA AMISTAD.

Un tesoro es la amistad
 De valor inestimable;
 Es un amigo apreciable
 Sobre el oro; mas cuidado,
 Que con capa de lealtad
 Y aparentando favores
 No os venda, pues hay traidores
 Amigos harto obsequiosos,
 Cual áspides venenosos
 Ocultos entre las flores.

MALA noche pasaron los muchachos; pero el anciano Palemon tampoco la tuvo muy buena, por haberse visto obligado á imponerles aquel castigo. El buen padre no desconocía que su hijo Leon tenía talento poético, porque el romance que habia compuesto no era del todo malo para un niño de doce años, y el anciano casi se ensoberbecía del precoz

ingenio de un jóven que podia adquirir mucha fama algun dia; pero le atormentaba el recelo de que Leon perdiese un tiempo precioso en hacerse un mediano autor: por esto se felicitaba de haberle mandado que le entregase todos sus manuscritos; y estaba seguro de ser obedecido, porque se hacia amar mucho de sus hijos.

El carácter celoso de Benito tambien le afligia; pero este muchacho tenia buen corazon, y era fácil corregirle. No asustaba á Palemon la pelea de los dos hermanos; mas sin embargo, no le pesaba el severo castigo que les habia impuesto: tenia tambien presente el proceder de los niños con el viejo mendigo que les habia enviado, que no era sino un astuto labrador del pueblo, á quien disfrazado de aquel modo, el mismo Palemon habia ensayado el papel que debia representar. Marcela estaba instruida de todo, y así se ejecutó tan perfectamente, como se ha visto, para experimentar la beneficencia de los muchachos, los cuales correspondieron segun las esperanzas de su padre. Como ninguno de los niños habló de este asunto, en fuerza de una modestia que embelesaba al anciano, queria este, sin darse por entendido, encontrar ocasion de recompensarles con mucho mas de lo que habian gastado tan á su gus-

to, y no tardó su imaginacion en sugerirle el modo de verificarlo, como se verá en la continuacion de esta obra.

Apresurémonos ahora á poner en libertad á nuestros presos; sentémonos con ellos á la hora acostumbrada en el bosquecillo, y junto á un padre tan respetable.

Al volver á la presencia de este los dos hermanos, derramaron algunas lágrimas: advirtiélo el anciano, y no les habló mas de un crimen ya espiado; pero les abrió los brazos, á los cuales se arrojaron precipitadamente. Despues de haberlos estrechado en ellos, tuvo el placer de verlos abrazarse mutuamente, como dándole á entender que siempre vivirian unidos. Enternecióse Palemon, y de esto mismo sacó el tema para entretener un rato á sus hijos, haciéndoles una pintura agradable del placer que experimentan los hombres amándose, y de la delicadeza de la amistad contraida desde la infancia.

Hijos míos, les dijo, ayer pasamos una tarde muy divertida; procuremos que la de hoy sea lo mismo. Esta mañana, hojeando algunos libros de mi biblioteca, he reparado en este grueso volúmen que estais viendo: le he recorrido, y hallado en él una historia... ¡pero qué linda! estoy bien seguro de que

os divertirá mucho; por eso lo he traído: Armando leerá, y así hará mis veces esta tarde.

Al solo anuncio de una historia divertida, todos los muchachos se miraron con cierto aire de alegría, que no se le escapó á su director. Rodearon á Armando, y este sin necesidad de que se le repitiese, tomó el libro; Marcela se puso á hilar; Palemon se preparó á examinar la impresion que causaria en sus hijos la lectura, y el jóven Armando la comenzó en los términos siguientes:

HISTORIA DE DULIS Y GERARDO.

Dulis y Gerardo estudiaban en un mismo colegio, y mil veces se habian jurado la amistad mas tierna. Era Dulis hijo de un comerciante de escasos fondos, y el padre de Gerardo un arrendatario del Delfinado: la poca diferencia de fortuna, el ser de una misma edad los dos jóvenes, y de unas mismas costumbres é inclinaciones, todo habia, por decirlo así, identificado á estos muchachos, uniformando sus ideas y pensamientos. Sin embargo, Dulis era presuntuoso, y por deseo de sobresalir, aunque sus facultades eran muy limitadas, se complacia frecuentemente en convidar á Gerardo, el cual lo atribuia

únicamente á efecto de su amistad, y no podian humillarle los favores de su amigo. Cuántas veces los dos, dilatando sus almas, se dijeron: «¡Oh amigo mio! nunca nos separaremos. Si yo llego á ser rico, quiero partir contigo mis bienes. Acordémonos sin cesar de esta promesa; y el que fuere mas pobre, no dude en recordarla algun dia al que tuviere mas comodidades.» Tales eran los pensamientos de estos sensibles jóvenes, y los juramentos que todos los dias renovaban. ¿Quién será el que primero los quebrante? No tardaremos en verlo.

Estaban para terminar sus estudios, cuando murió el padre de Dulis, y solo le quedaba un tio poderoso, que tenia dos hijos de muy tierna edad: este, á quien correspondia la tutela de Dulis, residia en Cambray, y compadecido de su pupilo, determinó llevarle á vivir en su compañía con ánimo de establecerle. Recibió Dulis esta noticia, que le hizo derramar muchas lágrimas, porque tenia que separarse de su amado Gerardo, y era para él la mayor desventura. ¡Cuántas lágrimas derramaron en esta separacion! ¡qué de abrazos! ¡cuántas promesas de volver á reunirse! Sí, decia Dulis; segun parece, me estableceré en Cambray: si la desgracia te persigue, amado Gerardo, ve á buscarme allí; y si yo faltase

á nuestras palabras y juramentos, te permito que me traspases el corazón.

En fin, llegó el día fatal; y Gerardo obtuvo del director del colegio el permiso de acompañar á su amigo hasta el parage en que le esperaba un criado de su tío. Parte Dulis, y su amigo vuelve tristemente al colegio, antes morada de la felicidad, y desierto horroroso despues que no le habita la amistad.

Tierna amistad de los muchachos: ¡cuánto electrizas mi alma! ¡qué deliciosamente penetras mi corazón! ¡Tú eres el vínculo de la sociedad futura: tú preparas la union y la paz de la posteridad, y eres la aurora que un día debe resplandecer sobre las generaciones!

Despues de la partida de Dulis, los dos amigos siguieron algun tiempo escribiéndose dē vez en cuando. Gerardo, luego que terminó los estudios volvió á su casa, porque su padre, anciano y enfermo, habia experimentado pérdidas que casi le arruinaron. Su hija no podia mas que atender á los cuidados domésticos, y era necesario un mozo que se encargase de lo demás. Gerardo se encargó de todo, cambiando los vestidos de lujo por otros rústicos y propios para el trabajo: sus libros y plumas por el arado y la azada: en una palabra, pasa de estudian-

te á labrador; pero su alma es siempre hermosa, su corazon bueno y sensible; no olvida las musas, y aun dirige canciones á Triptolemo, conduciendo la ingeniosa máquina que inventó para provecho de la humanidad.

Así pasa Gerardo algun tiempo sin recibir noticias de su querido Dulis, á quien supone entregado á ocupaciones mas serias: está casi para enojarse de este silencio, cuando un cruel accidente le obliga á recordar las promesas que le hizo este amigo en otro tiempo. El buen padre de Gerardo muere agobiado de deudas. Obligado el hijo á ceder todos los bienes á los acreedores, se ve en la precision de abandonar su pueblo para subsistir en otra parte aplicándose á unos oficios indignos de su educacion y delicadeza. Ha perdido á su padre, y con él su fortuna, sus esperanzas y el reposo que disfrutaba. Piensa muchas veces en Dulis, y siempre recuerda los juramentos que se hicieron reciprocamente, pues los corazones buenos y sencillos nunca dudan de la virtud ni de la amistad. Iré, decia, á ver este tierno y fiel amigo, y le diré: ten presente las obligaciones que contragimos desde nuestra infancia: la suerte te ha reservado la felicidad de cumplirlas: héme aquí: yo soy Gerardo, y tú eres siempre el

mismo Dulis. ¡Oh, cuánto me consuela esta esperanza! Si me proporciona un destino para vivir junto á él, me doy por satisfecho. ¿pero y mi hermana?... la llevaré conmigo. Aunque no tenga mas que un pedazo de pan, lo partiré con esta hermana querida, y la naturaleza se complacerá en deberlo todo á la amistad.

Gerardo se decidió; y como su hermana Julia, de edad de diez y seis años, no tiene otra voluntad que la de su hermano, ambos hicieron un pequeño lio de ropa y provisiones, y partieron para Cambray.

Nada diremos de las esperanzas lisonjeras que consolaban á entrambos durante su viaje, y nos apresuraremos á llegar con ellos á una ciudad, donde están seguros de hallar el término de sus infortunios.

Era casi media noche cuando Gerardo entró en Cambray; pero no juzgó prudente el ir á hora tan intempestiva á casa de su amigo, y se acomodó en la primera posada que halló. Parecióle que la criada de la casa gustaba de conversacion, y quiso ver si le daba noticia de Dulis. ¿Podríaís decirme dónde vive Mr. Dulis? — ¿Pues no? es nuestro vecino: vive en un gran palacio que encontrareis en la primera calle, á mano izquierda. — ¡En un gran palacio!

¿vive con su tío?— ¡Su tío? eso quisiera el buen señor; hace ya tiempo que se murió.— ¿Ha muerto?— Si señor; pues qué, ¿no lo sabiais? poco importa: yo os contaré todo lo ocurrido, y vereis que anda la fortuna yo no sé cómo con ciertas gentes. El tío de Mr. Dulis tenia millones, y estaba viudo con dos hijos; y hétele aquí que viene la viruela: ¡y qué maligna ha sido en esta ciudad! porque yo tambien tenia un ahijado que se ha muerto: ¡qué muchado! hermoso, hermosísimo y gracioso, mas que ninguno.— Continuad, os lo suplico.— Ved aquí, pues, que la viruela le quita los dos hijos en quince dias: ¡en quince dias, señor! ¿no es una cosa bien triste! El pobre padre quedó tan desconsolado, que de allí á poco enfermó, y se le llevó Dios: yo misma le he visto enterrar: ¡qué pompa! ¡qué aparato!— Adelante.— Mr. Dulis heredó todos los bienes: ¡no habrá encontrado mal bolson! ¡caramba! Era el comerciante mas rico de esta provincia.— ¿Con que Dulis ha sido su heredero?— Sí señor, todo lo ha heredado; el palacio, las tierras, las casas, los ganados, todo, todo, todo; justamente hacia un mes que habia entrado en la mayor edad: ved en qué buenas manos ha caido todo.— ¡Qué dicha para la humanidad que Dulis sea rico! ¡Ah! ¡cuántos se-

rán felices por su beneficencia!—¿Felices? sí por cierto; rameras y vagamundos son los que él hace felices: no se dá mala maña: su casa es una feria: ¡qué confusión! Pronto dará con los trastos en tierra si continúa de este modo... Pero, ¡Dios mio! ¿qué es lo que he dicho? ¡habrá lengua mas maldita que la mia! perdonad, caballero, si sois amigo de Dulis. ¡Soy tan habladora! por todo cuanto tengo no quisiera que supiese lo que he dicho, ¡porque tiene mal génio, y tiene tanto influjo!..... ya se ve; por eso comete tantas injusticias... ¡que no sepa contenerme!... pero perdonad; me están llamando en la cocina: soy muy servidora vuestra.

La muchacha habia desaparecido; y Gerardoⁿ y su hermana estaban como petrificados por lo que acababan de escuchar. Dulis rico, no era una sorpresa para Gerardo; ¡pero Dulis malvado! ¡Dulis rodeado de mugeres públicas y hombres perdidos! ¡Dulis capaz de cometer injusticias! Esto le parecía imposible: no, no es este el Dulis que he conocido en el colegio: debe ser otro: esta muger está equivocada, porque un buen natural no se muda tan fácilmente; y quien en sus primeros años vertía lágrimas á la sencilla narracion de una accion virtuosa, no puede hacerse un hombre perverso.

Sin embargo, este tío que tenía dos hijos; este Dulis sobrino suyo; todo se conforma con la familia de su amigo. Gerardo no puede dudar de que sea el mismo; pero en fin, que se distraiga y pase como quiera el fuego de su juventud; y aunque sea injusto respecto de algunas personas, no es posible que lo sea con su antiguo amigo, con este buen Gerardo, á quien tantas veces ha estrechado entre sus tiernos brazos. Nos complacemos en volver á ver á los amigos de nuestros primeros años; ellos nos recuerdan los parages por donde corríamos, aquellos juegos y placeres puros é inocentes, que aun en el frío de la decrepitud conmueven agradablemente á los ancianos. ¡ Oh! Gerardo será bien recibido; no cabe duda en ello. Se avergüenza de haberse atrevido á sospechar de su amigo; sin embargo, como siempre hay mucho que temer de los hombres en las diversas posiciones de la vida, Gerardo determinó ir solo á recibir los abrazos de su amigo, ó á esponerse á la dureza de un ingrato y perjuro: no llevará consigo á su hermana para no esponerla al desaire de un mal recibimiento. Si sus deseos se cumplen, entonces volverá por Julia, y la presentará á Dulis; y está seguro de que se la presentará, porque no duda de que será bien recibido.

Después de haber pensado de esta manera, Gerardo se entregó á las dulzuras del sueño, que no tardó en venir á reparar sus fuerzas. Durmió profundamente, porque no podia creer lo que habia oido. Al despertar á la mañana siguiente, dijo Gerardo para sí: la criada de la posada es una habladora que dice lo que sabe y lo que no sabe: quizá haya exagerado mucho. En seguida se vistió, se desayunó en compañía de su hermana, y después, dejando á esta encomendada al ama de la posada, se encaminó á la casa de Dulis, lleno de dulces pensamientos.

El aspecto exterior del edificio le encanta desde luego; y se regocija cuando piensa en la felicidad que allí debe disfrutar su amigo. Pregunta por Mr. Dulis: un desabrido portero le responde con aspereza: Subid á la antecámara. Lo hace, y se encuentra con un lacayo que le pregunta: ¿Qué quiere?—¿Mr. Dulis?—Duerme.—Esperaré.—¿Que te se ofrece? (1)—¿Qué... se me... ofrece?—Sí: ¿qué tienes que decirle?—No te importa el saberlo.—¡Hola! ¿con que no me importa? Pues le importará tal vez á Mr. Dupuis, el ayuda de cámara del amo.—

(1) Como Gerardo iba vestido de labrador, el altivo criado se atrevió á tutearle.

Nada tengo que hacer con ese Dupuis.—¡ Ese Dupuis ! ¡ no es mala llaneza ! ¡ qué modo de hablar !... Pues , amigo , será preciso que digas á ese Dupuis lo que te se ofrece con el amo : las gentes de tu caña no entran aquí sin esta formalidad preliminar. Gerardo se indignó , y dijo : Sabed , bribones , que un cortísimo número de las gentes de mi estofa vale mas que todas las de la vuestra , por numerosa que sea. El lacayo y otros dos que estaban en la antecámara soltaron una gran carcajada , diciendo : ¿ Quién será este salvaje ? echémosle á la calle. Entonces Gerardo se sentó , y ellos continuaron : Bravo , el buen hombre se ha arrellanado ; está de mal humor ; pero tendrá bastante tiempo para calmar su cólera , hasta que se levanten Mr. Dupuis y el amo.

Dicho esto , los lacayos lanzan á Gerardo miradas despreciativas , y se vuelven á sentar á la mesa en que estaban entrenidos jugando á los naipes , cuando entró nuestro buen labrador , y no hacen el menor caso de él : sin embargo , Gerardo permanece , y dice entre sí mismo : ¡ Qué canalla ! ¡ qué insolentes ! ¡ qué holgazanes ! Al mismo tiempo que viles esclavos , son mas orgullosos que sus amos. Seguramente que Dulis ignora la falta de atencion con que reciben los de su casa á los forasteros , porque no lo

toleraria si lo supiera, siendo tan bueno y tan humano.

Así discurría Gerardo; pero su corazón se hallaba oprimido: nunca había amado el fausto ni el tono de las gentes opulentas: todo cuanto miraba le affligía: detestaba en su interior aquella vana profusion, y le parecía lijereza é inconsecuencia de parte de Dulis la prodigalidad de una inútil pompa, siendo tan dulce el vivir en un estado de sencilla comodidad, haciendo felices á otros con el sobrante de sus bienes. Esto es lo que se proponía representar á su amigo cuando renovasen su primera intimidad; pero antes de llegar este término, le quedaban aun por ver cosas mas inesperadas.

Hacia mas de una hora que esperaba, cuando un lacayo entró precipitadamente y dijo á los de Dulis: Todo está preparado: la espedicion se hará por la puerta falsa: cuando el padre se halle dormido, la señorita acudirá á la seña: espero que Mr. Dupuis me recompensará los muchos pasos y fatigas que me cuesta este asunto: ponderádselos bien, y despacharemos juntos cuatro botellas de Málaga. Dicho esto se marchó: los otros volvieron á su juego, y Gerardo no entendió nada de todo esto. Un padre dormido... una jóven que acudirá á la seña... ¿Se habrá

corrompido Dulis hasta el extremo de seducir á la virtud? ¿Y este tráfico infame, cuyo director parece es Mr. Dupuis... Mucho deseaba Gerardo el conocer á este hombre: Sin duda, decia, es el que gobierna y dispone de la casa. Por lo que ve y oye el buen labrador, supone que la criada de la posada no le haya hecho sino una ligera pintura de la conducta de Dulis. Espera un momento, virtuoso Gerardo, y formarás cabal idea del conjunto de este cuadro, tan nuevo para tus ojos.

Se pasa otra hora, y ninguno comparece: al cabo se presenta un hombre que dice á los criados á media voz: ¿Se puede hablar?—Sí, sí.—¿Pero este hombre?...—No importa, es un pobre rusticazo, demasiado ignorante para entendernos.

Gerardo que ha oido distintamente este principio de conversacion, presta más atencion, y el desconocido añade: ya murió.—¿De las heridas?—¿Pues de qué ha de ser? Todo el barrio está alborotado: y de esta muerte acusan á Isabelita, en cuya casa cenó anoche: esta es la mas interesada en callar; mas su criado... se hallaba presente al tiempo de la disputa del señor con aquel bárbaro capitan, y hubiera podido contarlo todo; ¿pero sabes lo que hice? Al instante me fuí á casa del escribano nuestro

camarada y le conté el lance; en un momento juntó algunos alguaciles, y corrió á notificarle la órden de salir al punto de la ciudad con un motivo supuesto: por otra parte, es un picaronazo, y merece esto y mucho mas; á la hora de esta ya se halla bien lejos: el secreto está entre nosotros, y yo hice correr la voz de que el capitán habia sido muerto en la calle por unos ladrones.—¿Y lo sabe todo Mr. Dupuis?— Si por cierto; pero no adivinarás dónde le he encontrado: no, no se descuida: le hallé á tiempo que con el auxilio de Ricardo arrebatava... pero ya lo sabrás todo: Mr. Dupuis viene tras mí, y ya me admiro de que tarde tanto.

A estas palabras, el desconocido levantó la voz, y habló con los lacayos de cosas indiferentes. ¡Pero Gerardo!... ¡Oh! no sabe si está en la tierra ó en el infierno, no puede concebir tantos horrores; y aunque no conozca este suceso, del que resulta un hombre muerto y otro espatriado, conoce que Dulis representa un papel principal en esta escena abominable. ¿Verá á este hombre, á quien ya no se atreve á dar el título de amigo? Si; lo verá: no puede creer que se espone á ser insultado. ¡Se amaban tanto en otro tiempo! Considera el trabajo del viage que ha hecho, y no quiere volverse sin respuesta,

sea cual fuere: además, desea ardientemente conocer á este Mr. Dupuis, de quien tanto se habla, cuyo nombre no se pronuncia sino con el mayor respeto, y que sin duda es un malvado, que ha pervertido á su señor, y ha malogrado la índole mas dispuesta á la virtud. Impaciente estaba por ver al tal personage, cuando se abrió la puerta: todos los lacayos se levantan prontamente, y dicen en voz baja: es Mr. Dupuis.

Palemon advirtió que era ya tarde: hizo callar á Armando, y se suspendió hasta el día siguiente la continuacion de una lectura que interesaba tanto á los muchachos, los cuales manifestaron el disgusto que les causaba el no poder acabarla.

TARDE V.

LA PIEDAD FILIAL.

Es de precepto divino
 Amar á quien la existencia
 Debemos, y gran prudencia
 Hacer feliz su destino.
 Si sigues este camino,
 El que así lo estableció
 Te dará cual prometió
 Vida feliz: ya se sabe,
 Hijo sin padre es cual nave
 Que vela y timon perdió.

ACCUBIERON con la mayor puntualidad nuestros apreciables jóvenes la tarde siguiente, deseosos de saber los sucesos del buen Gerardo, en cuya suerte se interesaban, y de conocer el carácter de Dupuis, á quien de antemano aborrecían. Esperaban á Palemon con impaciencia, pero tardaba en llegar, y tampoco estaba allí Marcela. ¡Si al menos tuvieran el libro!

podria Armando continuar la historia que sin duda ya sabia su padre. Y tú tambien, lector mio, ¿no participas de la viva curiosidad de nuestros tiernos héroes? Paciencia; pronto proseguiremos la historia de Gerardo; mas por ahora nos lo impide un accidente que no nos dejará de inspirar un interés muy particular.

Vista la tardanza de Palemon, se pusieron los muchachos á entretenerse con aquellos juegos propios de su edad, cuando de repente llamó su atencion el agradable sonido de una flauta que se oía hácia la puerta. Un jovencito de unos quince años, un saboyanito es quien toca tan dulce instrumento; y en sus miradas da á entender que busca una casa, cuya situacion no conoce: repara en los muchachos, y les dice: ¿Vive por aquí el buen Palemon?—Aquí mismo.—¿Sois sus hijos?—Sí.—¡ Oh! ¡ cuánto me alegro de encontraros! A vosotros solos os busco: dejadme entrar, porque tengo mil cosas que deciros.

Entra el músico con los muchachos, quienes cierran luego la puerta, le llevan al terrazo, le obligan á tomar asiento, en una palabra, le hacen todos los honores debidos á un forastero. Nuestro músico se sentó con cierto aire de gravedad, limpió el sudor de su frente, miró con interés á los muchachos, y

despues les dijo : Ahora bien , amiguitos míos , es preciso que yo cumpla una promesa que he hecho , y es muy sagrada ; sois cinco , ¿ no es verdad ?—Sí , y todos somos hermanos.

Sacó entonces el flautista un bolsillo lleno de escudos ; hizo cinco partes , y luego , dejando atónitos á los niños , pone en la mano de cada cual una porcion , y les dice : Esto es lo que os toca. Admirados los muchachos no saben qué hacer.—¿ Os burlais , amigo ? Este dinero no puede ser nuestro : ¿ quién nos lo habia de dar ?—Yo digo que es vuestro , tomadlo : pronto sabreis quién os hace este corto regalo.—Pero...—Pero es preciso tomarlo : asi lo desea quien me envia.—El que os envia no será nuestro padre , dijo Adela , y no podemos aceptar vuestros dones sin su permiso , ó al menos sin que sepa...—Todo lo sabrá , y será de su aprobacion. Este dinero es vuestro : lo habeis ganado legítimamente.—Pero decidnos siquiera...—¡ Ah ! eso sí ; con mucho gusto ; tal era mi intencion : meta cada uno en su bolsillo la parte que le corresponde , y luego hablaré.

Confusos los muchachos , miran el regalo que se les hace : cada uno recibe quince libras : ¡ qué cantidad para ellos ! No saben si deben guardar el dinero ; pero al cabo se determinan á hacerlo , despues

de haberlo reflexionado, y resuelto el no dejar salir al músico sin restituirle la suma, si las razones que les diere no les pareciesen legítimas.

El saboyanito iba ya á descubrir el autor de este beneficio, cuando de repente llegaron Palemon y Marcela. ¿Por qué los muchachos, al ver á su padre, se avergonzaron como si acabasen de cometer algun crimen? ¿Por qué les palpita el corazón, y no se atreven á pronunciar una palabra? Esto consiste en que un beneficio que se recibe, y cuyo origen se ignora, humilla mas que satisfacé; por eso los corazones honrados experimentan cierta confusion al recibir un favor: en fin, un beneficio recibido de persona desconocida, sin motivo antecedente, envuelve en sí cierto género de ultraje.

— Palemon advierte la turbacion de sus hijos; ve en su casa un desconocido, y le pregunta con afabilidad qué se le ofrece. Es preciso que el músico responda, porque ninguno de los muchachos se atrevé á hacerlo: han recibido el dinero, y temen que su padre los tache de imprudentes. El desconocido, pues, tomó la palabra y refirió á Palemon lo que acaba de decir á sus hijos, y el placer que experimentaba de que hubiesen aceptado el regalo que les habia hecho.





Los jóvenes fijan la vista en Palemon, procurando descubrir en su semblante si le han disgustado; pero quedan agradablemente sorprendidos al ver que se sonríe, y aun se chaceo sobre el asunto. En verdad, amiguito, dijo al músico, que esto parece un milagro: me alegraría de encontrar una buena alma que todos los días me hiciese igual favor. ¿Conque estais muy ricos, hijos míos? Me alegro mucho, muchísimo; pero, sin duda, deseareis tanto como yo saber quién es el hombre generoso que os ha regalado con tanta liberalidad. Supliquemos, pues, á nuestro huesped que nos explique este misterio; pero antes me parece muy justo que le deis algun refrigerio.

Adela corre á la cocina, y vuelve con pan, vino y frutas: el músico las acepta con desembarazo: todos se sientan; ya no se acuerdan del libro grande: el interés mayor vence al menor; y luego que Marcela ha tomado la labor, y se ha puesto los anteojos, el joven músico da principio á su narracion en esta forma:

HISTORIA DEL PADRE CIEGO.

Nací en las montañas de Saboya: mi padre fué muy joven á París para ocuparse en un oficio útil,

cual es el de aguador. Aunque semejante profesion no se mire con la consideracion que otras menos útiles, sin embargo, cuando se medite lo trabajoso que le será á cualquiera el verse obligado á ir con el cántaro ó cubeta por el agua que necesite en su casa, y volver con tan pesada carga, tal vez diariamente, entonces se confesará de buena fé la grande utilidad y conveniencia que proporcionan estos hombres laboriosos, que por un corto estipendio escusan tantas penas y fatigas, y lo muy obligados que debemos estarles... Es preciso que me perdoneis si acaso alguna vez os parecieren simples mis reflexiones; porque no he tenido instruccion, ni he frecuentado las casas grandes, ni numerosas concurrencias: siempre he vivido entre el pueblo artesano, y solo de este os podré hablar.

Mi madre murió mientras mi padre se hallaba en París: tenia yo entonces ocho años; un vecino caritativo se compadeció de mí, me llevó á su casa, y al momento escribió á mi padre; el cual se apresuró á volver á Saboya para arreglar algunos cortos asuntos. Al llegar Gilberto, mi padre, á casa de su vecino, me estrechó entre sus brazos, y me dijo derramando lágrimas: Hijo mio: has perdido á tu madre, y con ella toda tu felicidad: tu padre es un pobre

jornalero, que no ha tenido tiempo para ahorrar dinero alguno: es preciso que vayas con él á París: allí te enseñaré modos honrosos de existir, ó bien limpiando chimeneas, ó sirviendo á los pasajeros, ó haciendo recados. Esta es la suerte que te espera, querido José; pero si te aplicas y eres honrado, serás mas feliz que si poseyeses una fortuna brillante.

Dicho esto vuelve á abrazarme tiernamente, da las gracias al piadoso vecino, vende los pocos efectos que le restan, y pasados algunos dias se pone en camino, llevándome consigo. Pero algunas leguas antes de llegar á París, un terrible accidente privó á mi padre de la vista. ¡Gran Dios! ¡cómo podré contaros tan trágico suceso sin deshacerme en llanto!

A las ocho de una noche oscurísima llegamos á las afueras de una gran ciudad. Siendo forzoso detenernos para descansar, llamé á la puerta de una quinta, y pedí permiso para pasar con mi padre la noche en el establo: me respondieron con aspereza que no admitian gentes desconocidas; insisto y me arrojo á los pies del ama de la casa, la cual, mas compasiva que su marido, exclamó: ¡Pobrecito! no puedo menos de darle acogida. ¿Dónde está tu padre?—Mirad, allí abajo: ¿padre mio? ¿padre mio? Llegó mi padre, y su respetable fisonomía acabó de

decidir á la buena señora. ¿Y á dónde quieres ponerlos, si con motivo de la cosecha está todo lleno de gentes? la dijo su marido.—No importa; los pondremos en el granero viejo, pues en él no hay mas que un poco de paja: no está bien cerrado; pero á lo menos mejor pasarán allí la noche que al sereno. Nos condujo, pues, esta caritativa muger al granero, y aun tuvo la humanidad de hacernos traer pan, agua y algunos restos de la cena. Cenamos alegremente, y luego nos tendimos cada uno en el rincon que nos pareció mas á propósito. Yo dormia profundamente, cuando á cosa de las cinco me despertó un espantoso ruido: llamo á mi padre; pónese á escuchar y me dice que son cañonazos que tiran en la ciudad, sin duda á causa de la fiesta que en ella se iba á celebrar aquel dia, segun habia oido decir cuando llegamos.

Entre tanto, yo observaba que á cada cañonazo temblaba la miserable estancia en que nos hallábamos. Mi padre, que se estaba vistiendo, observa lo mismo, y se asusta. Despacha, José, me dijo; viste te aprisa, porque aquí no estamos seguros, pues este desmoronado edificio puede de un instante á otro sepultarnos en sus ruinas. Al oir estas palabras se apoderó el terror de mis sentidos: salgo precipitadamente de la estancia; y apenas estoy fuera, oigo una ter-

rible descarga, veo que se abren las paredes y cae el granero, quedando mi padre envuelto entre las ruinas, según me anunciaban sus tristes clamores.

¡Qué había de hacer yo en tan cruel situación! Las gentes de la quinta se hallaban distantes de donde nosotros estábamos. Si me iba á avisarlas de aquella desgracia, tal vez mi padre podía morir antes de darle socorro. La ternura y el temor me dan una fuerza sobrenatural; y sin consultar mis fuerzas, creo que puedo escombrar las ruinas, apartar los pesados maderos, y salvar á mi padre. Al mismo tiempo que trabajo, pido á voces socorro. Por fortuna, una hija de la casa me oyó: el ruido de la caída del granero la había asustado; y la curiosidad la traía al sitio de las ruinas: esta buena muchacha corrió precipitada á la quinta, y luego volvió acompañada de varios hombres, que acabaron una obra que á mí me parecía haber adelantado mucho porque separé algunos terrones. Cuando los ví, el consuelo y la esperanza me hicieron sentir mi mal estado: tenía las manos y los pies ensangrentados: un sudor frío corría por todo mi cuerpo; caí sin sentido, y me trasladaron á la quinta, donde no volví en mi acuerdo sino para presenciar el dolor de los que me rodeaban; y particularmente la aflicción del ama de la casa, que lloraba

amargamente por suponer que ella era la causa de nuestra desgracia. ¡Padre mio! ¡padre mio! esclamé.—¡Tu padre!... ¡pobre muchacho!—¿Ha muerto?—¡Mas valia!—¿Pues qué le ha sucedido?—Ha perdido la vista: ves á verle al hospital, adonde acaban de llevarle: Juana, acompaña á este muchacho adonde está su padre: ¡oh Dios mio! ¿por qué ha sucedido en mi casa tan funesto accidente!

Caminaba yo tan aprisa que apenas podia seguirme la criada. Estaba el hospital á bastante distancia de la quinta, en la ciudad donde habian disparado los cañonazos, causa de nuestro infortunio. No os pintaré mi desesperacion cuando me arrojé sobre la cama de mi padre, el cual así que recobró el uso de la lengua lo primero que habló fué preguntar por su hijo: cerca de él estaba este hijo querido; ¡pero jamás podia volver á verle! El infeliz Gilberto estaba magullado, tenia varias heridas, y los ojos muy hinchados. El cirujano me dijo que de todo sanaria menos de la vista, la cual no habia esperanzas de que la pudiese recobrar.

Tuvieron la bondad de permitirme quedar en el hospital para cuidar de mi padre, y aun me mantuvieron por caridad durante dos meses, en cuyo tiempo se restableció enteramente mi padre y deja-

mos aquel piadoso asilo, sin otro recurso que el de mendigar. Convinimos en que yo llevaria por todas partes á mi padre, y pediria limosna para él; pues el grande amor que le tenia nada presentaba á mis ojos que fuese desagradable, si servia para su alivio. Cuando veía algunas gentes, gritaba: ¿no hay quien socorra á este pobre ciego? Unos me daban, y muchos me despreciaban: yo entregaba fielmente á mi padre el producto de las limosnas, y no me separaba de él ni un minuto.

Una señora anciana, que pasaba un dia por donde nos hallábamos mi padre y yo, se compadeció de nosotros, y despues de haberme dado algunas monedas, me dijo: ¿A dónde vais de esta suerte, hijos míos?—Señora, vamos á buscar un albergue para pasar la noche que se acerca, y temo que su frialdad haga daño á mi padre.—¡Cómo! buen hombre, ¿este muchacho es hijo vuestro?—Sí señora, y es muy bueno; yo os lo aseguro.—Bien lo anuncia su rostro: ¿qué edad tiene?—Diez años.—¡Es muy hermoso! Pero ¿dónde acostumbrais pasar las noches?—En el primer rincon que la caridad nos franquea.—Escuchad, buenas gentes; yo quiero recojeros: tengo dos camas en una sala baja, que ocupaban dos hijos de mi jardinero, los cuales están

ahora en el ejército: todas las noches podreis disfrutarlas: durante el dia ireis á pedir limosna adonde quisiéreis; y al oscurecer os entregarán la llave de vuestro cuarto: yo me obligo á dulcificar vuestra suerte: seguidme. Mi casa está muy cerca: venid conmigo, y agradeced á Dios el haberme encontrado.

La buena señora caminaba delante de nosotros: mi padre la llenaba de bendiciones, y á poco rato llegamos á una hermosa casa, situada enteramente en el campo, y en la que todos los criados imitaban la humanidad de su señora. Nos entregaron la llave del cuarto bajo, nos dieron tambien de cenar, y nos acostamos en dos camas que nos parecieron de blanda pluma, porque hacía muchísimo tiempo que no sabíamos lo que era dormir en blando.

A la mañana siguiente, la muger del conserge nos dió de almorzar, y salimos al camino á implorar la compasion de los buenos corazones. Voy á daros á conocer las almas caritativas que nos habian franqueado un asilo, á la verdad alejado del cuerpo de la casa, pero cómodo y aseado.

Madama Aubri, viuda de un rico comerciante, vivia de sus rentas con un hijo, hombre de treinta y cinco á cuarenta años, cuya única ocupacion eran

el estudio y la beneficencia. Ninguno se apartaba de su presencia sin salir consolado; cuidaba sobremañera de su madre, anciana, y algo enferma: ningun dia dejaba de ir á desayunarse junto á su lecho, porque la buena señora se levantaba muy tarde: por la noche tambien la acompañaba: en fin, por todos lo medios posibles procuraba pagarla los cuidados que le habian costado su crianza y educacion.

Hubiéramos podido dispensarnos de mendigar, segun el cariñoso extremo con que nos trataba la buena señora; pero temíamos se persuadiese de que queríamos serla absolutamente gravosos. Nos hacía mil regalos, pues con mucha frecuencia decia á sus criados: llevad esto al pobre ciego; guardad aquello para el buen ciego; comprad tal cosa para Pepito. Ella y su hijo tenian muchas veces la bondad de pasar á visitarnos; me hacian cantar algunas canciones de mi pais; reian á carcajadas, y se retiraban muy contentos. El hijo de esta señora era aficionado á la música y su instrumento favorito era la flauta: quiso enseñarme á tocarlo, persuadido de que me sería útil para ganar la vida, y todos los dias me daba leccion. Por mi parte no tardé en manifestarle que sabia aprovecharme de su condescendencia. Tambien me enseñó á leer y escribir, y me

instruyó en todo cuanto cabía en mi corto entendimiento. No hay beneficio que mi padre y yo no hayamos debido á estas dos generosas criaturas; pero la felicidad dura poco. Vamos ahora al suceso mas particular de mi vida: escuchadme con atencion, y oireis un lance tan extraordinario, que es preciso ser bien desdichado para haber sido el héroe principal del suceso.

Habíamos pasado tres años en esta casa, y hacía dos que nuestros bienhechores dispusieron que mi padre no saliese á pedir limosna: todo lo hallábamos en este asilo; y aun Mr. de Aubri pensaba en procurarme un buen establecimiento, cuando la desgracia, que nos perseguía, vino á trastornar todo el edificio de nuestra esperanza y tranquilidad.

Mr. de Aubri estaba muy á menudo distraido y taciturno: habia momentos en que parecia agitado de una terrible desesperacion; y estos accesos eran mayores hacia un mes. Su madre le preguntaba la causa continuamente; pero él se escusaba con que el estudio le enardecía la cabeza: estaba reservado á nosotros el descubrir la causa de su melancolía, como lo vais á oír.

Una tarde que yo volvía de pasear con mi padre á tiempo que empezaba á oscurecer, advertí que to-

davía nos faltaba un largo trecho para llegar á casa, y sentí un involuntario terror. Hacía algun tiempo que se hablaba de una tropa de bandidos que infestaba el pais: nuestro exterior seguramente no nos esponía á ser robados; pero el temor no reflexiona. No dije á mi padre que oscurecia, pero le supliqué que acelerase el paso, pretestando que el aire refrescaba mucho. Creyóme el anciano, y caminamos aprisa, cuando al pasar por un bosquecillo, salen dos hombres corriendo y parecia que venian huyendo. El uno de ellos estaba herido, y derramaba mucha sangre de un brazo, aunque le tenia envuelto en un pañuelo. El otro empujó á mi padre con tal fuerza, que le derribó al suelo. ¡Cielos! exclamé, ¡habrá tal aturdimiento! —¿Cómo aturdimiento? ¿por qué no se apartan á un lado? —¿No veis que mi padre es ciego? —¿Ciego?... Compadre, dijo dirigiéndose al otro, aquí tenemos el hombre que necesitamos. —Sí por cierto, contestó su compañero; la casualidad nos le presenta: llevémosle.

A estas palabras los crueles me arrebatan la flauta que siempre llevo conmigo: cogen á mi padre cada uno por un brazo, y le obligan á caminar con ellos. Juzgad de su espanto, de sus clamores y de los míos: en vano les supliqué que me restituyesen á

mi padre; los bárbaros se rieron de mis lágrimas: quiero al menos seguirlos, pero uno de ellos me dió un terrible empujón, y me arrojó en tierra: procuré levantarme, y antes que lo verificase, uno de los malvados sacó de los bolsillos unos cordeles, y llegó su ferocidad hasta el extremo de atarme á un árbol en presencia de mi padre, que dirigía al cielo melancólicos gemidos.

Después que me ató, á pesar de los esfuerzos que hice para resistirme, los monstruos volvieron á coger á mi padre, que no quería alejarse de su desgraciado hijo, manifestando con su débil resistencia la fuerza de la ternura paternal. Pero sus esfuerzos fueron inútiles, y tuve el dolor de verme arrebatado el padre sin poder seguirle, y sin quedarme mas consuelo que mi llanto. Considerad cuál sería mi situación, amigos míos, y decidme si puede darse otra mas horrorosa. Vedme solo en un bosque al cerrar la noche, atado á un árbol y sin esperanza de ver pasar alguna persona que rompa mis ligaduras. Todo me asustaba, todo me estremecía: las sombras no me permitían distinguir los objetos: oigo á lo lejos los espantosos aullidos de los animales que habitaban aquellas espesuras, y creía que se acercaban á devorarme: estos temores, el fúnebre silen-

cio de la noche, y el horror de mi situacion, casi me privaban del sentido, cuando de repente descubro á lo lejos...

Aquí interrumpió Palemon al jóven músico para advertir que ya era hora de que su familia se retirase. Levantóse José, y prometiendo á los muchachos continuar su historia la tarde siguiente, se despidió de ellos. Dejemos á Palemon disfrutar de la incertidumbre de sus hijos acerca del dinero que han recibido, sin que José haya tenido tiempo para descubrir el origen.

TARDE VI.

LA INGRATITUD.

Quien por bien devuelve mal,
Merece la execración
Del mundo, y la maldición
Del Sacro Ser Eternal.
Es detestable, inmoral,
Es un loco, un insensato,
Es infame, es mentecato,
Es pérfido sin segundo;
Pues no hay mónstruo en todo el mundo
Que se compare á un ingrato.

QUE larga se les hizo la siguiente mañana á nuestros jóvenes! Sin embargo, sus estudios y las diferentes ocupaciones de cada uno abreviaban el tiempo que les parecia tan largo. Llegó por fin la caída de la tarde, y todos se encaminaron apresuradamente al emparrado. Esperaban impacientes al sa-boyanito, y su padre entretanto les hacia sábias

reflexiones acerca de los sentimientos que inspira la naturaleza en un alma bien educada; pero advirtió que en aquellos momentos su moral era casi inútil: todos deseaban que llegase José, y tenían los ojos clavados en la puerta; al menor ruido imaginaban que entraba el deseado historiador: ¡pero no venia! ¡qué lástima será que los deje toda una noche en la incertidumbre de lo que le sucedió en el bosque estando atado á un árbol! ¡qué pérdida para su curiosidad si no vuelve á la granja! Entretanto, la hora se adelantaba: desesperaban ya de verle esta tarde, y en todas sus fisonomías se pintaba el descontento. Viendo Palemon el enfado de sus hijos, para distraerlos por medio de una ocupacion agradable (porque ya conoce que sus reflexiones son entonces inútiles) se vá por el libro grande para acabar de leer la historia del buen Gerardo. ■

○ Obsérvese la estravagancia de los hombres. Los muchachos, dos dias antes deseaban ansiosos saber el fin de esta historia; otra nueva les conduce poco á poco al mismo grado de interés, y vuelven á tomar la primera con indiferencia; sin embargo, es preciso resignarse, pues José no viene. Palemon trae el libro grande; se le entrega al lector Armando, y todos los muchachos prestan atencion

despues de recordar que habian quedado en la llegada de Mr. Dupuis.

CONTINUACION DE LA HISTORIA DE DULIS Y GERARDO.

Todos los criados se habian levantado respetuosos á recibir á Mr. Dupuis, y nuestro amigo Gerardo habia permanecido sentado, para ver mas á su satisfaccion á tan importante personaje. Era un hombre de unos treinta años, bien formado; pero de una fisonomía que manifestaba doblez y falsedad. Mr. Dupuis habló largo rato en voz baja al desconocido, en seguida se despidió, y acercándose luego á Gerardo, con un ridículo tono de proteccion, le dijo: ¿qué se ofrece, amigo mio?—Hace dos horas que aguardo ocasion para hablar á Mr. Dulis. — Aunque esperases cuatro, sería lo mismo, porque no puedes verle. — ¿No? — No: es preciso que me digas á mí lo que quieres con él. — ¿Con que Mr. Dulis no vé á sus amigos sino por procurador? — ¿Sus amigos? ¿Eres tú amigo suyo? ¿Tú?— Yo te haré arrepentir de tus amargas burlas cuando Dulis sepa el modo insultante con que tratas á su amigo Gerardo...—¡Gerardo!... Nunca ha tenido mi señor amigo de semejante nombre.—Pero si,

como parece, eres tú el confidente de sus mas secretos pensamientos, muchas veces le habrás oido hablar de mí. — No: jamás se ha acordado de semejante persona: por lo demás en mi mano está el impedirte que hables á mi señor; pero quiero divertirme viendo el recibimiento que hace á su amigo Gerardo. Lafleur, lleva al amigo Gerardo al gabinete del amo... pero no, á mí me corresponde el hacer los honores y renovar los vínculos de esta amistad. Sígueme Gerardo... ¿qué digo? Seguidme, Señor Don Gerardo; já, já, já...

En cualquiera otra ocasion habria dado Gerardo muy buenos mogicones á este impertinente criado; pero contenía su cólera la esperanza de que Dulis le haría justicia de tan malos procederés: en fin, va á verle, y arrojarle en sus brazos. Ábrese la puerta: un jóven, en trage de tocador, está delante de un espejo ocupado en leer una carta. Reconócele Gerardo, y se precipita en su seno.—¡Dulis, amigo mio! —¿Qué es lo que quereis? Mr. Dupuis, ¿quién es este hombre?—Pues qué, señor, ¿no le conocéis? ¡es vuestro mayor amigo! ¡el amigo Gerardo! —¿Gerardo?—Sí por cierto, respondió nuestro buen labrador; soy tu antiguo compañero de colegio: ¿lo desconocerás?—Dejadnos solos, Mr. Dupuis, le dijo Dulis.

Atónito Dupuis, habló en secreto á su amo: Gerardo no oyó mas que estas palabras: es prodigiosa: no se puede mejorar. Quedaron solos Gerardo y Dulis, y este le dirijió entonces la palabra: ¿Vos aquí, Gerardo? En verdad que no os esperaba. ¡Hace tanto tiempo que no nos hemos visto!—Es verdad; pero ¿te has acordado de mí en todo ese tiempo?—Sí por cierto; todos los dias; pero ¿qué es lo que te trae á esta ciudad?—¿Puedes preguntármelo?—Sin duda disfrutas comodidades: ¿trabajas con tu padre? ¿te quiere mucho?—¡Ay amigo mio! estoy lleno de pesares: mi padre ya no existe: ¡me veo arruinado!—¡Arruinado! ¿Con que has tenido mala conducta?—¡Oh cielos! ¿tan mal piensas de tu amigo? Permíteme que me siente, y te contaré mis desgracias.—Siento mucho no tener ahora tiempo para escucharte.—¿Con que... no tienes... tiempo?... ¡Cruel! ¿De este modo recibís á vuestro antiguo amigo, que tantas veces os ha estrechado en sus brazos?—Entonces éramos niños: verdad es que nos queríamos mucho.—¿Y esa es la única memoria que ha quedado de tan íntimo cariño? ¡Fúnestos presentimientos, qué poco me habeis engañado! Pero voy á manifestaros mi franqueza. No puedo avergonzarme de la promesa que voy á recordaros:

Si la desgracia te persigue, me dijisteis, ve á buscarme; y si yo faltase á nuestras palabras y juramentos, te permito que me traspases el corazon. Yo soy desgraciado, y estoy aquí.—¿Y qué quiere decir eso? ¿será alguno capaz de amenazarme en mi casa? ¿qué significa eso de *traspasar el corazon*?—Las palabras, señor, no son nada: un amigo reclama el corazon de otro: si os estrañais de mí, decidmelo.—¿Ahora venís á recordarme unas expresiones tan fuertes? Los muchachos no saben lo que se dicen.—¿Y tienen los hombres menos alma que los muchachos?—¡Gerardo!—Ya me voy, señor; no debia esperar otra cosa del amo, atendida la insolencia de los criados.—¿Os han insultado?—Si señor.—Sin duda les habreis hablado con dureza, porque nunca...—Dejemos explicaciones: yo he venido á buscar á Dulis; no le encuentro, y le abandono para siempre.—Escuchad, atended...—¿Qué me quereis?—No quiero que se diga que un antiguo amigo ha venido á verme, y no ha experimentado los efectos de mi liberalidad: si verdaderamente os hallais necesitado, algunos luites podrán...—Hombre ingrato y perjuro! guarda tus riquezas; prodígalas con mugeres perdidas, criados infames, y hombres corrompidos, que en tí han echado á perder la mas

bella índole: niégate á la amistad; pero sabe que Gerardo nunca olvidará que Dulis solo ha vivido para él hasta la edad de diez y siete años. Mas teme que el infortunio descargue algun dia sobre tí todas sus iras: tiembla de que la suerte agote en tí todo su favor. Entonces, te hallarás solo, y derramarás lágrimas que nadie enjugará... ¡Desventurado! Tú no tendrás ningun amigo. El ingrato, no puede ser feliz sobre la tierra.

Dichas estas razones se retiró Gerardo, dejando á Dulis como petrificado con la funesta suerte que le habia pronosticado. Dulis sentía su corazon oprimido por los remordimientos; quiso llamar á su amigo, y espiar entre sus brazos la falta que habia cometido; pero entró Mr. Dupuis, y le ofreció mil motivos de distraccion y consuelo. Dejemos á estos hombres perversos, y volvamos con Gerardo á la posada, donde ha dejado á su hermana, á la cual va sin duda á sorprender, refiriéndola lo que le ha sucedido.

Por la primera vez experimenta Gerardo cierta especie de vergüenza atravesando la antecámara, donde los señores lacayos estaban muy dispuestos á mofarse de él nuevamente. Gerardo se habia engañado respecto al juicio que formó de Dulis; y estaba mas humillado que si hubiese cometido algun delito.

No podía concebir cómo las riquezas y el libertinage apagan en un buen corazón todos los movimientos de sensibilidad. Como que quiere dudar de que este Dulis, á quien acaba de ver, sea el mismo á cuyo lado pasó su feliz niñez; y decía para sí: ¡ Dios mio! si la edad de la razón muda tanto los hombres, ¿por qué no son siempre niños? Si la fraternidad, la bondad y la dulce confianza rodean su cuna, ¿por qué no le acompañan también hasta el sepulcro?... No lo sé. Solo veo que cuando se halla avanzado en la edad de la discreción, le deslumbran los vicios; y que por lo regular, cuando anciano, amortiguadas sus pasiones, vuelven á brillar sobre su arrugada frente las mismas virtudes; esta es la razón porque la cuna y el sepulcro reúnen los mismos sentimientos, los mismos afectos.

Complaciase Gerardo en sus reflexiones filosóficas; pero bien pronto la imagen de la indigencia que le espera, comprimó su corazón: un temblor involuntario se apoderó de sus miembros; y conoció demasiado tarde, *que en la sociedad nadie debe contar sino consigo mismo*. Sin embargo, es preciso que piense lo que ha de hacer: mil proyectos se ofrecen á su imaginación turbada, y al cabo resuelve ejecutar el siguiente: Se pondrá á servir de

jornalero en casa de algun labrador ; su hermana le hará compañía , y con las labores de su sexo procurará ayudar á su subsistencia: así, la paz y la tranquilidad vendrán á habitar con ellos bajo el techo fraternal , y no conocerán los vicios de las grandes sociedades. Hé aquí un plan bien concebido y arreglado : ansioso está Gerardo de comunicarlo á Julia. Bien podía aprovecharse de su educacion, procurando acomodarse de ayo, ó secretario ; pero no quiere : se confirma en su primer pensamiento, y entra en la posada con la misma alegría que brillaba sobre su frente cuando salió para ir á casa del insensible Dulis.

Pregunta por su hermana , y le responden : ¿Pues qué , no está con vos?—¿ Conmigo?—Sin duda : ha salido de aquí.—¿ Salido? Esplicaos mas claro , señora.—¿ Qué mayor claridad? Me fui á las habitaciones altas , y cuando bajé , ya no estaba vuestra hermana, y creí que había ido á buscaros; esto es todo lo que puedo deciros.—¡ Qué oigo , cielos ! ¡ mi hermana ! ¡ Julia! ¿dónde estará? Nosotros á nadie conocemos en la ciudad... ¿Qué puedo pensar de su ausencia?—Esperad un poco: no debe tardar en volver: acaso por curiosidad haya salido á pesearse un rato por este barrio, que es el mas hermoso de Cambray.

No se puede imaginar la inquietud de Gerardo durante la mañana, y aun todo el día, porque Julia no pareció. ¿Qué hará? ¿á dónde irá? ¿á quién se la pedirá? Reprende agriamente á la dueña de la posada, la cual le responde con dureza, que ella no ha de llevar una jóven colgada de la cintura como manojo de llaves. Casi se entrega Gerardo á la desesperacion. Ya es de noche, y determina dar parte al magistrado: pregunta á la criada de la posada dónde vive el juez, por cuyo medio espera saber de su hermana. La criada era la misma que la noche anterior le habia dado señas tan ciertas del pérfido Dulis, la cual le dijo: ¡ Ah! mi querido señor, guardaos de ir á casa del juez: os tengo mucha inclinacion, porque me pareceis franco y bueno: mirad, no ha mucho que vino aquí un dependiente de la justicia, el cual es compadre mio, y yo le he dicho: Hola, Tomás, ¿cómo va? ¿cómo estan vuestra muger y el niño? Muy bien, me contestó: le brindé con un trago, y lo aceptó con mucho gusto: le di una copa, me senté y tomé otra para hacerle compañía, porque yo gusto mucho de mi compadre: es un bello hombre, si por Dios; mas veces ha visto el fuego de la guerra, que yo el de la cocina.—Yo lo creo, ¿pero al fin?—Al fin me dijo: ¿no está aquí aposenta-

do un tal Gerardo? No; le respondí; porque yo no sabía vuestro nombre.—No puede menos, me dijo él; es una especie de aldeano no mal trazado, que llegó aquí ayer con una hermana suya... ¡Ah! sí, sí; aquí está, le contesté. Tanto mejor, me respondió: esta noche... ¡Y añadió á esto un juramentazo!... porque el tal mi compadre jura como un carretero; y esto no es estraño, ya lo veis, porque ha sido muchos años soldado, y siempre en batallas; valiente, arriesgado...—Al caso, por Dios; que me teneis en la mayor inquietud.—Yo lo creo, la cosa no es para estar sosegado; no se trata de menos que de encajaros en la cárcel.—¡En la cárcel!—Sí, en la cárcel; mi compadre me lo ha dicho: ¡oh! ¡pues si yo os dijera todo!—Decídmelo por Dios; hacedme el favor de no ocultarme nada.—No señor, porque sería muy largo de contar; además de que yo estoy de prisa, y no tengo tiempo de charlar como la criada de Grifon, que siempre está hablando á trompon con todos los forasteros que allí se alojan; no hay uno de quien no sepa la historia mejor que la cartilla; así tiene tal fama de habladora.—Pero vamos al caso, por el amor de Dios.—Ya estoy, ya estoy; en dos palabras, para abreviar: hoy habeis sido delatado al juez como un vagamundo y malhechor; y esta no-

che vendrán á prenderos: yo lo sé; no hay que dudar: mi compadre me ha enseñado la órden, y está encargado de ejecutarla: si hubiérais estado aquí, ya no tenía remedio, porque mi compadre es terrible en esto de cumplir con su obligacion: ¡caramba! es mas listo que una bala de cañon: yo le he aconsejado que volviese á media noche; porque á esta hora es cosa muy natural el encontrar las gentes en sus casas.

Un rayo no hubiera confundido tanto á Gerardo... ¿Quién le conocia en Cambray? ¿Qué enemigos ocultos podia tener en la ciudad? ¿Será algun nuevo rasgo de la perversidad de Dulis?... Por otra parte ¿será verdad la relacion de la criada? ¿habrá visto la órden fatal? ¿no puede ser un lazo que le preparan los raptores de su hermana? Sí; no puede ser otra cosa. Gerardo se confirma en esta idea, porque no es posible que le hayan calumniado: el hombre virtuoso no puede sospechar semejante maldad. Se presentará al juez; le manifestará el rapto de su hermana, porque es forzoso que alguien la haya robado, puesto que no parece; y si el magistrado ha espedido alguna órden contra él, la hará revocar descubriéndole la malicia de sus enemigos, quienes sin duda disponen su prision para consumir sus horribles deseos.

Lleno Gerardo de confianza, se dirige á su cuarto para tomar su baston y sombrero; pero apenas ha subido tres escalones, cuando oye decir en el portal: ¿Ha vuelto Gerardo?—No, responde la criada, todavía está corriendo por la ciudad en busca de su hermana, que se la han robado.—¿Se la han robado? ¡bravo! Es cosa nueva; el magistrado nada sabe de esto; y á la verdad, las gentes que lo han delatado no dijeron si tiene hermana. Es muy raro que tal hombre no haya vuelto, siendo ya las nueve: pero á bien que á media noche no se nos escapará: tú me llevarás con mucho silencio á su cuarto; ¿no es así?—Sí por cierto; y aun te alumbraré.—Mil gracias; hasta la vista, comadre.—A Dios, comadre.

Queda Gerardo sobrecogido del susto que le causan las palabras de aquel hombre que le busca. Ve subir á la criada que con el mayor interés le dice: escapad, escapad pronto; ya veis lo que hago por vos: ¿no le he respondido bien? Gerardo sube precipitadamente á su cuarto; recoge su corto equipage; lo lia, y paga el gasto á la criada; manifestándola el pesar que tiene de no poder agradecerla los favores que la debe.—A Dios, mi buena amiga, á Dios; ya conoceis...—Sí, sí, no perdais un instante: ¡pobre-

cito! ¡cuánto me alegro de poder salvarle! Porque ya se ve que este es un hombre honrado; la cara lo dice.

Por fin Gerardo se veía obligado á evadirse del peligro... á huir... Huir solo, sin su querida hermana, dejándola acaso entregada al infortunio mas terrible...

Agitado por estos pensamientos salió de la ciudad, cuando un nuevo incidente vino á aumentar sus males.

Palemon, viendo que la hora era avanzada, mandó á Armando suspender la lectura, prometiendo continuarla otro día.

TARDE VII.

EL DESINTERÉS.

Si solo por bien obrar
Haces un bien á tu hermano,
Si ageno de orgullo insano
Te negáres á aceptar
El pago con que premiar
Pretendan tu bella accion;
Tu bondoso corazon
Se inundará de consuelo,
Y Dios te dará en el Cielo
Generoso galardón.

LA impaciente curiosidad de los hijos de Palemon, se hallaba esta tarde dividida entre la historia de los estudiantes y la del jóven saboyano; dudaban de cuál de las dos desearian con mas anhelo saber el desenlace. En esta perplejidad se hallaban, cuando oyeron la flauta que sonaba á lo lejos. El himno de victoria entonado por un ejército, no causa mayor

gozo á su asustada patria, que la que en aquellos niños produjo el sonido del alegre instrumento. Salen en busca del saboyono, le acompañan, le hacen sentar á su lado, y rodeando todos al buen padre, escuchan al narrador, que continúa su historia en estos términos:

CONTINUA LA HISTORIA DEL PADRE CIEGO.

Os dejé, amigos míos, en el momento en que solo, separado de mi padre, atado á un árbol en una noche oscurísima, hacía retumbar la selva con mis gemidos: cansado ya, dejé de quejarme, y advertí que se acercaba á mí una luz. Cuando ya estaba próxima la persona que la conducía, exclamé: ¡oh tú, cualquiera que seas! ven á dar libertad á un infeliz, así el cielo te bendiga. Pero al oirme, deja la linterna en el suelo y echa á correr con todas sus fuerzas asustada. Así pasé la noche: al amanecer oigo pasos de un caballo que se aproximaba; poco despues le veo, distingo al jinete, era mi protector Mr. Aubri: le llamo á voces, me reconoce sorprendido, y viene al momento á desatarme. Le refiero mi desgracia derramando un torrente de lágrimas; y acordándome que uno de los malhechores llevaba

un brazo herido, y que por él se desangraba, seguimos la dirección que la mancha de las gotas nos marcaba, y no tardamos mucho en llegar á las ruinas de un castillo viejo, donde juzgamos que habrían ocultado á mi padre: doy vuelta al rededor de las paredes, oigo un pequeño ruido procedente de una ventana que daba á un sótano, llamo á mi padre, y me contesta lleno de alegría. Gozoso yo tambien hasta el extremo, discurro en union con Mr. Aubri los medios de libertarle; ensayo, y veo que cabia por entre los hierros de la reja, y descolgándome con la cuerda con que me habian atado, bajo al subterráneo y me arrojé en los brazos de mi padre. Reconozco el calabozo, y veo que la carcomida puerta solo está asegurada por un cerrojo que cebaba en una pared casi deshecha. Pocos esfuerzos me costó el acabar de destruirla, franquear la salida y subir por una escalera tortuosa á reconocer el interior del derruido edificio, en el que despues de haber atravesado un patio, descubrí una puerta que salia al campo, y una llave colgada junto á ella.

Vuelvo al sótano, refiero á Mr. Aubri el éxito de mi exploracion, y le pido una de sus dos pistolas que me echó atada con la misma cuerda, y me prometió esperar junto á la puerta. Salgo del calabozo

conduciendo á mi padre, atravesamos los corredores, pasamos por el patio, tomo la llave, y cuando ya estaba abriendo, oigo que me gritan: ¡Deteneos ó sois muertos!—Eso, lo veremos, contesté disparándole un pistolezato que le hizo caer al suelo herido en una pierna. Salimos por fin, pero la esplosion de la pistola y los gritos del herido, habian despertado á los habitantes de aquellas ruinas: mi padre había montado en el caballo de Mr. Aubri, y ya nos disponíamos á alejarnos, cuando una jóven se deja ver en una ventana alta exclamando: ¡Por Dios, salvadme; libertad á la pobre Cecilia!—¡Cecilia! clama Mr. Aubri: ¡ella es! Cecilia, reconoce á tu amante.—Aubri, estoy en poder del pérfido Ferrando.

Apenas habian terminado estas palabras, vemos salir tres bandidos, dos de los cuales eran los mismos de la tarde anterior. El otro, que yo no conocía, se acercó á Mr. Aubri, que le esperó con las pistolas amartilladas; pero al acercarse á él y conocerle, queda como aterrado y se cubre el rostro con las manos.—Pérfido amigo, le dice mi protector; aquí tienes á tu rival: dispútame con las armas la virtuosa muger que has robado á su familia, ó traémela al momento si no quieres perecer á mis ma-

nos. Ferrando, que así se llamaba el desconocido, se retira con los dos bandidos, y un momento despues vuelve acompañado de la hermosa Cecilia, se la entrega á Mr. Aubri, y vuelve á encerrarse en su guarida.

Mi protector amaba á Cecilia, jóven apreciable, cuyo dote consistia en solo sus virtudes y sus gracias: la madre de aquel se había opuesto á su enlace, no queriendo que su hijo se casase con una muger pobre. Tambien Ferrando la amaba, aunque sin ser correspondido. Un dia que este salió á caza, se vió asaltado por tres ladrones, de los cuales tendió á dos en tierra, y reconociendo en el tercero á un antiguo criado suyo, le ocurrió la idea de robar á Cecilia, y llevarla á alguna guarida ignorada de todos. Así lo hizo auxiliado del bandido y de otros compañeros; pero la jóven vivia triste y melancólica en aquella sociedad aborreciendo á su raptor que en vano procuraba distraerla.

Entonces quiso llevarla algun músico con este objeto, y los bandidos deseando complacerle, y creyendo que mi padre era el que tañia la flauta, le llevaron á las ruinas para que divirtiese á la pobre prisionera.

Madama Aubri consintió al fin en el casamiento

y vivimos todos juntos durante dos años en la mayor felicidad, que fué turbada por la muerte de la anciana señora, á la que pocos meses despues siguió mi padre á la tumba. Mi protector, agradecido á que por mi medio se hubiese descubierto el paradero de su esposa, y queriendo premiar la intrepidez con que salvé á mi padre, me hizo brillantes promesas que no quise admitir, sirviéndome de única satisfaccion el haber cumplido con mis deberes desinteresadamente; y reuniendo algun poco de dinero, fruto de la liberalidad de la difunta señora, dejé la casa que durante cinco años me habia servido de asilo.

Hace tres ó cuatro dias que, pasando por la ciudad inmediata, quise visitar y consolar á los enfermos del Hospital, pues no hay placer mas puro para el alma que aliviar la suerte de los desventurados. Habia en un lecho un anciano moribundo; me preguntó hácia qué punto me dirijía, y cuando le dije que venia á este pueblo:—Ah! exclamó derramando algunas lágrimas: hacedme el gusto de entrar en casa del labrador Palemon; allí encontrareis cinco niños modelos de amabilidad y beneficencia; todos ellos son mis bienhechores: ayer me dieron cuanto poseían. Yo no tengo parientes y quiero que sean mis herederos; tomad esa corta cantidad, fruto de mis

economías, que no creía bastante para pasar el resto de mis días, y sin embargo me sobra toda entera; repartidla entre ellos y decidles que recibéndola llenarán los deseos del viejo mendigo.— Me encargué gustoso de esta comision, y aquel mismo dia falleció el anciano. He cumplido su voluntad; y así de esto como de mi historia, que os he referido, podeis inferir que el amor filial, el interés y la beneficencia son tres virtudes que llevan en sí mismas la recompensa.

El músico dejó de hablar; Palemon finjió sorprenderse del rasgo de beneficencia de sus hijos, alabó su modestia y sensibilidad y los abrazó con ternura. Los niños se empeñaron en que el savoyano recibiese una parte de la herencia; pero este se negó á aceptarla, diciendo que la Povidencia atendia liberalmente á sus necesidades, y que conocia lo delicado de los deberes de un ejecutor testamentario: pero prometió no olvidarse nunca de Palamon y de sus hijos.

TARDE VIII.

EL OLVIDO DE LOS AGRAVIOS.

Cuando ultrajado te veas
 De un amigo ó de un estraño,
 No medites en su daño,
 Ni agites crueles ideas.
 Por poco noble que seas,
 Si escuchas á la razon,
 Aun cuando tu corazon
 A la venganza te incita,
 El sano juicio te escita
 Al generoso perdon.

Muy preocupado tuvo el ánimo de los niños aquella noche y la siguiente mañana el relato del músico saboyano; pero mas aun la gratitud del mendigo que les habia nombrado herederos suyos. No cesaban de mirar, contar y contemplar su herencia y discurrir los medios de emplearla; hasta que por fin le ocurrió á Julio que supuesto que ellos nada necesita-

ban, pues el padre les daba cuanto habian menester, se informasen de si habia desgraciados en el pueblo que reclamasen auxilios, y socorrerles haciendo para ello un fondo comun, pues la herencia del pobre debia volver al pobre; todos los niños convinieron en ello escepto Benito. Llegó todo á noticia de Palemon, que se regocijó del buen empleo que aquellos trataban de dar á su caudalito; pero temió que Benito llegase á malearse, y se propuso corregirle mas adelante.

Llegada la tarde y colocados bajo el emparrado, mandó el buen padre llevar el libro grande y en él leyó Armando lo siguiente:

FIN DE LA HISTORIA DE DULIS Y GERARDO.

Abismado en sérias reflexiones caminaba Gerardo ya fuera de Cambray, cuando pasan dos hombres junto á él diciendo: Es obstinada como una Lucrecia. — En efecto, parece virtuosa. ¡Pobre Gerardo! si supiese que su hermana solo está á dos leguas de aquí....

La celeridad de los caballos no permitió á nuestro amigo oír una palabra mas de la conversacion de los dos desconocidos pero esto bastó para hacerle deci-

dirse á registrar todas las inmediaciones de la ciudad. Su hermana estaba á dos leguas; pero ¿en qué direccion?... Pregunta en una posada que encuentra en el camino, y le informan de que por allí ha pasado hace algunas horas una aldeana, á quien contra su voluntad llevaban en un carruage; dos lacayos la habian bajado desmayada.—¿Llevaba saya negra?—Sí.—¿Y pañuelo azul?—Justamente.—¿Y no sabeis á dónde la llevaban?—No, porque apenas se repuso, la volvieron al carruage y desaparecieron.

Gerardo continuó caminando en la direccion que le indicaron; pero distraido en sus cavilaciones se separa del camino, y se pierde: vuelto en sí, advierte su extravío y que se encuentra en un profundo valle; quiere volver atrás, y no sabe por dónde ha bajado hasta aquel sitio; entre tanto anochece; el cansancio le obliga á echarse en el suelo, y queda profundamente dormido...

Al llegar aquí Armando, advierte que al libro le faltan algunas hojas, pues de la página 254 pasa á la 267... pero ¿qué remedio? Era preciso contentarse con ignorar los sucesos intermedios, y siquiera saber la conclusion: continuó, pues, leyendo:

Un año hacía que Gerardo residía en París, dedicado á hacer recados y comisiones para los comer-

ciantes, entre los cuales había uno con especialidad que le distinguía por su honradez, y acaso le hubiera admitido en su casa como dependiente, si una feliz casualidad no proporcionara al apreciable jóven los medios para vivir con independencia y vengarse con nobleza de los agravios de su amigo.

Pasando un día por delante de una administración de loterías, le ocurre la idea de aventurar el dinero que llevaba, y tal fué su fortuna, que pocos días despues vió con indecible placer que había alcanzado un premio de veinte mil duros. Dueño de una fortuna para él inmensa, al instante toma un partido: volverá á Cambray, buscará á su hermana; si Dulis es rico, aun le dejará entregado á su suerte; pero si está necesitado, le dirá: Partamos entre los dos mi dinero.

Disfrázase de comerciante judío, y llega á Cambray bajo el nombre de Benjamin, fingiendo que va á emplear caudales; corre la voz en la ciudad, y el primer vendedor que se le presenta, es Dupuis. ¿Vais á fijaros en esta ciudad? pregunta al supuesto judío.—No, responde este, cubriéndose bien el rostro para no ser conocido; voy á países estrangeros, y busco objetos de valor.—Pues yo os proporcionaré algunos; pero en estos tiempos... la probidad... ya me en-

tendeis... Mi amo está necesitado.... y es preciso que entre los dos nos compongamos... me dareis un recibo de la mitad del dinero que me entregueis por cada cosa, y así todos viviremos... por ejemplo, os traigo una alhaja de valor de doscientos pesos, me dais ciento por ella, y me poneis un recibo de veinte: ¿os acomoda?

Efectivamente, presentó un reló guarnecido de brillantes, de valor de ocho mil reales, y recibió por él sesenta duros, quedando citados para llevarle al día siguiente alhajas de mucha consideracion. Así sucedió, que por tres mil duros recibió Gerardo joyas que valian doce mil, y de los cuales solo debia dar á su amo mil quinientos. Terminada la venta, supo que Dulis debia huir de la ciudad al día siguiente, y se decidió entonces á dar parte al magistrado de las maldades de Dupuis, quien despojado de las cantidades mal adquiridas para restituirlas á su dueño, fué conducido á la cárcel á esperar el condigno castigo.

Gerardo recobra su nombre y su modesto y verdadero trage; toma la cajita de las alhajas compradas, y dirígese con ella á casa de Dulis... ¡Qué mudanza! ¡qué cambio encuentra en ella! Ni un portero, ni un criado; la desnudez y soledad mas profunda

reinan en todas las estancias. Llega al cuarto de Dulis, y este, creyendo ver en él alguno de sus muchos acreedores, palidece. Conoce á Gerardo, y pareciéndole que va á insultarle en su desgracia, y echarle en cara la conducta que con él observó cuando estaba en la opulencia, toma una pistola y quiere quitarse la vida; pero Gerardo le detiene, le estrecha en sus brazos, y le persuade á que admita sus consejos y su proteccion. No nació vicioso, Gerardo, dice Dulis; pero las malas compañías, los malos consejos y el atractivo de las riquezas y de los deleites... mas ya todo lo he perdido.—Pues bien, si estás arruinado, vende las fincas, paga á los acreedores...—¡ No basta; me faltan aun cinco mil duros!—No importa, aquí los tienes en buenas letras de cambio; aun nos quedan otros diez mil con que vivir cómodamente, y además, lo contenido en este cofrecito que es tuyo.—¿Mio?—Sí, ábrelo.—¡ Cielos! ¡ mis alhajas! ¿cómo puede ser, si las he vendido?—Porque la amistad las ha comprado, y te las devuelve. Entonces Gerardo le contó la maldad de Dupuis y su paradero.

¡ Hombre generoso! continuó Dulis, si supieras hasta qué punto me he hecho indigno de tu amistad!.. En el mismo dia que te traté con tanta dure-

za, Dupuis te denuncia como vago, y yo contribuyo á arrancar del magistrado una orden de arresto contra tí... Pero aun no es esto todo; aun tienes un motivo mayor para detestarme... Entonces se levanta, llama á su muger, sale esta, y Gerardo queda absorto al verla... y ambos se abrazan estrechamente... era Julia.

Apenas aquel dia saliste de tu posada, continuó Dulis, entró en ella Dupuis, y vió á tu hermana; informóse de la mesonera en cuanto á tu condicion y objeto de tu venida, y pensando que la belleza de Julia podria suavizar mi fastidio, la dijo que quedabas en los brazos de tu amigo Dulis y la enviabas á llamar. Así engañada, la saca de la casa y me la presenta..... ¡figúrate cuál sería su situacion al desengañarse!... Viendo yo cuán inútiles eran mis tentativas de seduccion, la trasladé á una casa de campo, donde ha sufrido todo el peso de la desgracia! Mi fortuna en tanto se destruia á pasos agigantados. ¡Concebí por Julia una verdadera pasion al conocer su virtud, se compadeció de mí y me casé con ella de secreto!... Tal ha sido mi conducta... árbitro eres de mi suerte: véngate de cuanto te he hecho padecer.— Mi venganza será estrechar á ambos en mis brazos; justo es que el que antes fué

mi amigo, sea hoy mi hermano. Si quieres ser feliz olvida tus malas inclinaciones como tu amigo y tu esposa olvidan sus agravios.

Dulis vendió sus fincas, pagó á los acreedores, y con el resto de sus bienes adquirieron una linda alquería en que vivieron felices muchos años, dejando una numerosa prole que heredó los cuantiosos bienes que despues adquirieron, y las virtudes de que fueron modelo en la comarca.

Así terminó Armando la lectura, sobre la que hizo Palemon serias reflexiones; concluidas las cuales, se retiraron á disfrutar las dulzuras del sueño.

TARDE IX.

LOS DESAFIOS.

El desafío brutal
 Hace cobarde á un valiente,
 Asesino á un inocente,
 Honrado á un ente inmoral.
 ¿Quién en su juicio cabal
 Entrega á un arma traidora
 Lo que respeta y adora
 Por saciar loco furor?
 ¿Quién fía vida y honor
 De una espada vengadora?

ARMANDO era el único que faltaba de nuestra pequeña sociedad, cuando Palemon llegó á ella, y aunque no ignoraba la causa de su ausencia, mandó que le buscasen y le llevasen bajo el emparrado. Benito, encargado de esta comision, encontró al ausente arremado á una pared en el establo. Trabajo le costó el acceder á los ruegos de su hermano, quien no

consiguió sacarle de su escondite hasta que le intimó la orden de su padre. Llegó cabizbajo, y el anciano le dijo solamente: Mucho has tardado, hijo mio.— Señor, estaba...—Siéntate y escuchad todos una historia que me ha causado gran disgusto. Bien sabeis quién era el dueño del castillo que se vé en aquella cumbre.—El marqués Derfort, dijo Leon.—Justamente; pues voy á referiros una parte de su vida.

EL PADRE CASTIGADO.

El marqués Derfort se casó á la edad de cuarenta años con una hermosa señora, con quien hubiera vivido en la mayor felicidad si la muerte no se la hubiera arrebatado al hacerle padre de un hermoso niño. Inconsolable quedó con tan lamentable desgracia, y para aliviar sus penas dirigió su atención y ternura á la educacion de su hijo. Creció este en edad, en estatura y en talento: su padre le rodeó de escelentes maestros, y con su auxilio hizo progresos en las letras. Ricardo era cortés, generoso y benéfico para con los desgraciados.

Pero todas estas ventajas las oscurecia un desmedido orgullo, que, estimulado por su padre, le

hacia incurrir en una ridícula manía. Tal era la de la vana ostentacion de los títulos y prerogativas de su familia. «Piensa, le decía el marqués, que circula por tus venas la sangre mas ilustre de Francia, que cuentas siete siglos de nobleza, y que la historia de tus antepasados se confunde en la noche de los tiempos.» Los profesores de Ricardo estaban encargados de inculcar estas máximas en el jóven, con lo cual llegaba al extremo su altivez; de cuyo estímulo no tenia gran necesidad, porque naturalmente era soberbio en demasía.

Quince años tenía Ricardo cuando su padre se vió precisado á ausentarse á una provincia, dejando encargado muy particularmente al ayo hiciese instruir al jóven en el manejo de la espada; pues la esgrima, decía, es una de las habilidades mas útiles á un noble: lo que cumplieron puntualmente, logrando hacer de aquel un furibundo espadachin...

Hacia dos años que el marqués estaba ausente, y ya habia escrito el dia fijo de su regreso, cuando recibió una carta del ayo de Ricardo en que le decía entre otras cosas:

«Al salir de la ópera hace tres dias vimos junto al coche dos jóvenes que decian: Baron, te equivocas, este no es tu coche, examina las armas.—Tie-

nes razon; las mias tienen un águila mas. Estas son de Derfort, y á fé que cuasi valen tanto como las mias.—¿Conoceis al caballero Derfort? dijo Ricardo acercándose.—No por cierto, ni deseo conocerle.—Pues tened entendido que si sus armas no valen tanto, su espada vale mas que la que inútilmente llevais pendiente de la cintura.—Insolente! —Pocas palabras; seguidme y conoceréis á Derfort.»

«Salieron los dos al campo seguidos de mí y del amigo del incógnito, sacan las espadas y vuestro hijo recibe una herida mortal. Un instante despues se presenta en el lugar de la catástrofe el conde Dorimon padre del adversario y esclama: ¡Qué obcecacion, matarse por un aguilucho mas ó menos! Mi hijo hubiera dado cuantas satisfacciones se le hubieran exigido antes de llegar á tal extremo. ¡Ese no es valor sino barbarie!... ¿Quién os ha enseñado á matar ó ser muerto por una vana palabra?... ¿Acaso es mas honrado el muerto ó el matador que el que se rie y menosprecia tan ridículas quimeras?...»

«Vuestro hijo fué transportado á casa, donde acaba de espirar, lamentándose de la educacion que ha recibido y que en tan temprana edad le ha conducido á la tumba.» Así terminaba la carta: apenas

la leyó el marqués se apoderó de él una melancolia tan profunda que en poco tiempo le condujo al sepulcro, pagando así las locas preocupaciones que había infundido en el ánimo del desdichado jóven..... Por nada en el mundo, añadió Palemon, me confesaría yo hermano, amigo y mucho menos padre de un espadachin, de un duelista, de un tigre sediento de la sangre de sus semejantes.

Mucha fué la energía con que Palemon pronunció estas palabras; pero mucho mayor era aun la confusion con que Armando las escuchaba: por fin se arroja á los pies de su padre y le dice:—No, padre mio, no soy ningun tigre: ni volveré á incurrir en la falta que hoy he cometido... sabed que...— Todo lo sé: mas sin embargo refiérelo, por el ejemplo que debes dar á tus hermanos.— Pues oid: Hace pocas horas que viniendo de paseo, preocupado en resolver un problema de matemáticas, encontré á Julian, que mirándome se puso á reir.— ¿De qué te ries, salvaje? le dije. — De tí.— ¿De mí, insolente? — La insolencia es tuya; ¿quién eres tú para tratarme con tanta soberbia? hijo de un labrador como yo, con la diferencia de que mi padre siempre ha tenido criados y el tuyo ha sido un jornalero. «Irritado del poco respeto con que hablaba de vos, le dí

un bofetón; quiso él darme otro, pero nos separaron las gentes que pasaban; me desafió, acepté, y mañana debemos reñir á palos.

Muy bien, Armando, ¡ya estás en el caso del hijo del marqués!... ¿y sabes por qué se reía Julian?—Si señor, después lo conocí, porque el aire me había llenado de hojas el sombrero; pero haberos tratado de jornalero.....—Tiene razón... y me honro de haberlo sido... el hombre que prospera á fuerza de economía y trabajo, vale más que el que se enriquece por el robo, la intriga y la adulación.

Un general en jefe de un ejército, que acompañado de su estado mayor y lleno de condecoraciones pasaba por cierta aldea, convidó á comer á dos ancianos esposos, German y Berta, y se sentó á la mesa en medio de ellos. Concluida la comida, dijo el general: Hoy soy vuestro jefe; pero habeis de saber que empecé mi carrera por los grados más ínfimos; hasta la edad de veinte años cultivé la tierra, después me cupo la suerte de soldado, pasé á la América, presté servicios al Estado, ascendí, y hoy vuelvo á mi patria... Estos respetables ancianos son mis padres... Atónitos quedaron todos y mucho más los aldeanos que contaban á su hijo por muerto ya hacía muchos años... abrazáronse todos estrechamente,

y lo que mas entusiasmaba al veterano era el deber sus adelantamientos al valor, á la aplicacion, á la actividad.

Ahora, Armando, continuó Palemon, creo no dudarás cuáles son tus deberes religiosos y sociales. — Padre mio, espero vuestras órdenes. — Mis órdenes?... Pues bien; mañana... Aquí fueron interrumpidos por la llegada de Julian y de su padre. Armando al ver á aquel se puso encendido, pero levantándose repentinamente, ambos contendientes se abrazaron con efusion. El hijo de Palemon pidió á Julian le perdonase. — Ya está espiada tu falta, respondió este: si el bofeton que enfurecido me diste pudo manchar mi mejilla, el beso de la amistad basta para borrarle.

Aprovechaos de esta leccion, hijos mios; huid de herir en lo mas mínimo la susceptibilidad de nuestros prójimos, y si llegais alguna vez á ofenderlos ó recibir algun agravio, preferid pedirlos perdon ó perdonarlos, al triste recurso de esponer vuestra vida ó de privar á una honrada familia de un padre, un hijo ó un hermano, en quien quizá se hallen cifradas todas sus esperanzas.

TARDE X.

EL AGRADECIMIENTO.

Por rico, por agraciado,
Por entendido que seas,
Ó encumbrado que te veas,
Siempre habrás necesitado.
La mano que te ha guiado,
Colocado, enriquecido,
Ó quizás te ha contenido,
Besa humilde y con llaneza;
Que es prueba de gran nobleza
Ser el hombre agradecido.

LA mañana de este día estaban los niños reunidos en la sala; Palemon, á quien creían distante de la casa, se hallaba en el gabinete inmediato. Discurrían aquellos sobre la variedad de historietas que en los días anteriores habían oído, y de ellas deducían que el corazón humano abundaba en sentimientos de nobleza, de beneficencia, de humanidad;

de que eran excelentes ejemplos Gerardo , Aubri , el conde Dorimon , y otros muchos ; pues si bien Dulis y el joven Derfort se habian separado del camino de la rectitud y de la prudencia , habia sido vencidos por afectos , pasiones y malos ejemplos , no por perversidad ni depravacion ; y de aquí deducian que cuando la edad les pusiese en estado de presentarse en el gran mundo , debian hacerlo confiados en la natural bondad de sus semejantes.

Mucho se alegró el anciano de oír esta conversacion , pues en ella se persuadió que si continuaba presentado á sus hijos modelos de virtud dignos de imitacion , quizás engendraria en ellos una ciega confianza para con la generalidad de las gentes , que pudiera acarrearlos sérios disgustos ; y esto le decidió á cambiar algun tanto de método en sus lecciones prácticas.

En la misma tarde envió á Armando con una carta para un vecino suyo : tenia que atravesar el bosque para llegar á la alquería de aquel ; cumplió su mandado , y al volver por la espesura vé en el suelo un rollo de papel atado con tres cintas , una encarnada , otra azul y otra blanca . Le coge , era bastante pesado : sin duda se le ha extraviado á algun pasajero ; por otra parte el camino es poco

transitado... Duda si abrirá el envoltorio para ver lo que contiene... pero al fin resuelve llevarle á su padre tal cual se halla.

En efecto, vuelve á casa cuando ya sus hermanos, juntamente con el gefe de la familia, se hallaban sentados bajo el emparrado: dá cuenta de haber desempeñado su comision, y en seguida entrega su hallazgo, añadiendo, que por mas que ha mirado no ha visto por aquellas inmediaciones la persona á quien podia pertenecer. Palemon aparenta sorprenderse, aplaude la conducta de Armando, desata el paquete, y en la primer cubierta halla un letrado que decia: *Conservad estas tres cintas, pues vendrán á reclamarlas.* Rompe la segunda cubierta, y debajo encuentra con general sorpresa *dos mil reales* en buenas monedas de oro, y juntamente con ellos un papelito que decia: *Esta suma está destinada á la impresion de este cuaderno, sumamente útil á la posteridad.* Juntamente habia un cuadernito, y con él un papel que decia: *El autor de este manuscrito, estará mañana á las once en el mismo lugar donde habeis hallado este.*

Todos estos misterios, escitaron en el ánimo de los jóvenes la mas viva curiosidad; llenos de admiracion, ruegan á su padre, que aparentaba tomar

parte en ella, les lea la singular historia, y efectivamente, el anciano lee lo que sigue:

HISTORIA DE LOS TRES PEREGRINOS.

CAPITULO I.

El testamento singular.

Pedro Deviñes era hijo de padres poco acomodados, pero por medio de su trabajo y aplicacion, logró reunir una fortuna tal, que pocas la podian igualar en la comarca. Habia llegado á la ancianidad, y era feliz: tenía tres hijos, llamados Ricardo, Huberto y Graciano, á quienes habia educado con esmero, los cuales le ayudaban en su trabajo sin codiciar las cuantiosas riquezas que pasaban por sus manos y de que disfrutaban moderadamente. Llególe al anciano Pedro la hora de la muerte, y teniendo junto al lecho mortuorio á los hijos, les dice: «Hijos míos, vais á cerrarme los ojos: las inmensas riquezas que poseo y van á ser vuestras, me han costado mucho trabajo el adquirirlas; vosotros trabajareis lo mismo para heredarlas. He entregado mi testamento á vuestro tio Tomás; juradme que cumplireis todo cuanto en él os mando.» Así lo juraron los tres

jóvenes, derramando un torrente de lágrimas; el anciano les dió su bendiccion y espiró.

Se hicieron al buen Pedro los últimos honores, y sus hijos, dando una breve tregua al dolor, rogaron á su tio les leyese el misterioso testamento, el cual decia:

«Antes de declarar á mis hijos mi última voluntad, debo contarles mi historia, la cual nunca han sabido, y no les será enfadosa. Soy hijo de un artesano; entregado al estudio de las artes desde mi mas tierna edad, no habría sin duda hecho tan brillante fortuna sin el auxilio de tres personas, cuyos principios, costumbres y virtudes son muy raras en el siglo en que estamos. Un filósofo, á quien las desgracias que no habia merecido le redujeron á la miseria mas horrorosa, se hizo mi amigo, y se tomó el trabajo de cultivar mi entendimiento, enseñándome la moral y la filosofía. Perdí á este hombre apreciable; y un bienhechor de nueva especie, reparó la pérdida que acababa de experimentar: este fué un rico desinteresado que me llenó de beneficios por espacio de seis años, sin verme, y aun sin querer que supiese su nombre. Nada estrecha mas á los artistas, me escribia muchas veces, nada contiene su vuelo y honrosa emulacion, tanto como la necesidad

de trabajar para vivir: vivid, amigo Deviñes: no trabajéis sino para vuestra gloria y para perfeccionaros. Juntamente con estas cartas me enviaba sumas considerables de dinero. En fin, murió también este generoso desconocido: entonces supe su nombre y que me dejaba un legado considerable en su testamento.

»Ahora vais á conocer la tercera persona que ha contribuido á mi felicidad. En un viaje que hice, la imprudencia de un guarda-bosque casi me costó la vida: recibí un escopetazo, y quedé tan disfigurado que era imposible conocerme en mis facciones cotejándolas con las que anteriormente tenía. Un desconocido me hizo transportar desde el camino á su casa: su hija era hermosa y sensible: ocurrióme fingirme pobre, á fin de ver si esta jóven podría amar á un feo y sin dinero. Hice brillar á sus ojos el poco talento que tenía, y me fué útil. Justina, que despues fué vuestra madre, se casó conmigo; y quedó atónita euando al tiempo del contrato conoció los grandes bienes de que era poseedor, y que la habia engañado agradablemente; ella también era muy rica; otras herencias aumentaron una fortuna, que ya era tan considerable; y con esto, hijos míos, queda mi historia concluida.

»Después de haber hecho mil reflexiones sobre la casualidad dichosa y rara que me había llenado de felicidades por medio de tres individuos que si de propósito los hubiese buscado, jamás los hallara, formé el proyecto de recompensar con una parte de los bienes que he recibido de aquellas tres personas, á otras tres de iguales circunstancias, y he contado con mis hijos para que desempeñen la deuda de su padre: en consecuencia de esto, deberán ejecutar lo siguiente: luego que se acabare de leer mi testamento, los tres se disfrazarán, y dejando los bienes en poder de su tío, á quien nombro por mi executor testamentario, correrán el mundo hasta que hayan hallado un artista infeliz que no lo sea por su culpa, un poderoso que sea benéfico sin ostentacion ni interés, sino por el puro placer de hacer bien, y en fin, una muger que se decida mas por lo moral que por lo físico y por la riqueza. Cuando mis hijos hayan encontrado estos tres entes tan singulares, los conducirán á su tío, el cual repartirá entre ellos la mitad de mi herencia; pues con el resto de ella todavía pueden mis hijos vivir en la abundancia.

»Huberto, que tiene bastante penetracion, es observador, y se sabe insinuar, buscará al infeliz: Ricardo, cuya ternura y bondad son capaces de

conmover los corazones mas duros, buscará al rico; y Graciano, el mas jóven de los tres, suspirará á los pies de las damas hasta que encuentre la desinteresada. Esta es mi voluntad. Un padre, aun en el sepulcro tiene derechos sobre sus hijos: los míos graduarán acaso mi testamento de estravagante, y aun de necio: poco me importa su opinion y la del público, si mi proyecto resulta en beneficio de las costumbres y de la moral, porque para instruccion de los hombres escribirán mis hijos un diario de su viage, y lo harán imprimir: esta es mi última voluntad.—*Pedro Deviñes.*»

CAPITULO II.

El interés es la piedra de toque del corazon humano.

Estravagante en extremo pareció á los tres hermanos el testamento de su padre; pero no por eso vacilaron un momento en ponerle en ejecucion, buscando los tres sugetos recomendados, para lo cual se disfrazaron, tomaron el dinero necesario y partieron por diferentes caminos.

Sigamos ahora nosotros al sensible Ricardo, el

cual habia tomado unos vestidos muy sencillos que anunciaban la indigencia. Llevaba una alforja al hombro , y para caminar se apoyaba sobre un grueso y nudoso baston. Quería ir á París y caminó todo el dia sin hallar otra cosa que granjas y labradores. A la tarde se halló en una llanura de bastante estension , y temió que la noche le sorprendiese en ella. Un soberbio castillo dominaba todo el llano á la derecha ; las ventanas abiertas permitian el registro de varias estancias adornadas de ricas colgaduras, grandes espejos , y mesas de mármol, sobre las cuales , en candeleros de oro , ardian ya mil luces, aunque no habia anochecido : la agradable armonía de un dulcísimo concierto, el movimiento de las gentes, todo le indicaba á Ricardo que se daba alguna gran funcion en este magnífico castillo. Suspenso estaba contemplando lo que veía, cuando le empujaron fuertemente: volvióse , y vió un hombre vestido decentemente y con un libro en la mano, el cual le pidió mil perdones : No os habia visto , le dijo, por venir embelesado en la lectura; ¿os he lastimado acaso? —No señor, no por cierto; pero pues ya casualidad me proporciona el hablaros , os suplico me digais de quién es este castillo.—De un rico que se llama Dormont ; ¿le conoceis?—No señor : pare-

ce que hay alguna diversion.—No me habéis de eso; yo soy el mismo Dormont, mio es ese castillo, y nunca me hallo bien en él sino cuando estoy solo: huyo de su recinto cuando los bailes y diversiones me recuerdan la vida tumultuosa de las ciudades, que detesto.—Perdonad mi curiosidad, ¿no dais vos la funcion?—No, á fé mia; mi muger es la que celebra el dia de mi nacimiento. Ha convidado una multitud de gentes que hacen un estruendo infernal: yo he tomado un libro para leer y meditar, porque este es mi único placer, y no el gastar en una noche lo que haría felices á veinte familias pobres.—Eso es tener un corazon muy humano y generoso.—No hay mérito en ello: mas quiero estender la mano al desgraciado, que contribuir al lujo.

He aquí un hombre, dijo para sí Ricardo, que se asemeja algun tanto al que yo busco. ¿Cómo haré para ganar su confianza y asegurarme de si es el que necesito? Dormont se despedia de Ricardo para continuar su solitario paseo; pero este, deteniéndole, le suplicó que le dijese si habia cerca algun pueblo donde pudiera pasar la noche.—¿No sois de este pais?—No señor; voy á París á implorar el auxilio de las gentes caritativas.—¿Cómo?—La muerte de un padre que amaba me ha privado de

todo recurso.—Pareceis bien nacido : no os faltarán auxilios ; ¿ sabéis algun oficio?—Sé lo bastante para desempeñar el empleo de secretario ú otro semejante.—Quisiera poder proporcionaros uno ; quedad con Dios.—¿No podeis indicarme algun albergue?—Eso es imposible: yo os podria recibir en mi casa ; pero ahora ¡hay tanta gente! á Dios.—Esperad: como hace un momento que os manifestásteis tan inclinado á favorecer... —¿Qué quiere decir eso? ¿por ventura me... pedis limosna á semejante hora?—Me llena de rubor vuestra odiosa sospecha. Pretendo solo escitar vuestra sensibilidad , no vuestra compasion.—Ya veo que teneis mucho discernimiento ; me equivoqué ; perdonad mi recelo. Venid , venid conmigo.

Dormont llevó consigo á Ricardo , entró en el castillo , y dijo al conserge : Haced que este hombre cene con vos , y que se acueste en el cuarto inmediato al vuestro : luego dirigiéndose á Ricardo , le dice : No puedo veros en toda la noche , porque tengo mucho á que atender ; pero mañana no os ireis sin hablarme : entre tanto , paseaos en el parque y disfrutareis los placeres que en él se preparan ; vereis unos fuegos artificiales , que dicen son maravillosos ; porque no hay locura en que no incurra mi muger.

Retiróse Dormont , y Ricardo pasó la noche notando la disipacion á que todos se entregaban , la rareza de los personages que componian aquella sociedad , y esperando la visita de Dormont con la mayor impaciencia.

Llegó el momento tan deseado : Dormont envió á llamar á Ricardo : pasó este á la rica estancia en que aquel se hallaba , el cual , desde luego le obligó á que le tratase con franqueza ; despues le preguntó su nombre , el estado de su padre , su conducta , etc. etc. Ricardo contestó á todo como mejor le pareció , pero con cierto aire de franqueza , de lo que Dormont quedó muy satisfecho. Amigo mio , le dijo en seguida , he pensado en vos , y creo que me convenís : quiero favoreceros ; pero exijo de vos mucho secreto y grande condescendencia. Madama Dormont , mi esposa , es vieja , fea y mala : no la puedo tolerar ; y si no mediasen los hijos , hace mucho tiempo que me hubiera separado de ella. Para consolarme de estos disgustos , he puesto , pero inocentemente , todo mi corazon en una jóven amable. Hace poco tiempo que mi muger lo sabe , y se ha arrebatado á tales estrechos , que tienen comprometida mi reputacion : en este supuesto , ved si os conviene lo que voy á proponeros : sois mozo y de nadie dependeis ; yo os ca-

saré con mi amada Constanza, y me encargo...— No prosigais, le dijo Ricardo furioso. El desprecio y la cólera se pintaron en las miradas que dirigió á Dormont, y solo el estar en su casa moderó su resentimiento, contentándose con decirle: ¿Es eso todo lo que queréis hacer por mí?—Sí; y me parece que el partido que os propongo no debe rehusarlo un hombre miserable.—Pobre soy, es verdad, pero no sin delicadeza.—¡Oh! si sois delicado, esa es cosa muy diferente; ¡ tanta delicadeza!...—La tengo, y vuestra proposicion me ha ofendido infinitamente.— Tened la bondad de apaciguaros: ¡hé aquí los hombres! desean que se les sirva en todo, y ellos no quieren corresponder en nada: ¡siempre he tropezado con ingratos!—No aumentaré yo su número; el cielo os guarde y os dé mas conocimiento.

Ricardo salió precipitadamente; Dormont se levantó como para detenerlo; pero al mismo tiempo llegó su muger, y le obligó á contenerse: entre tanto, Ricardo corria como si alguno le persiguiera; y cuando se vió en el campo, exclamó dolorosamente: ¡ Ah, mucho temo que mi encargo sea mas penoso que el de mis hermanos!

Mientras gime sobre lo mucho que se ha equivocado con Dormont, vámonos tras de Huberto, que

va buscando un desgraciado , cuyos males sean efecto de la suerte.

Aquí Palemon dejó la lectura para el dia siguiente. Habia advertido la impresion que hacía en sus hijos, y celebraba interiormente lo dispuestos que se hallaban á la moral y á la sana filosofia.

TARDE XI.

LA PRESUNCION.

Pocos necios suele haber
Que de sábios no blasonen;
Mas hay sábios que suponen
Encerrar en si el saber,
Y se niegan á estender
Con criminal precaucion
La ciencia que su ambicion
Les hiciera atesorar;
Que asi les obliga á obrar
La insensata presuncion.

Los hijos de Palemon asistieron puntuales á la reunion acostumbrada, todos con el mas vivo deseo de oir en qué paraban las aventuras de los tres hermanos: y el padre, abriendo el libro, sin preámbulo ninguno, prosiguió su lectura en estos términos:

CONTINUACION DE LA HISTORIA DE LOS TRES
PEREGRINOS.

CAPITULO III.

Orgullo vano.

Huberto, cubierto con el traje de un hombre de mediana fortuna, tomó el camino sin saber adónde se dirigia. Revolvía en su imaginacion mil proyectos y medios para conocer á fondo los desafortunados con quienes tendria que tratar durante el curso de su viaje. Hácia la mitad del dia encontró una poblacion, y determinó descansar en ella. En todos los rincones de la tierra, decia para sí, hallaré infelices destituidos de todo recurso; pero no son estas las gentes que yo busco. Si no tienen el talento que distingue á los sábios en las respectivas profesiones, su suerte es muy comun, porque son infinitos los que la experimentan. El desgraciado que debo buscar, cumpliendo el encargo de mi padre, ha de ser un hombre dotado de todas las cualidades intelectuales, y de todas las disposiciones necesarias para que por sí mismo, por medio de sus conocimientos, facilitánle auxilios, sepa adquirirse fama, y sea útil á su pa-

tria. Si á este hombre le han hecho infeliz ó el ceño del destino, ó la envidia y celos de los demás, despues de haber puesto cuanto está de su parte, este es el que yo busco; pero no será fácil hallarle en una aldea: necesito ir á una ciudad grande; allí me daré á conocer como artista, y sin duda haré pronto mi eleccion.

Preocupado con esta idea, Huberto determinó seguir su camino: comió en la primera posada que encontró, y luego se puso en marcha. Al cabo de tres dias llegó á la gran ciudad de París, donde tomó cuarto en una casa de posadas, y se preparó á cumplir la última voluntad de su padre. Hizo anunciar en los periódicos que una sociedad de sábios le habia comisionado para averiguar quién era en aquella capital el artista que se habia distinguido por sus obras mas perfectas y descubrimientos útiles en su respectiva profesion, á fin de adjudicarle un premio que tenian acordado. Creia que este era buen medio para descubrir al hombre que deseaba hallar; pero se equivocó, porque su casa se vió llena de charlatanes de toda clase, que ponderaban sus talentos sin dar ninguna prueba de ellos. Aturdido Huberto, y cansado de tanta multitud de fanáticos orgullosos, pensó dejar con todo sigilo su habitacion, desespe-

ranzado de hallar lo que buscaba. Ya habia prevenido su maleta, cuando recibió el billete siguiente, que reanimó sus esperanzas:

«Si el aspecto de la indigencia no os asusta, tomamos el trabajo de venir á la calle de Reully, en el arrabal de San Antonio, número 25, cuarto piso, y vereis un infeliz artista privado de todo recurso; pero que acaso merecerá vuestra estimacion.—*De Yuran.*»

Huberto, muy alegre con esta invitacion, creía que ya habia terminado las fatigas de su peregrinacion, y al instante se presentó en la habitacion indicada; empujó una puerta que estaba entornada, y quedó sumamente enternecido al ver un venerable anciano acostado en una miserable cama, y que una jóven, hermosa como el amor, le prodigaba mil atenciones y cuidados, hijos, al parecer, del amor filial. La jóven al ver á Huberto, se avergonzó y corrió á ocultarse detras de una vieja cortina. El anciano le miró con los ojos llenos de lágrimas, y le dijo: ¡ Ah, señor! ¿sois vos el sugeto á quien me he tomado la libertad de escribir una esquila?—Sí señor; ¿y vos sois el desdichado Yuran?—El mismo, que os agradece la bondad de haber venido desde tan lejos á un parage tan poco grato para el hombre dichoso. Ape-

nas os envié la esquila, me arrepentí de haberlo hecho.—¿Y por qué?—¡Hay tantos intrigantes! ¡hay tantos desgraciados que lo son por su culpa! y temí que me confundiéseis con estos entes despreciables que todos los días procuran escitar la sensibilidad de sus semejantes para engañarlos y entregarse á los mas viles escesos. El hombre que estais viendo y oyendo, es digno de ser distinguido por su aplicacion, por sus desgracias, y aun por sus virtudes: aunque parezca arrogancia.—Así lo creo; pero pues no ignorais lo que me ha conducido á París, servíos presentarme las pruebas que acrediten vuestro ingenio, y tomaré la competente nota.—Al instante voy á satisfaceros. ¿Sofía? Apareció la jóven que se habia ocultado, y el anciano la dijo: Ve, hija mia, traéme la obra que sabes, fruto de treinta años de fatiga, y que solo me ha producido persecuciones: ahora vereis, señor, lo que acaso todo el ingenio de los hombres juntos jamás hubiera podido concebir, y sin embargo, yo lo he creado á fuerza años, de estudios y trabajos. Me he visto preso en varias cárceles, sin mas crimen que el de haber querido hacer á los hombres felices: esta es la obra: servíos examinarla.

La jóven presentó un enorme manuscrito lleno

de polvo, que parecía no haberse abierto en muchos años: al ver su tamaño, se desanimó Huberto, y temió volver á ser engañado; sin embargo, lo apoyó en la chimenea, y se puso á recorrerlo. A cada página veía figuras de geometría, círculos, triángulos y ángulos de toda clase, acompañados de letras mayúsculas que indicaban el lugar de su esplicacion. ¿Qué significa esto? preguntó Huberto con la mayor admiracion. — Prestadme atencion, le contestó el viejo: Persuadido desde mi mas tierna juventud á que el ser supremo ha puesto relaciones admirables en todas sus operaciones, y que con la moral y la filosofia sucede lo mismo que con las ciencias matemáticas que nos ha permitido sacar del seno de la naturaleza, he concebido el plan de una obra extraordinaria, y lo he puesto en práctica. He querido reducir á problemas de geometría las lecciones mas fuertes de virtud, los axiomas mas simples del arte de gobernar; es decir, que por medio de claras reglas de matemática establezco el mejor sistema de gobierno, reformo los abusos, arreglo las rentas de todos los estados, y hago á los hombres mas sábios, mas virtuosos y mas racionales. Decidme ahora, ¿cuándo un hombre ha concebido proyecto mas vasto y mas útil para lo presente y para lo venidero?

Huberto no responde, y el viejo continúa.

Pues esta obra tan sublime es la que me ha sumergido en horribles desgracias, y en la indigencia en que me veis terminar mi carrera. He llamado á todas las puertas de los ministros, y me han tratado como á un fanático sin juicio, y me han tenido preso largo tiempo. He manifestado mi obra á todos los sábios, á todas las gentes de alguna instruccion, y en todos ellos solo he hallado orgullo y envidia. Unos me han vuelto la espalda riéndose de mí á carcajadas; otros me han llenado de injurias, y me han prohibido su sociedad: yo me he enojado; me parece que tenía razon para ello, ¿no es así?

Huberto permanece silencioso.

He escrito cartas sobre cartas, memorias sobre memorias, y todo ello no ha servido mas que para suscitarme nuevas persecuciones. Al fin, cansado de tantos insultos y ultrages, he condenado mi manuscrito á un eterno olvido, persuadido de que los hombres no merecen que se les instruya é ilumine: he venido con mi hija á esconderme en este rincón, indigno de un hombre que ha pasado su vida trabajando por el bien de sus semejantes: á nadie trato, y por tanto á nadie hablo de mi obra; y nunca hubiérais tenido noticia de ella, si un amigo

no me hubiese precisado á tentar este último recurso, para hacer ver á todo el universo los únicos medios que le quedan de fijar la felicidad sobre este suelo de penas y trabajos.

Si el lector ha conocido la especie de locura del viejo, fácilmente se persuadirá de lo atónito que quedaría Huberto oyéndole tantas extravagancias con el gravísimo tono de la verdad y sabiduría. ¿Qué obra es esta tan maravillosa, que ha costado tantos desvelos, y contiene la ciencia de la felicidad? Huberto la recorre de nuevo y no ve en ella sino las mismas figuras matemáticas: dice al anciano que se sirva explicarle alguna cosa, porque nada entiende, y el buen hombre lo hace con sumo placer; pero como molestó mucho á Huberto, no queremos hacer lo mismo con nuestros lectores; y así les bastará saber que señalando una línea, en cuyo principio decía *moral*, iba á terminar en un círculo donde decía *virtud*: de todos los puntos de este círculo nacían otras líneas, donde se leía: *beneficencia, bondad, dulzura, candidez, etc.*; de modo que según la esplicacion del viejo, el hombre, siguiendo la línea de la moral, entraba en el círculo de todas las virtudes. Con estas y otras invenciones semejantes pretendía corregir todos los vicios, y establecer la feli-

cidad universal; y este infeliz habia pasado toda su vida entregado á esta locura, y por sostenerla experimentó graves desgracias. ¡Delirio incomparable! se quejaba de los hombres; pero estos á quienes habia atormentado y molido con tan inútil fárrago, ¿no tenían razon tambien para quejarse de él? Con todo, el infeliz era padre, habia encadenado á sus desgracias una hija amable á quien debia hacer feliz antes de empeñarse en que lo fuesen los demas; he aquí un loco de una manía bien rara... pero ¿qué digo? ¿acaso no es demasiado comun el hallar en la sociedad muchos de estos entes proyectistas, que siguen un sistema errado con la perseverancia mas obstinada? Estos sugetos declaman mucho contra sus semejantes, y en su opinion las injusticias, las cábalas, las intrigas y persecuciones solo se han hecho para ellos. Molestan, aturden á todos con sus necias pretensiones; y cuando se les hacen ver sus errores, tachan de locos á los demas, persuadidos de que la ciencia se ha refugiado solamente á su cabeza: en realidad son desgraciados tales hombres; pero la culpa es suya. Dotados de talento, hubieran podido ser útiles al estado, vivir como buenos ciudadanos, y ser excelentes padres de familia; pero no es posible disuadirlos de su manía.

Tal era el hombre raro con quien tenia que lidiar nuestro Huberto; y así no tardó en dejarle, despues de haberle prometido, como se hace con estas gentes, que volvería á verle y se tomaría mas tiempo para examinar el manuscrito y participar su mérito á la sociedad. Dióle las gracias al anciano, y salió Huberto, no sin compadecerse de la jóven, que al parecer sentía mucho el estado de su padre, y probablemente lamentaria en secreto su obstinacion.

¡Hijos felices, á quienes ha dado el cielo padres económicos, prudentes y laboriosos, que os dejan por herencia la fortuna, el honor y el ejemplo del trabajo; conoced vuestra felicidad: conoced cuán dulce es no tener que avergonzarse de su memoria, y vivir con la intacta reputacion de probidad que os han trasmitido! ¡Oh! ¡qué lisonjero es el elogio que se hace de un padre respetable! ¡cuán halagüeña es la estimacion inherente á su nombre! ¡Hijos afortunados que teneis padres virtuosos; dirigid una mirada de compasion hácia aquellos cuyos padres se han hecho desgraciados por sus caprichos, por el vicio ó por el crimen, y agradeced á la Providencia el haberos colocado en el seno de la felicidad!

Así que salió Huberto de casa del anciano, en

quien habia creído hallar al hombre que buscaba , se volvió á la posada , y se preparó para dejar á París, resuelto á limitar sus investigaciones á las aldeas y pequeños pueblos que desde luego habia despreciado. Solo el cielo , exclamó dolorosamente , me puede proporcionar el hombre modesto é infeliz , indicado en el testamento de mi padre : mucho temo que sea mas difícil de hallar en los campos y aldeas que en esta inmensa ciudad ; pero en ella todo es alboroto y confusion ; sería necesario un siglo para descubrir el verdaderamente infeliz sin haberlo merecido , y el mérito y la virtud , en medio de un mar de ficciones que se agita de todas maneras para engañar al hombre crédulo. Acaso me aparto de mi objeto ; pero conozco que no tendría valor para buscarlo mas tiempo en París : partiré , viajaré , y corra á cargo de la Providencia el terminar mis fatigas , y llenar la voluntad de un padre que me encomendó un empeño tan difícil. ¡ Ah ! ya veo que yo seré el último de los tres que vuelva.

Tomó Huberto al salir de París el primer camino que se le presentó y caminó dos dias casi sin detenerse. No buscaba Huberto , y queria encontrar ; no era este el medio para acabar pronto su viage ; pero el tumulto de París , y la turba de embusteros y pre-

suntuosos ignorantes que le habian rodeado, hicieron que se desanimára.

Sumergido en estas reflexiones caminaba la tarde del segundo dia, sin advertir que una ligera lluvia comenzaba á penetrar sus vestidos, y que las nubes amontonándose en la atmósfera, aumentaban la oscuridad de la noche en que iba á confundirse toda la naturaleza. Estaba en un camino de travesía, y ya no alcanzaba á distinguir las heredades que había admirado un cuarto de hora antes. Todas las aves se habian refugiado á sus escondidos albergues, y solo se oían los melancólicos ecos de los pájaros nocturnos, y el estruendo de los torrentes que se precipitaban desde las altas sierras. Temoroso de la soledad en que se hallaba, é ignorando adonde se dirigia el camino que llevaba, estendió su vista por los tenebrosos campos, y no pudo distinguir el mas leve asilo.

El estrépito de los truenos y la pálida luz de los relámpagos le llenaban de terror: rásganse las nubes: vierten á mares la lluvia que contenian en sus senos, y no hallaba ni un árbol adonde refugiarse; pero animoso y resignado, arrostrando el rigor de los elementos, prosiguió su camino: ya por fin distinguió una luz á lo lejos, que regocijó su alma, y rea-

nimó su vigor. Siguió la direccion de la luz , y á poco rato se halló junto á la puerta de una casa , en cuyo umbral vió á un anciano que parecia estaba contemplando el magestuoso espectáculo del choque de los elementos , y á quien no alteró la llegada de Huberto , antes bien dijo con entusiasmo á una muger que le acompañaba : ¡ Ah ! ¡ qué hermosura , dulce amiga ! ¡ que bellos son los efectos de la electricidad ! ¡ qué grandeza y magestad nos presenta la naturaleza !

Por estas palabras conoció Huberto que el anciano era hombre instruido , y tal vez artista ; pues como solo pensaba en esta clase de sábios , á todos los que encontraba los creía dedicados á las artes. Acercóse al anciano y le pidió hospitalidad , manifestándole lo mucho que le había fatigado la tempestad : el viejo le recibió con humanidad , y sin moverse del umbral de la puerta en que estaba entregado á la contemplacion , dijo á la jóven que le acompañaba que diese á Huberto todos los auxilios que necesitase.

Huberto conoció que su huésped no era ceremonioso , y lo celebraba en su interior ; siguió á la jóven , diciéndola que venia de París , que se había perdido en el camino , y que á no hallar tan generosos corazones , le hubiera sido imposible continuar

su viaje, pues acaso habria perecido de cansancio y debilidad. Mientras que enjugaba al fuego sus vestidos, cesó la tempestad, el cielo se serenó, y la luna disipó las tenebrosas sombras. Entonces entró el viejo, y sin mirar á Huberto, pidió á la jóven la llave de su gabinete, porque queria hacer esperiencias en su máquina eléctrica. Reparando Huberto que el viejo no hacía caso de él, le pidió permiso para acompañarle, añadiendo que podía lisonjearse de que no le faltaban luces para ayudarle en sus esperiencias.— ¿Con que teneis nociones? tanto mejor; yo tambien las tengo: gusto mucho de las ciencias y las artes... ¡Oh! ¡las artes!... yo soy artista: venid, venid y vereis...

El anciano tomó una luz; Huberto le siguió, y se sorprendió al hallarse en un soberbio gabinete lleno de instrumentos de física, y de una cantidad de máquinas que parecian ser producciones de su huésped, porque muchas todavía no estaban acabadas, y se veían confusamente esparcidas por el suelo varias piezas é instrumentos para trabajar.

Despues de algunas esplicaciones recíprocas, y diversas pruebas demostrativas de que el anciano tenía una verdadera instruccion, dando á Huberto un golpecito sobre el hombro, le dijo: Mucho me alegro

de que la casualidad os haya traído á mi casa : hablais de artes como un profesor diestro , y por eso quiero enseñaros varios descubrimientos económicos que he hecho : tratándose de artes , llamo economía al medio de ahorrar tiempo , gastos y brazos . Ved aquí un telar de nueva invencion ; con solo el manejo de este resorte , hago girar una multitud de ruedas , cuyo movimiento en solo una hora produce mas que otros telares en todo un dia . Tambien he inventado esta máquina para hacer medias ; esta para gasas , y esta otra para hacer encajes . Este es un piano , con acompañamiento de varios instrumentos : quisiera que lo oyéseis ; pero está toda la máquina desarmada ; y no debeis estrañar , amigo mio , porque se me presentan pocas ocasiones de manifestar mis obras...

De esta manera fué el anciano enseñando á Huberio las máquinas de su gabinete ; y no hubiera concluido en mucho tiempo , á no haberle avisado que ya era hora de cenar . Sentáronse ambos á la mesa con la jóven , que por la conversacion conoció Huberto que era la esposa del viejo . Nuestro peregrino no habia tenido tiempo para apreciar los descubrimientos de su huésped ; pero le miraba como á hombre sábio é ingenioso . ¡ Si fuera este , decía Huberto

entre sí, el artista que busco! ¡sería cosa bien particular haberle hallado cuando menos lo pensaba!

Lleno de esta dulce esperanza, se propuso sondear á su huésped, para saber si era modesto como parecía desinteresado: mientras cenaban le preguntó si había ya publicado algun descubrimiento importante.—Ninguno, amigo mio, ninguno; no soy yo de aquellas gentes que van pregonando su ingenio y sus obras; soy absolutamente desconocido; vivo aquí solo con mi muger, á un cuarto de legua de la ciudad, adonde nunca voy: me divierto inventando, trabajando, y de este modo soy feliz.—Pero si podeis ser útil á vuestros semejantes, ofreciéndoles el fruto de vuestros trabajos, os pueden acusar de que vivais tan oscurecido.—Diriais bien si los hombres fuesen dignos de que se les instruyera; pero ¿iría yo á decirles que tengo mas disposicion y talento que ellos? me maltratarían, me despreciarían y confundirían entre la hez del vulgo, y perderia mi felicidad y sosiego por unos ingratos. No, amigo mio: los hombres no aman la verdad, y por eso es preciso guardarnos de decírsela.—Sin embargo, ¿si os llamáran y recurriesen á vuestras luces?...—¿Quiénes? No os ocultaré que he hecho algo, bien poco, para comunicar mis conocimientos; pero ha sido en

vano. Cuando haya perfeccionado mis descubrimientos, lo único que pienso es embarcarme con todas mis máquinas, llevarlas á reinos estraños, y salir de ellos así que las haya despachado á buen precio.—¿Es posible? ¿privareis á vuestra patria?...—Mi patria no me merece: yo necesito recompensas dignas de los servicios que puedo hacer á la humanidad; en una palabra, ó millones ó nada.—Con que si yo, por ejemplo, fuese enviado por una sociedad académica para conocer los artistas, juzgar sus inventos y adjudicar un premio honorífico á quien fuese mas digno, ¿nada lograría con vos?—Nada, señor, nada absolutamente. ¿Qué me importa el lauro? dinero es lo que busco, porque el oro vale mas que la fama y los honores; dentro de dos ó tres meses daré una vuelta por la Europa, y espero hacer una fortuna muy considerable.—Os la deseo, caballero.

No insistió mas Huberto: cenó, se acostó, y al otro dia muy temprano volvió á ponerse en marcha, desesperado de haberle salido por segunda vez fallidas sus esperanzas.

¡Qué raro es el hombre que me ha hospedado! decía Huberto mientras caminaba. No he tenido tiempo para examinar las máquinas que dice haber inventado: muy buenas pueden ser; pero si de nada

valen , tenemos otro loco , cuyas ideas son dignas de compasion ; por el contrario , si sus inventos pueden ser útiles á la sociedad , es un mónstruo en sepultarlos ó estimarlos en exorbitante precio ; y para colmo de su crimen , quiere privar á su pais de un bien que le debe ; porque á su patria , y no á los reinos estrangeros , debe todo hombre su genio , su tiempo y su talento . Supone que su nacion le será desagradecida ; pero ¿quién se lo ha dicho ? ¿de dónde lo infiere ? ¿Bastan algunas indicaciones vagas , acaso hechas con altanería y orgullo , para hacer conocer y apreciar la utilidad de sus descubrimientos ? ¡ Ah ! estos hombres que aman la oscuridad , y se vanaglorian de no hacer alarde de sus talentos , no son tan modestos y desinteresados como parecen : una soberbia refinada es la causa de su fingido desinteres ; y el esceso de su amor propio , unido al desprecio con que miran á sus semejantes , los contiene para no entregarse al cansancio de las pretensiones . Yo no sé si preferiria un hombre que hubiese hallado la piedra filosofal y reservase el secreto , á otro que creyendo haberla encontrado manifestase deseos de hacerle conocer : á lo menos este busca el ser util ; pero el otro es un vil egoista contra quien clama toda la naturaleza . Vamos , Huberto ; vamos ,

amigo; no hay que desmayar: este hombre vano y codicioso no es el que tu buscas; sigue tu peregrinacion, continúa tus investigaciones, aunque al parecer vuelvas el último de tus hermanos.

Así discurría Huberto, á quien la fatiga y la experiencia hacian cada dia mas filósofo: dejémosle por hora, y sigamos á Graciano, cuyo empeño es buscar una muger que le ame solo por su talento y virtud.

TARDE XII.

LA LIVIANDAD.

Es tesoro en la hermosura
 El ruboroso pudor,
 Con que el virginal candor
 Ennoblece un alma pura;
 Mas es punible locura
 La seducción disfrazada,
 Que en apariencias velada
 De ternura y de inocencia,
 El decoro y la decencia
 Insulta desenfrenada.

Esperaban con ansia los hijos de Palemon la hora de su reunion vespertina, porque deseaban saber los acontecimientos de Graciano: llegada aquella y reunidos todos, el padre tomó el libro y leyó lo que sigue:

Si es que tu divia

CONTINUA LA HISTORIA DE LOS TRES PEREGRINOS.

CAPÍTULO IV.

El Castillo.

Graciano era un jóven de escelentes cualidades, y aunque no conocía prácticamente el amor, tampoco carecía de medios, ni para inspirarle, ni para hacerlo creer, pues era músico y poeta. Vistió un traje pobre y emprendió su camino... Pasáronse algunos dias sin que le ocurriese cosa notable; mas una tarde, ya cerca de anochecer, distingue un antiquísimo castillo almenado y rodeado de fosos, pero descuidado y casi amenazando ruina. Las ideas de Graciano eran un si es no es quijotescas, y no tardó en figurarse que aquel vetusto edificio quizá serviría de prision á alguna inocente beldad oprimida por un bárbaro é inhumano perseguidor... su imaginacion se exalta... cree oir lamentos... deseaba ser el paladin de la cautiva belleza... se figuraba el castillo decorado de sótanos y puentes levadizos, animado por el opresor y la oprimida; con su correspondiente acompañamiento de enanos, de dueñas y de sayones, y su música de trompas y chirimias.

Absorto en tan estrañas meditaciones, estaba el buen Graciano contemplando el castillo, cuando distingue luz entre las celosías de una ojiva ventana y oye una voz hechicera que canta lo siguiente:

Jóven caminante

Que mústio transitas,

Espera un instante

Y dime tus cuitas.

¿Qué penas, qué azares

Afligen tu pecho

Con rudos pesares?

¿Acaso te han hecho

Su víctima amores?

¿O tal vez meditas

Finar los dolores

Que en tu mente agitas?

Bello caminante

Cuéntame tus cuitas.

¿Dónde se encamina

Tu marcha furtiva?

Si es que tu divina

Beldad te es esquivia;
Si labra implacable
Tormentos que evitas;
Jóven apreciable
Que el amor escitas;

Aun hay quien amante
Alivie tus cuitas.

Admirado quedó Graciano al oír una cancion tan conforme con sus poéticos ensueños; duda si es efecto de la casualidad ó de alguna invencion prevenida para sorprenderle. Sea lo que quiera, la aventura le parece maravillosa y resuelve llevarla adelante. Decide, improvisa y canta las coplas siguientes, imitando el mismo aire y estilo de la dama:

Beldad soberana
Que afable me invitas
Con voz sobrehumana,
Escucha mis cuitas.

De amor los vaivenes
No afligen mi pecho;

Ni ingratos desdenes

Me causan despecho:

Mas solo en el mundo,

Penas infinitas

En tédio profundo

Me sumen; si evitas

Mi muerte, señora,

Escucha mis cuitas.

Vagando en la tierra

Sin bien, sin consuelo,

No creo se encierra

Mi dicha en el suelo.

La voz melodiosa

Con que á amar incitas,

De mi alma afanosa

Ánsias inauditas,

En gozo las trueca

Si escuchas mis cuitas.

Estos versos, cantados con voz sonora y expresiva, fueron oídos por la dama que los había provocado; pero no tuvo por conveniente coronar tan

pronto el improvisado amor del peregrino; al contrario, bien fuese temor, ó vergüenza de haberse en cierto modo empeñado en una aventura, cantando, por distraccion, unos versos que habia aprendido en otro tiempo, lo cierto es que tomando la luz se ausentó de la estancia en que cantó, sin dirigir siquiera un suspiro al pobre caminante, á quien acababa de electrizar. Bien advirtió Graciano que la luz desaparecia; pero siempre lleno de ideas caballerescas, creyó que la castellana, sensible á su cancion, iba á dar órdenes para que fuese conducido á su presencia. En esta confianza esperó largo tiempo; pero en vano, pues nadie pareció: al cabo de una hora exclamó Graciano: ¡Cuál es la estravagancia del corazon humano! Bien veo que cada uno tiene un grado de sensibilidad que gasta enteramente en esterioridades, no quedando ni una sola centella dentro del alma. Muchas personas se enternecen á la mera narracion de un rasgo generoso, y no serian capaces de hacer el mas leve beneficio. Los hombres mas viciosos son los que en público aplauden la virtud con mayor entusiasmo: por ejemplo, esta muger ofrece hospitalidad al caminante extraviado; la ternura hace trémula su voz, su acento es verdadero; pero su alma está toda en su can-

cion, de modo que sus impulsos finalizan con el último acento de su voz; ofrece hospitalidad, se acepta y nadie aparece... Estraviado, y en noche oscurísima, no sé qué camino tomar para hallar un asilo. ¿Qué haré?... Repentinamente decide llamar: pediré, decía, una satisfaccion, me quejaré del lazo que han tendido á mi credulidad, y veremos si es lícito burlarse así de la buena fé de un corazon sensible. Se acerca á la puerta, llama, y nadie le responde: vuelve á llamar.—¿Quién llama á semejantes horas?—Un peregrino estraviado.—Retiraos, importuno: ¿pensais que no os han oído?—Pero...—Ved aquí, señora, decía la misma voz con acento de reconvencion, el efecto de vuestras canciones.— Señor, responde la dama, ¿habia yo de imaginar que precisamente se hallase tan cercano un caminante para responderme?—Esposa mia, sois una loca; y algun dia sereis causa de que nos degüellen á todos en este castillo solitario.—Marido mio, siempre teneis la cabeza llena de ilusiones.—Callad, ó de lo contrario soltaré todos los perros contra vuestro *bello caminante*, y entonces podrá de veras contaros sus *cuitas*.

¡ Esposa ! ¡ marido ! Graciano se estremeció al oír semejantes palabras. Presumía que la castellana

vivia infeliz con un hombre tan bárbaro que trataba de soltar los perros contra los caminantes : é indignado por su presuncion, se atrevió á decir al marido mil injurias; pero no le contestaron, y solo oyó pasar y repasar cerca de la puerta. La fragancia de los manjares que se disponían en la cocina llegó al olfato de Graciano, que estaba hambriento, no tenia donde recogerse, ni quien se compadeciese de su triste situacion. Por fin, se decide á subirse á un árbol, y dormir en brazos de la naturaleza, que nunca niega la hospitalidad á sus hijos. El que le pareció mas á propósito fué uno que precisamente estaba inmediato á la ventana de la estancia en que cantaron cuando llegó. Encaramóse á él, y segun iba subiendo, con voz firme y dolorido acento, cantó los siguientes versos :

Lleno de pesares,

un sueño propicio

vá buscando ansioso

este peregrino :

Y pues que los hombres

le niegan auxilio,

un árbol frondoso

será compasivo,

Y hospedaré grato
al fiel peregrino ,
que por la desgracia
se vé perseguido.

Aun no se habia acomodado entre las ramas del árbol, cuando vió acercarse una luz á la ventana consabida, y que despues de un corto rato hacian descender aquella luz hasta quedar depositada en el suelo. Bajó inmediatamente del árbol, acercóse á la luz y vió pendiente de una cinta una linterna, una llave y un papel. Impaciente por saber lo que contenia, se apresuró á desdoblarlo, y leyó lo siguiente: «Estaba yo con mamá cuando ella cantaba la cancion del caminante; tambien he oido la vuestra; y despues he sabido que os han negado la hospitalidad para esta noche: ¡ pobre peregrino! Si mis padres han sido tan inhumanos con vos, aceptad el asilo que os ofrece su sensible hija, á quien habeis interesado en extremo. Debajo de la ventana un poco á la izquierda, hallareis una puerta que se abre con la llave que os envió: entrad sin miedo: á la derecha hay una sala con una cama, donde podeis pasar la noche; y por la mañana, al iros, cerrareis bien la puerta, y pondreis la llave entre la piedra

que vereis al pie del segundo árbol de la hilera izquierda, contiguo á la puerta principal: á nadie digais nada, porque creerian que hago mal, y el corazon me dice que hago bien. A Dios; buenas noches.»

Figúrese el lector cuál sería la sorpresa y alegría de Graciano: la carta de la niña le embelesa; es un ángel tutelar destinado á socorrer á los infelices. Graciano ama á esta jóven, aunque no la conoce; y la ama desde aquel momento con la mayor ternura; debe ser bellisima, porque ¿cómo han de ser feas las personas que tienen buen corazon? A favor de la luz de la linterna, halla la puerta, abre, y se encuentra en un cuarto bajo bastante limpio, aunque al parecer inhabitado hacia algun tiempo, adornado de sillas antiquísimas medio destrozadas, sin cama alguna, pero sí un banco que puede hacer su oficio: la comodidad no es mucha, mas Graciano se dá por satisfecho.

Ya se disponia á entregarse al sueño, cuando oyó bajar por una escalera, y que se detenian á una puerta del cuarto en que se hallaba.—¿Estais ahí?—Sí; sois vos quien...—Sí, yo soy; ¿no estais aquí mejor que en el campo?—Sí señora; pero no veré el ángel benéfico que...—No teneis necesi-

dad de verme para aprovecharos del corto socorro que os dispense.—¡Amable criatura! perdonad si os molesto; pero ¡la necesidad me debilita tanto! desde esta mañana no he podido reanimar mis fuerzas...—¡Ah! ya entiendo; deseais tomar algun alimento: no sé cómo hacerlo para traérosle, porque me he propuesto no veros; y nadie sino yo sabe que estais aquí... Sin embargo, si me prometeis que no intentareis verme, puedo entreabrir esta puerta, y alargaros algunos manjares... pero no, que tendría demasiado miedo.—Hermosa incógnita, yo juro no miraros...—No, no jureis; papá tiene la costumbre de hacerlo, y al oírlo me pongo á temblar: conozco que debo socorrer vuestra necesidad... esperadme; todavía está en la mesa; pronto vuelvo.

Graciano oyó que la niña subía la escalera, y que cerró tras sí una puerta; luego nada percibió: deseaba con ánsia verla, y el haberla pedido algun alimento, mas era efecto de este deseo que de su necesidad; pero había ofrecido privarse del dulce placer de verla, y debía cumplir su palabra. Con la mayor impaciencia esperó cerca de una hora; por fin oyó pasos, y vió que se entreabría la puerta desde donde le habian hablado: su corazon empezó á latir violentamente.—Tomad estos manjares, le dije-

ron; pero volveos de espaldas para no verme, como me lo habeis prometido.

Graciano, vuelto de espaldas, alargó la mano, y recibió lo que le daba la jóven; pero no pudiendo contener por mas tiempo su curiosidad se volvió rápidamente hácia ella; y aun cuando la escasa luz de la linterna no le permitió distinguir mas que el bulto de una muger, iba á decirle mil ternezas, cuando de improviso se presenta en la estancia un hombre furioso, acompañado de varios criados con luces, y esclama: ¡Imprudente esposa! bien recele la traicion que meditabas: hé aquí una nueva prueba de tu perversa conducta.

Considérese la confusion de Graciano: la amable hermosura á quien creía deber la hospitalidad; la niña tan hermosa, no era sino una muger entrada en edad y fea cuanto es posible. Entre tanto que Graciano contemplaba absorto aquella escena, disputan obstinadamente marido y muger; mas esta, furiosa por verse descubierta á los ojos del peregrino, dirigiendo á su marido coléricas miradas, le dijo: ¿Qué derecho teneis para espiar mis pasos de esta suerte?—Porque os he visto ir y venir continuamente; porque os he oido bajar varias veces por esa escalera, y porque conozco las infamias que ca-

ben en vuestro pecho. Además de esto, ¿no os he oído desde arriba fingir la voz, y aplicaros un *papá* y *mamá*, para persuadir á ese forastero que érais la hija de la casa? Muy dichoso me contemplo en no tener hijos, por no verlos pervertidos con el ejemplo de una madre delincuente: ¡ah! ¡cuántas veces maldigo la cadena que arrastro! — ¿Y por qué os la impusisteis? ¿qué érais cuando me digné haceros dueño de mi mano? nada: todo lo traje yo: os enriquecí, y esta es la recompensa de mis beneficios. ¿Es posible, Dios mio, decia llorando, es posible que así se trate á una tierna esposa á quien se la debe todo? Hombre inhumano, hombre ingrato y sin delicadeza, vos debíais bendecir un lazo que..... — Vamos de aquí, señora, y avergonzaos de la conducta que observais delante de un desconocido, que si es hombre honrado, hará de vos el juicio que merecis. En cuanto á vos, dice á Graciano, solo puedo acusaros de la excesiva facilidad con que habeis caído en el lazo que os armó mi muger; porque sin duda creíais que era mas jóven, y no tan fea, á no ser que conociéndola antes... — Os juro, le contestó Graciano, que nunca habia visto á vuestra esposa, y que aun reputándola por hija vuestra, habria observado la conducta

que exigen las leyes del honor.—Bien puede ser; pero sois demasiado jóven para resistir en semejantes casos. Yo sabía muy bien lo que me hacía; y vos convendreis en que conociendo, como conozco, á mi muger, era preciso no permitir que se albergase en mi casa el *pobre peregrino*; mas viendo que no sois peligroso, *bello caminante*, pasad la noche en esta sala, y á la mañana tomareis el camino que se os antoje: buenas noches.

Ya se habia retirado la castellana llena de rabia y despecho; y su marido se retiró asimismo dejando bien cerrada la puerta de la escalera. Probablemente estos tiernos esposos pasarían una noche divertida entre gritos, lágrimas y recíprocos denuestos: dejémoslos reñir, y volvamos á Graciano.

Sin duda se supondrá lo mucho que reflexionó sobre este suceso extraordinario: era honrado y virtuoso, y la conducta de la castellana indignaba su alma cándida. ¡Cómo le habia engañado! ¡qué astucia de muger! ¡fingir la voz, tono y espresiones de una jóven sencilla, para abusar así de la buena fé de un forastero, y afligir cruelmente á su esposo! Lo que mas daba que pensar á Graciano, era el haber oido decir á la muger que todo era suyo.... Esto prueba que quiso á su marido siendo pobre, y que

le entregó sus bienes : luego esta muger es tal como ahora la busca Graciano. ¡Y por qué se habrá hecho tan viciosa ! Se pierde en conjeturas , y por fin hace propósito de reflexionar detenidamente , y proceder en su eleccion con el más severo exámen , porque acaba de ver un ejemplo de la perversidad de las mugeres ; y ya no cree que pueda merecer su confianza la primera que se le presente. Sin embargo del asombro que le ha causado la escena que acaba de pasar , se aprovecha del favor que le ha hecho la castellana ; cena tranquilo , y duerme profundamente hasta la mañana. A las seis , un criado llamó á su puerta : Graciano se viste , se informa de la salud del dueño de la casa , y suplica al criado le haga presente su gratitud y su sentimiento por la molestia que le ha causado. Despues le suplica que le indique el camino de París , y deja el castillo donde ha recibido tan fuerte leccion.

Nosotros no le seguiremos á París , donde por mucho que trabajó y discurrió , no halló sino coquetas , mugeres muy diferentes del retrato que se habia formado de la belleza que buscaba.

Cansado de las molestias que le causaban sus investigaciones , recibió en fuerza de la esperiencia un conocimiento perfecto del carácter de las muge-

res; y al fin tomó el partido de dejar una ciudad en que la fluctuacion de las intrigas no convenia á su condicion dulce y sosegada; y esperando que tal vez la casualidad le presentaria lo que hasta entonces habia buscado en vano, salió de París desconfiado de volver á su casa antes que sus hermanos.

TARDE XIII.

AMOR DESINTERESADO.

Prescindir del personal
Interés, de la belleza,
Y amar solo con fineza
La hermosura en lo moral;
Este es el bello ideal,
Es la utopia en el amor;
Quien merezca tal favor
De un dulce objeto adorado,
Puede decir que ha logrado
De prodigios el mayor.

REUNIDA nuestra tertulia como las tardes anteriores, colocáronse los muchachos en el sitio que cada cual acostumbraba, manifestando con su silencio y con la vista fija en su padre, el deseo que tenían de saber el fin de la historia de los peregrinos. Palemón prosiguió la lectura en estos términos:

FIN DE LA HISTORIA DE LOS TRES PEREGRINOS.

CAPITULO V.

Los tres prodigios.

Sería interminable esta historia, si á referir fuésemos las variadas aventuras que á los tres peregrinos ocurrieron con ricos que hacian pasar por efecto de generosidad los caudales invertidos en satisfacer sus brutales pasiones, con pseudos sábios y artistas, que á su refinado egoismo y petulancia, daban el título de abnegacion; con mugeres coquetas y livianas, que se atrevian á dar á su libertinaje el precioso título de amor. Despues de mil infructuosas diligencias, Graciano volvió el último á casa de su tío Tomás, donde halló á sus hermanos: solo á él esperaba el tío, para juzgar si sus tres sobrinos habian cumplido la última voluntad de su padre, y partir entre ellos la herencia. Por fin, llega Graciano conduciendo á una jóven, acompañada de su tutor, cuya fisonomía inspiraba respeto. Huberto está sentado junto á Tomás; á su lado se ve un anciano agobiado del peso de los años, y muy pobremente vestido; este era el infeliz que buscaba, y que

al fin habia encontrado. Algo mas retirado está Ricardo, hablando con un hombre como de unos cuarenta y seis años, muy bien puesto, que parece ser el rico desinteresado, objeto de su comision. Los tres hermanos se abrazan vertiendo lágrimas de ternura, y se manifiestan deseosos de saber sus respectivas aventuras: su tío Tomás, que tambien lo desea, hace sentar á todos junto á sí. Conviene en que Ricardo sea el primero que las refiera, y este se esplica del modo siguiente:

 Mi relacion no será larga; os bastará saber que despues de haber buscado inútilmente un hombre rico y benéfico, solamente por el gusto de serlo; y despues de no haber hallado sino libertinos, ambiciosos, y sobre todo multitud de egoistas, me volví á casa de mi tío, desesperanzado de poder cumplir con mi encargo, cuando llamó mi atencion un hombre que hallé llorando en el camino; parecia atormentado de algun grave pesar; me acerqué á él, y con cuanta dulzura inspira siempre el aspecto de un infeliz, le pregunté la causa de sus sentimientos. Estoy perdido, me respondió; estoy perdido: he suscitado contra mí el odio del mejor de los amos.— ¡Cómo! hablad; esplicaos.—Hace diez años que sirvo, ó por mejor decir que soy el íntimo confidente

de un hombre rico llamado Berville, á quien pertenece el castillo que veis situado sobre aquella colina: es el hombre mas tierno, mas generoso, y mas digno de estimacion que se conoce: cifra su felicidad en favorecer al desgraciado, pero no como los demás: un solo rasgo os hará conococer su excelente corazon, y la causa de mi desgracia. El señor de Berville tiene un sobrino, que crió á sus espensas por haber quedado huérfano desde la infancia. Procurando su bienestar por cuantos medios le parecian justos, pensó en casarle muy ventajosamente con la hija de un vecino. Cuando esto intentaba, supo que el sobrino estaba en relaciones ya hacia bastante tiempo con una jóven de familia muy pobre, y que de estos amores habian resultado dos hijos. Otro se hubiera irritado; pero este señor solo trató de informarse secretamente de todo lo que entre ambos jóvenes habia mediado. Sus averiguaciones le ocasionaron la mas sensible pena. No hay duda, le oí decir, esta jóven será victima de la seduccion sin merecerlo. ¿Qué intenciones acompañarán á mi sobrino? ¿Si habrá pensado solamente en satisfacer su pasion, abusando de la credulidad, y abandonarla despues? No será ínterin yo viva. Quiso descubrirlo, y con este fin, obrando con el mayor disimulo, propuso al sobrino

que solicitase la mano de la señorita que le designó, ofreciendo dejarle por su único heredero si se decidía á complacerle. El señorito no pudo ocultar su alegría dando por efectuado el matrimonio, mediante la grande influencia que con el padre de la propuesta tenía su tío: le contestó que estaba pronto á cumplir su deseo, pues que no podia proponerle cosa que fuese mas de su gusto, y se retiró brincando de contento. Ví pintada la rabia en el apacible rostro de mi amo; pero se contuvo, quiso disimular aun, prometiéndose dar á su sobrino una fuerte leccion, despidiéndole además de su casa si se negaba á cumplir el sagrado deber que á sí mismo se habia impuesto, pues creia conforme con la moral y la razon que reconociese por esposa á la madre de sus hijos.

Una mañana que salí acompañando á caballo al señorito, me habló del casamiento que le proponia el tío, y de lo mucho que halagaba su amor propio la idea de unirse á una jóven tan acaudalada y de esclarecida familia. Como yo sabia lo que proyectaba mi amo, y estaba bien enterado de los amores del señorito y de su conducta, porque se valía de mí en muchas ocasiones, y me hacía mil regalillos, con los que me tenia ganado; le manifesté el gran-

de chasco que su tío le preparaba, si se negaba á dar la mano á Belly, que era la jóven á quien habia angañado.

Débil, imprudente fuí. Con mi relato se enfurece el señorito, jura, desata su lengua contra mi buen amo, y dice que primero consentirá ser hecho pedazos que casarse con Belly: que los hijos de esta no son sus hijos, porque del mismo modo que se ha rendido á sus halagos, no duda que se haya dejado vencer por los de otro, pues todo se ha de suponer en una muger que se entrega al que no es su marido, ó que al menos no tiene seguridad de que lo sea. Calmó su furor por un momento, sin duda para preguntarme si era cierto todo lo que yo le habia dicho. Despues de asegurarle que sí, añadí, que informado su tío de que ya no veía á Belly, se habia presentado en su pobre habitacion, y asegurádola que si su sobrino huyese de cumplir como hombre de honor, porque estaba bien informado del tiempo, los amaños, y hasta de las palabras que habia empleado para persuadirla, y de todo lo demas que habia mediado, desde luego la ofrecia ser su amigo, su protector, y el padre de sus hijos. A Dios, me dice aquel jóven precipitado; á Dios, para siempre. ¡Maldicion, sobre mi tío! y desapareció

con el caballo á todo correr. ¡ Considerad cuál sería mi turbacion ! Conocí entonces mi imprudencia. Volvíme á casa , y dije á mi amo que su sobrino me había mandado retirar , porque se reunió con dos amigos á quienes yo no conocia , los cuales segun oí , le acompañarían á su vuelta. Así lo creyó. Llegó la noche , y como no se presentaba , sospeché que le hubiese sucedido algun mal. Sensible el buen tío , no pudo menos de manifestar su impaciencia. Me mandó que recorriera los caseríos circunvecinos : lo cual hice por disimular , y en ninguno me dieron razon de si lo habian visto. Pasaron algunos dias sin saber dónde habria ido á parar ; pero ayer recibí una carta mi amo , la que segun he sabido despues , es de su sobrino. Ignoro el contenido ; pero la verdad es que no bien la hubo leído , me hizo llamar , y me dijo : Al instante saldrás de mi casa : y jamas volverás á ponerte en mi presencia : quise hablarle , pero me volvió la espalda.

En este momento acaban de decirme que mi amo ha pasado de nuevo á manifestar á Belly la fuga de su sobrino , y que ha determinado llevar á vivir en su compañía á esta triste jóven con sus hijos , cediendo todos sus bienes en su testamento á favor de los tres.

Así terminó aquel criado su narracion, la cual me conmovió hasta lo sumo. La compasiva ternura del señor de Berville, me inspiró el mas vivo interés: hé aquí, dije para mí, el hombre que busco; es preciso que sin perder tiempo me presente á él; en consecuencia, propuse al criado que le acompañaría á casa de su amo, y haría que le perdonase: creyóme, y fuimos en busca del señor de Berville. Hice relacion á este hombre generoso del testamento de mi padre, y del objeto de mi peregrinacion, y le supliqué que aceptase en mi herencia la parte destinada al hombre rico y desinteresado. Conozco, añadí, que os hace muy poco al caso este aumento de riqueza; pero sirva tambien á la pobre Belly y á sus hijos, á estos infelices abandonados por vuestro sobrino. — Sois un hombre franco, me dijo Berville, abrazándome; os creo, y acepto vuestros ofrecimientos en favor de una desdichada, á quien iremos mañana á visitar; y despues os acompañaré gustoso á casa de vuestro tio.

En efecto, á la mañana siguiente fuimos á ver á Belly, á la cual participamos los favores que la fortuna la concedia, á falta de los del amor y del himeneo. Belly se arrojó á los brazos de su tio, pues así queria Berville que le llamase.

Acabada tan tierna visita, volvimos al castillo de Berville, y al día siguiente nos pusimos en camino para esta casa, donde el buen Berville recibirá la parte de bienes que le señala nuestro padre, como si fuese hermano nuestro: ¿y no lo es? Siempre los hombres virtuosos son de una misma familia; además de que la herencia de la ternura paternal debe, por el conducto de tan benéficas manos, aliviar las desgracias del maternal afecto.

La historia de Ricardo interesó infinito á la familia de Deviñes; todos abrazaron á Berville, y cuando hubieron pasado los primeros movimientos de efusion, tomó Huberto la palabra para referir á la sociedad lo que le habia sucedido en su peregrinacion. Su relacion no fué menos agradable que la de Ricardo. El hombre que acompañaba á Huberto, era efectivamente desgraciado sin merecerlo; la fatalidad fué la sola ocasion de sus desgracias: lleno de conocimientos, nunca habia hallado proporcion para manifestarlos; en una palabra, justificaba absolutamente la intencion del testador. No referiré individualmente la historia de este hombre, que se llamaba Raimundo, en atencion á que no contiene accidentes maravillosos; baste decir que fué adoptado por la familia, y pasaremos á la historia del jóven Gra-

ciano, que llenó de placer á su auditorio, diciendo así:

No me admira, hermanos míos, que hayais hallado lo que buscábais: todavía hay virtud en la tierra: la dificultad es el poderla encontrar; pero siempre se encuentra si se busca con eficacia. Mi empeño era el mas dificultoso. Hablen por mí cuantos me oyen y conozcan el corazón de la mugeres, y convendrán en que yo necesitaba una discrecion y una paciencia consumada; sin embargo, hallé á esta muger, apreciable sobre todos los tesoros del mundo, y la estais viendo en la amable Cecilia. ¿Cabe mayor reunion de gracias y modestia? pero no quiero que sonroseen su rostro mis elogios; hablaré de sus virtudes, de las cuales puede gloriarse mucho mas que de sus atractivos.

No os referiré la graciosa aventura que me sucedió en un antiguo castillo con una vieja fea y loca; tampoco de las coquetas que he encontrado; el cuadro que voy á presentaros no necesita de sombras, pues debe ser puro como la persona que tengo que pintar en él.

Pasando yo por una ciudad situada á pocas leguas de aquí, oí hablar de Cecilia: todos la pintaban como una muger de juicio y de talento: decian

que hallándose feliz en compañía de su tío y tutor el señor Duval, que entrañablemente la amaba, había renunciado muchas veces los lazos del matrimonio. Estos lazos, decía yo interiormente, acaso habrán tenido por principio el interés; los de la estimación y el amor son mucho mas poderosos; procuremos hacerlos brillar á los ojos de esta insensible Cecilia; pero ciñámonos á las leyes que dicta el testamento paterno; oscureceré bajo un traje humilde la poca frescura de mis facciones; destruiré enteramente el imperio de lo físico; pero nada omitiré para que triunfe el del alma y sus nobles cualidades.

Resuelto á esto, me visto limpia, pero pobremente; me cubro un ojo y gran parte del rostro con una venda negra, mi brazo izquierdo como maltratado en un pañuelo pendiente de mi cuello, y un báculo sostenia mis vacilantes pasos. En este estado, despreciable para el amor, pero interesante para la compasión, me acerqué á la habitacion del señor Duval, y pregunté por él.—Ha salido, me contestó una criada; la señorita está sola.—Pues bien, presentadme á la señorita. Esta me hizo esperar mucho tiempo en un salon donde había un piano y varios papeles de música; ya sabeis que tengo la voz

bastante agradable, y me puse á cantar el primer romance que me ocurrió. Cecilia llegó poco á poco, y la ví, á favor de un espejo, detenerse y aun dar muestras de placer en oirme: yo continué; me dejó acabar, y al volverme, fingiendo que no la habia visto, la pedí perdon de mi atrevimiento. Cecilia se sonrió, y me aseguró que se alegraba de no haberme interrumpido: en seguida me preguntó qué era lo que se me ofrecia.—Señorita, soy un pobre huérfano perseguido de la suerte, y á quien perseguirá siempre la mas cruel indigencia, si no encuentro ocupacion en que pueda manifestar alguna instruccion que tengo: aunque no es de las mayores, creo que podré enseñar música, dibujo y algunas lenguas; por esto me he tomado la licencia de venir á preguntar al señor Duval, si entre sus amigos podria proporcionarme algunos discípulos.—¿De dónde conocéis á mi tutor?—Señorita, luego que un forastero entra en esta ciudad, todo el mundo le indica el asilo de la beneficencia y de la... hermosura.—Mi tutor no está en casa; pero no tardará en volver; ¿quereis tomaros la molestia de esperarle?—Con mucho gusto, pues me lo permitís.

Cecilia me acercó una silla, y me obligó á cantar algunos juguetes italianos, que la gustaban mu-

cho: en esto llegó el tutor, á quien me presentó con mucho empeño: hizome este mil preguntas, y al cabo me recibió en su casa para que desde aquel mismo dia diese leccion á su sobrina. Me pareció que la jóven mostraba mucha satisfaccion del resultado de mi visita, lo cual lisonjeó sobremanera mi amor propio. Todos los dias daba lecciones á Cecilia, que las recibia con el mayor placer. Mis fingidas heridas, que yo supuse haber recibido en el ejército, decia que la inspiraban un interés extraordinario; en una palabra, á poco tiempo conocí que me amaba. Leíamos juntos; yo la enseñaba á hacer versos, y aun componia algunos en su alabanza; esto sorprendió al señor Duval, quien me dió á entender algunos recelos. Creí que lo mejor era interesarle á mi favor, confiándole el testamento de mi padre y mis intenciones; podia hacerlo, porque una cláusula de este testamento me permitia tomar cualquiera resolucion conducente al acierto. Exigí el secreto del señor Duval; me lo prometió, y desde este momento tomó sus medidas para proceder de acuerdo conmigo. Al cabo de algun tiempo, cuando creimos que el amor habia echado profundas raices en el corazon de la jóven, su tutor la propuso un partido muy ventajoso, pero Cecilia no lo admitió. El tutor se fingió enojado, y

la dijo que ya conocía que en mí consistía el motivo de su resistencia; pero que al instante me despediría de su casa, lo cual ejecutó, participándome cuanto habia ocurrido. Desde entonces me valí de mil artificios para hablar á Cecilia, y tuve la satisfaccion de ver que se prestaba á mis ideas con la mayor resolucion: me declaró su amor, y cuando ví las cosas en este punto, acordé con el tio que terminase el asunto, haciendo los últimos esfuerzos para experimentar la fineza de su sobrina. Duval no concedió á su pupila, para su última resolucion, sino ocho dias; y esta, viéndose tan apurada, le dijo: Bien conoceis á Graciano; sabeis que es pobre, que tiene figura despreciable, y que si no es á mí, no puede agradar á muger alguna; pues bien, señor, yo le amo; soy rica, y quiero hacer su felicidad. Disimuló Duval el esceso de su alegría; y continuando su fingido enojo, nunca se mostró mas irritado: reprobó tan extravagante enlace, y se salió despues de haber amenazado á Cecilia con que eligiese un convento ó el esposo que le proponía. Cecilia me dió parte de estas amenazas; yo me arrojé á sus pies llorando, y suplicándola que no se hiciese infeliz por mi causa; pero ella, con la mayor firmeza, me aseguró que antes moriría que dejarme, que acudiría á la justi-

cia para librarse de tan tirana violencia; y que cuando no hubiera remedio, viviese seguro de que nadie sería dueño de su mano; que si no se determinaba á huir del poder de su tutor, solo la detenía el justísimo respeto de su opinion. Duval, que nos estaba escuchando, entró á esta sazón y la dijo: no te aflijas, querida: no es tu tío tan tirano como piensas; únicamente ha querido conocer á fondo tus sentimientos; y pues que ya los sabe, él mismo te dará el esposo que amas, coronando la constancia mas sin ejemplo, y el amor mas desinteresado.

Atónita quedó Cecilia al oír las espresiones de su tutor, que la manifestó entonces quién era yo, refiriéndola al mismo tiempo los medios que habíamos empleado para examinar si me amaba únicamente por mis cualidades morales, y acabó esta escena entregándome la mano de Cecilia. Considérese la alegría de esta amable jóven; solo podía compararse con la mia. Al día siguiente los tres nos pusimos en camino para venir aquí, donde me veis acompañado de un amigo verdadero, de una esposa dulcísima, lleno de placer por esto, y tambien porque vosotros, hermanos míos, habeis concluido una peregrinacion, que nunca creí tuviera fin tan dichoso.

Quando Graciano finalizó su historia, Cecilia abra-

zó á sus hermanos Ricardo y Huberto, y en el mismo dia su tio Tomás les entregó la herencia que les habia costado tantas penas é inquietudes. Esta inmensa riqueza fué desde luego dividida en dos partes; la una, reducida á tres, se dió á Cecilia, Raimundo y Berville; este al instante hizo donacion de ella á la desgraciada Belly; la otra parte se distribuyó entre los tres peregrinos, de los cuales Graciano fué el mas dichoso, porque se vió dueño de una gran fortuna y de una muger perfectísima. Así quedó cumplido el estraño testamento de Pedro Deviñes, y así fueron recompensados el mérito perseguido, la humanidad y el desinterés.

Aquí concluyó la historia de los tres peregrinos, á la que Palemon no dejó de añadir mil reflexiones acerca de los vicios que infestan la sociedad, y lo peligroso que es creer de ligero en la probidad y virtud de los hombres. Es preciso, decia, que cada uno tenga buenas costumbres; es necesario hacer todo lo posible para ser virtuosos; pero no crean los hombres honrados que todas las gentes son como ellos, porque se engañarán con mucha frecuencia. Seguramente me maravilla lo raro del hallazgo de este manuscrito: las tres cintas, encarnada, azul y blanca con que estaba atado, son sin duda emblema de los

colores que habian tomado los tres hermanos. Aunque he practicado las diligencias posibles para saber de quién es tan extraño papel, enviando gente al sitio en que le halló Armando, nadie se ha presentado á reclamarlo; sea lo que fuere, su autor desea que se imprima, pues le ha acompañado con una suma de veinte y cinco lises; yo cumpliré su deseo. Retirémonos, queridos, que mañana necesitamos madrugar, pues es dia de descanso, y quiero llevaros á la granja de los Nogales, que dista una legua de aquí: allí almorzaremos, y me alegraré que conozcais á una muger tan anciana como respetable, que habita junto á la granja, y debe toda su fortuna á un muchacho mas jóven que Leon, llamado Emiliano. ¿Os admirais? pues es bien cierto; oireis su historia, que es muy divertida; y estoy seguro de que os interesará mucho, pues hay lances extraordinarios en la de este niño; pero de nada servirá que veais ejemplos de virtud, si no los imprimís en vuestros corazones para imitarlos. Espero que no se dirá mañana que os enseñaron el camino seguro y apacible de la virtud y no quisisteis seguirlo: esto sería haceros acreedores al desprecio de los buenos, y á la indignacion de un padre que ha procurado instruiros con la mayor ternura, inspirándoos las máximas mas sanas.

TARDE XIV.

LA CODICIA.

¿De qué te sirve afanar
 Por salir de tu pobreza,
 Si esa misera riqueza
 Que tratas de atesorar
 Al fin no la has de lograr?
 ¿Pretendes vivir gozoso?
 Pues abandona juicioso
 Ese afan que te desquicia,
 Que aquel que menos codicia
 Es siempre mas poderoso.

QUÉ dilatada es para los niños la noche que precede á un dia de recreo! El sueño huye de sus párpados, y cuando llegan á entregarse á él empiezan á gozar de antemano de los placeres campestres. Los saltos, las carreras, los juegos inocentes se ofrecen á su impresionable imaginacion. Se levantan al amanecer, y sus primeras miradas se dirigen al cielo,

ansiosos de ver si está sereno: si le hallan apacible, ¡qué alegría infunde en sus sencillos corazones! miran la atmósfera, la vuelven á mirar, y saludan á la naturaleza con cuanto entusiasmo cabe en su edad.

Esto es lo que sucedió á nuestros amiguitos: madrugaron mucho, y por fortuna vieron la hermosura del sol, que aparecía sin el menor celage. Vamos, hombre, despacha; nunca acabas; siempre nos haces esperar; esto es lo que recíprocamente se decían: presentóse en esto su padre, y todos se arrojaron precipitadamente á su cuello, diciéndole: ¿vamos, papá? ¿por qué nos detenemos? cuánto antes, papá, cuánto antes.—Sí, hijos míos; traedme el baston y el sombrero.

Tres de ellos corren á un tiempo á ejecutar el mandato de su padre, y de allí á un minuto ya están de vuelta: sonrióse el buen anciano al ver la eficacia de sus hijos, y se pone con ellos en marcha. Marcela cierra la puerta de la granja, y tambien se vá con ellos. Los muchachos corren, brincan, saltan las acequias y arroyos con demostraciones de la mas viva alegría. Palemon lleva á su lado á Armando, porque éste es el apoyo de su vejez, el mas juicioso de todos, y escucha atentamente las sábias razones de su padre, aunque de cuando en cuando

le distraen las travesuras de sus hermanos durante el camino.

Como era preciso atravesar el bosquecillo de los Castaños, Palemon permitió á su tropa que descansase allí un breve rato. Apenas el anciano se sentó sobre la fresca yerba, cuando los muchachos propusieron jugar á las cuatro esquinas; se trató de determinar quién se habia de quedar; y echando la chinita tocó á Leon. Este, en medio de los otros cuatro, se valia de cuantos artificios le sugeria el discurso para pillar á alguno y ocupar su sitio; ya se llaman, ya corren, ya tornan, riendo y gritando todos con la mayor alegría. Por fin Leon pilló á Benito, que manifestó algun enfado, y le preguntó: ¿Me has dado tres golpes en la espalda?—Sí.—No señor, no han sido mas de dos; y de aquí se levantó tal gresca, que no podian entenderse.

¡Juegos inocentes y puros de la niñez, cuánto conmoveis mi corazon! ¡qué de tiernas memorias presentais á mi imaginacion! ¿Qué se han hecho aquellos tiempos en que el cansancio era un placer para mí? ¡Ay! desde que abandonamos los pueriles entretenimientos, empiezan los disgustos inseparables del trabajo y el estudio, y nos atacan las pasiones, que son los mas crueles enemigos de nues-

tra existencia. ¡Oh! ¡qué gloria es ser hombre!
¡pero yo hubiera preferido ser siempre niño!

Cuando se acabó el juego de las cuatro esquinas, Armando y Benito quisieron luchar, pero se opuso Palemon, tanto por lo peligroso del juego, cuanto porque ya habia descansado, y era tiempo de satisfacer su apetito, que era muy bueno.

Cubiertos, pues, de polvo y de sudor, mas encarnados que las rosas, caminaban los muchachos al lado de su padre, pero con mas lentitud que antes; estaban algo cansados, y por consiguiente mas serios. Hacían á su padre mil preguntas ingénuas, á las cuales contestaba con la sencillez y claridad que le caracterizaban. A todas las respuestas que les daba, esclamaban de un modo que embelesaba al anciano, porque veía en sus hijos disposicion para instruirse, y al mismo tiempo notaba la impresion que les causaba aquello que les parecia maravilloso.

Llegaron, en fin, á la granja, situada en un parage delicioso, y muy proporcionado para no sentir los fuertes calores del dia: servíala como de foso un cristalino arroyo, donde se acercaban á beber multitud de aves domésticas. Muchos nogales apiñados formaban un hermoso bosque; en una palabra, este delicioso y campestre sitio inspiraba la mas

religiosa calma, un respetuoso silencio, y aquel placer tan puro que solo conocen los que admiran los prodigiosos encantos que presenta á cada paso la naturaleza. Así que entraron en la granja nuestros niños, tomaron un frugal desayuno, mucho mas sabroso á su parecer que el de los otros dias, por el apetito que les habia despertado el ejercicio.

Acabado el desayuno, visitaron toda la granja: y aunque no eran desconocidas sus dependencias á los muchachos, Palemon siempre encontraba motivo para hacerles notar nuevos objetos, á fin de no malograr las ocasiones de inspirarles aficion á las ocupaciones provechosas. Sencillos habitantes de los campos, exclamaba el anciano; hombres simples y laboriosos, que no conoceis mas necesidad ni mas diversion que el trabajo, ¡cuán apreciables apareceis á mis ojos! Vosotros sois á quienes la tierra encarga el cuidado de fecundarla, cultivarla y recoger sus inmensos tesoros, y en quienes ha depositado sus secretos la naturaleza. Los vestidos que os cubren son para el hombre sensato mas ricos que todos los que ostenta en las ciudades un lujo insolente: empapados están en vuestro sudor, al que debemos nuestra existencia, porque sin él no fecundáran las plantas y semillas que producen nuestro alimento.

Habian recorrido la granja los muchachos , y ya en sus ojos se conocía el ánsia de preguntar á su padre si les haría prontamente conocer á Emiliano, cuando el anciano se anticipó á sus deseos. Ahora, amigos míos , les dijo , venid conmigo á aquella callejuela que desde aquí se descubre , y que se dirige á la aldea cercana; entraremos por un momento en casa de la buena muger, de quien os he hablado: vuelvo á deciros que es muy anciana y muy digna de respeto; disfruta unas conveniencias regulares, y sabreis de ella misma el suceso que ha ocasionado la paz y tranquilidad que goza en sus últimos años.

Siguieron á su padre los muchachos, y todos seis llegaron en breve á casa de la anciana , que los recibió con la mayor franqueza y cortesía. Felices dias, virtuosa Brígida , la dijo afectuosamente el venerable Palemon.—Buenos os los dé Dios, respondió ella.—¿Dónde está vuestro Emiliano?—En la ciudad; necesitábamos algunas provisiones, y mi querido hijo, que bien puedo llamarle así, marchó por ellas esta mañana, y no volverá hasta la noche.—¿Pero siempre alegre y contenta con vuestra suerte?—¿Y cómo podría no estarlo? Emiliano es todo para mí; me sirve de padre, de hijo, de cuanto hay mas dulce en la naturaleza; continua-

mente estudia y previene mis deseos ; me ama como si fuese su madre , y puedo decir que desempeña todas las obligaciones del hijo mas sumiso y respetuoso ; pero , tomad asiento , señor Palemon : ¿ esta es sin duda vuestra amable familia ? ¡ qué muchachos tan graciosos ! y esta niña ¡ qué buena y qué modesta parece ! acéreate , hija mia ; llégate y dame un abrazo .

La anciana Brígida estrechó entre sus brazos á todos los hijos de Palemon ; luego fué á buscar unos quesones que habia hecho por sí misma , y los convidó á un nuevo desayuno , que aceptaron consintiéndolo su padre , el cual ya sabe que en semejante edad no se cuentan las comidas : luego que acabaron de comer , Palemon dijo á Brígida : He hablado á mis hijos de vuestra historia , y están tan interesados en saberla , que me han empeñado para que os ruegue que vos misma se la conteis : tened esta condescendencia , y con el ejemplo de los felices sucesos que han dado fin á vuestras desgracias , manifestadles que el cielo nunca abandona la virtud , cuando se apoya en la beneficencia y en el trabajo . — Con mucho gusto : y se duplicará mi placer por confiarla á unos niños tan amables y tan bien educados : sentaos todos , y escuchadme atentamente .

¡Oh! me han sucedido cosas muy particulares; en ellas vereis cómo un niño de cinco años enjugó mis continuas lágrimas, y me hizo dichosa.

La familia de Palemon, impaciente por oír unos sucesos que debían ser interesantes, se estrecha sin hablar en torno de su anciano padre; Brígida está sentada un poco mas lejos, y comienza la relacion de su vida de esta suerte:

No soy, hijos míos, mas que una muger del campo; pero nací de padres honrados que disfrutaban bastantes comodidades: era mi padre propietario: en la flor de su vida perdió á su esposa y madre mia, y desde entonces se entregó enteramente á mi educacion. Bañaba este buen padre la tierra con su sudor, y el cielo favorecía sus constantes esfuerzos: todos los años aumentaba su caudal, y de cuando en cuando compraba algunas fanegas de tierra, dando de este modo mayor estension á su patrimonio. Ya os he dicho que gozaba comodidades, y me lo confirmó el doloroso accidente que me privó de este apoyo; pues me ví dueña de una posesion que producía mas de mil y doscientas libras, que en aquel tiempo era mucho.

Había ido mi padre un dia á trabajar en su heredad, cuando volviendo á la noche por un bosque-

cillo en que habia muchos cazadores, un escopetazo disparado sin la debida precaucion, le hirió peligrosamente. Nadie le prestó socorro, y quedó tendido en el suelo hasta la mañana siguiente, que unos caminantes le hallaron y trajeron á su casa, debilitado por la mucha sangre que habia derramado, y por la intemperie de la cruel noche que habia pasado: yo habia corrido por mil partes, pero nadie pudo darme noticias de mi padre: en fin, me le trajeron moribundo: todos los socorros posibles fueron infructuosos; le desengañaron de que apenas podia vivir veinte y cuatro horas; y aprovechándose del poco tiempo que le quedaba, hizo llamar á Rogerio, su mozo de labor y amigo, haciéndome acercar al mismo tiempo á su cama. Hija mia, me dijo, hace mucho tiempo que he reparado que amas á Rogerio (en efecto era así), y que él te corresponde. Quiero y debo uniros antes que muera: recibid la bendicion de un padre que os manda que os caseis, seais sus herederos, y cultiveis un patrimonio que ha estendido y conservado para vosotros; pero antes que toméis posesion, debo revelaros, por causas que despues sabreis, un secreto, que nadie le sabe sino yo... Acercaos mas, porque mi voz se debilita; vais á ser señores de un campo que he regado con mi

sudor, y de una casa que yo mismo hice edificar. Dentro de estas posesiones hay un tesoro, el cual bastaría para haceros felices, aunque viviéseis muchos años: yo le he respetado siempre, y hasta el lugar en que se halla: espero que vosotros hareis lo mismo, pues es preciso que cada uno cuente solo con el producto de su trabajo, con lo que de derecho le corresponda, y de ningun modo con lo ajeno, sea quien fuere el que posea; porque lo mal adquirido generalmente se convierte en daño del que se lo lleva. Además, guardaos de turbar la paz de los sepulcros: temblad si os atreveis á poner la planta sobre los huesos de los que nos han precedido... Este tesoro... el tesoro de que hablo...

No pudo mi padre proseguir; un sudor frio cubrió su semblante: la voz se apagó; hizo varios esfuerzos para continuar, pero le atacó una violenta convulsion, y á muy breves instantes quedó muerto entre nuestros brazos. Figuraos cuál sería nuestra pena: olvidamos el tesoro de que nos había hablado, y no pensamos ya sino en la dolorosa pérdida de un padre adorado.

Hicimosle los últimos honores, y despues acordamos el arreglar nuestros asuntos: Rogerio entonces me recordó la voluntad de mi padre, y la cum-

plí, tanto por gusto como por obligacion: Rogerio fué mi esposo. Era hombre de la mas dulce condicion, propio en fin para hacer mi felicidad; pero tenia un defecto, que fué causa de su pérdida y la mia; era codicioso, y le atormentaba estraordinariamente la sed del oro. Algunos meses despues, se acordó mi esposo del tesoro de que mi padre hizo mención: desde este tiempo perdió su natural alegría, mostrándose siempre inquieto y taciturno. Me rodearon mil temores, y le pregunté la causa de su disgusto: El tesoro, me respondió...—Pero amigo mio, ignoramos el sitio que le oculta: ¿necesitas de él para vivir? ¿no tenemos cuanto podemos apetecer? deja inútiles proyectos, amado Rogerio, y esperemos del tiempo y de la casualidad que nos proporcionen el hallazgo de ese tesoro. ¿Quieres acaso remover toda la casa, arrancar lo plantado, destruirlo todo? ¿te privarás de tus cosechas, y arruinarás esta habitacion edificada por mi padre, en la que nos hallamos tan bien? Créeme, Rogerio; olvidemos enteramente un tesoro que nos es inútil. Pues tenemos lo suficiente para vivir, ¿para qué queremos mas cuidados? Te ruego que no pienses mas en eso, y aun exijo de tí que no vuelvas á hablarme de semejante materia: la suerte no ha querido que fuésemos mas ri-

cos: gocemos de los beneficios que debemos á la Providencia, y no tratemos de aumentar nuestros cuidados aumentando nuestra fortuna.

Parecióme que Rogerio cedía á mis razones; me abrazó prometiéndome olvidar las últimas palabras de mi padre, y volvió al trabajo aparentando su acostumbrada alegría. Seis años pasaron, durante los cuales advertí que mi marido padecía frecuentes distracciones. Tenía proyectos de edificar, y le oía siempre hablar de construir aquí, y derribar allá. Aunque me disgustaban estos designios, no pensaba yo en su verdadero objeto. Llegó, en fin, el momento en que Rogerio había de ser víctima de su codicia, arrastrándome en su ruina.

Una hermana de mi padre, que vivía distante de nuestra casa treinta leguas, y de la cual éramos herederos, cayó enferma, y me llamaron á toda prisa, porque preguntaba por mí sin cesar. Abracé á mi marido; le encargué cuidase mucho de la casa, y me puse en camino. Hallé á mi tia mucho mas enferma de lo que me habian dicho, y no quería que me separase de ella. El tiempo se pasaba, y seguía lo mismo; yo quería volver á mi casa; pero el temor de afligir á la infeliz enferma, y perder el fruto de mis cuidados, me detenía. Así trascurrieron ocho

meses hasta la muerte de mi tia , y entre tanto sucedía en mi casa lo que voy á referiros.

Apenas me ausenté de Rogerio , cuando el ansia de descubrir el tesoro renació en su corazon: pensó seriamente en buscarle; y ocupado en esto, abandonó el cuidado y cultura de sus campos; llamó trabajadores, y á la cabeza de ellos todo lo revolvió, registró y asoló: ni aun la casa se vió libre de sus locuras; no dejó en ella techo, tabique ni cimiento que no derribase. Rogerio, en medio de un monton de escombros, apartándolos con sus propias manos, cubierto de polvo, pálido el rostro, palpitando violentamente su corazon, fijes en el suelo los ansiosos ojos con el deseo de que la suerte le deparase el suspirado tesoro, presentaba un cuadro que infundía horror, al mismo tiempo que movía á compasion. ¡ Infructuosas fatigas ! Nada descubrió su avaricia... Despues de trascurrido un tiempo demasiado largo segun su impaciencia , volvió á continuar con mas ahinco sus investigaciones.

En un extremo de nuestra huerta habia un trozo de las ruinas de un antiguo castillo, cuya parte compró mi padre para aumentar su habitacion. En ella, como mejor se pudo, aprovechando los trozos de pared que aun existian, se habian arreglado las cua-

dras y un cobertizo para encerrar el heno. Aquí es donde Rogerio decidió el trabajar de nuevo. A fuerza de fatigas y tiempo, por fin descubrió una losa. ¡Cómo brillaron sus ojos! ¡Con qué perfeccion se retrató en su rostro la imágen de la avaricia! Llegó al término de sus ánsias: aquí está el tesoro; no hay duda. Todo se suspende en el instante: los trabajadores se retiran. La noche tarda en llegar mas de lo que Rogerio desea: ya son las doce, hora en que ha determinado pasar solo á levantar la losa: ya está con sus picos y palas empleando toda su fuerza para levantarla... (En este intermedio se habia levantado una fuerte tempestad.) Ha vencido: volcó la losa... Un subterráneo es sin duda lo que se descubre: no se detiene á meditar si debe ó no penetrar en él: ata un cordel á la parte de arriba, y con la lámpara, su compañera nocturna, desciende precipitadamente á este lugar. ¡Pero cuál fué su sorpresa viendo en el centro un sepulcro!... A la sorpresa sucedió el terror, producido por el espantoso ruido de los truenos, la fuerza de los relámpagos y el silbido de los vientos. Sin embargo, se determinó á levantar la cubierta de la sepultura, que se movía con facilidad, y sus ávidos ojos descubrieron el cadáver de una muger cuyas facciones y trage (pues

estaba totalmente vestida) se hallaban tan bien conservados como si hubiera sido despositada en aquel sitio el mismo día. Sus vestidos son tejidos de oro y plata; los diamantes mayores y mas finos brillan en su cuello y dedos; todo el cuerpo está sembrado de preciosísimas joyas... ¡y qué hermosa es su figura! parece que duerme apaciblemente... pero ¿qué es lo que tiene en sus manos? una hoja de plata, sobre la cual están grabadas estas palabras, que lee Rogerio :

«El amante que me ha perdido en la flor de mi edad, me ha depositado aquí con todos los regalos que me habia hecho; y mientras ha respirado, todos los días ha venido á derramar lágrimas sobre mi pálido semblante, que era en otro tiempo su delicia; él solo sabía dónde estaba mi sepulcro. ¡Oh tú, cualquiera que seas, si lo descubres, respeta mis cenizas, y llora mi destino, si has conocido el amor.»

Rogerio no dudó que este era el tesoro que mi padre nos quiso manifestar. ¿Qué hará? ¿me dará parte de este suceso? Grande era su turbacion, y se detuvo á reflexionar... Se acordó de las últimas palabras de mi padre, y las repitió: «¡Guardaos de turbar la paz de los sepulcros: temblad si os atreveis

á poner la mano sobre los huesos de los que nos han precedido!» Este cadáver es sin duda del que hablaba; luego sabría por dónde se podría llegar al sepulcro: ¿y por dónde sería? ¿es posible que yo no haya descubierto otra entrada?

Dejémosle abismado en sus reflexiones. ¡Infeliz! su codicia le precipitaba en una total ruina, y me arrastraba consigo en la desgracia! ¿Cómo podré, hijos míos, contaros el lastimoso suceso que se siguió á este descubrimiento de mi marido? ¡Ah! ¡quedarán vuestros corazones traspasados de dolor! Pero el día se adelanta, y tengo muchas cosas que hacer; permitid que deje para otro día la continuación de una historia que me conmueve en extremo.

Calló Brígida, y Palemon, que no sentía menos que sus hijos esta interrupcion, suplicó á la anciana que fuese á pasar la tarde á su granja; no pudo acceder por las muchas ocupaciones que entonces tenia; pero ofreció complacerle en la siguiente tarde, con la espresa condicion de que la acompañaría su hijo adoptivo Emiliano. Palemon se despidió con gran sentimiento de sus hijos, que durante el camino no hablaron sino del disgusto que experimentaban por no haberse continuado una historia,

que sin duda tendria relacion con la de Emiliano.

Así que llegó á su casa la familia de Palemon, que con el paseo habia adquirido nuevo apetito, comió alegremente, y pasaron la tarde jugando, porque ya se ha dicho que era dia de descanso.

TARDE XV.

LA PROBIDAD.

Quando de agenos caudales
Acaso el hado arbitrario
Te hiciera depositario,
Pon tus conatos leales
En consevarlos cabales,
En aumentar su valor.
Devuélvelos sin dolor
Y con semblante halagüeño
Al reclamarlos su dueño,
Y guarda ileso tu honor.

EL dia siguiente le pasaron los hijos de Palemon ocupados en sus acostumbradas tareas, que concluyeron antes de lo que solian para estar ya libres cuando Brígida viniese con su Emiliano, á quien tanto deseaban conocer. Acudieron temprano al terrazo, y no apartaron sus ojos de la puerta, hasta que á breve rato vieron entrar á Marcela y á la bue-

na Brígida apoyada en el hombro de un jóven de catorce á quince años, que sin duda era Emiliano; quedaron atónitos nuestros amiguitos, pues esperaban un muchacho mas jóven que ellos, y veían un mozo casi enteramente formado; no reflexionaban que se les habia hablado de un suceso de muchos años atrás, pero pronto se ilustraron sobre este punto.

Brígida presenta su hijo adoptivo; todos le abrazan, y luego continúa su relacion en esta forma:

Rogerio pasó la noche pensando únicamente en el cadáver, y en el tesoro que habia encontrado. A la mañana siguiente vinieron los peones de su mayor confianza, y le hallaron en la mayor agitacion; pero no pudiendo sacarle una palabra se retiraron. Pasáronse varios dias sin que Rogerio pudiese superar la turbacion á que estaba entregado. Combatido del deseo que tenia de despojar el cadáver, y del terror que le inspiraba este mismo deseo, enfermó á poco tiempo.

Entre tanto corrió la voz de que pasaban cosas extraordinarias en casa de Rogerio: y como no era él solo dueño del secreto, pues se lo habia confiado á un amigo, este lo divulgó todo: la justicia se mezcló en el asunto, y á fuerza de diligencias llegó á des-

abrir el sepulcro. El noble que habia vendido esta parte del edificio, hombre tan codicioso como Rogerio, supo que en aquel sitio se habian hallado inmensas riquezas, y se presentó á hacer valer sus derechos. Rogerio, algo restablecido de su enfermedad, sostuvo que el tesoro pertenecía á quien le habia hallado; pero el noble, que tenía mucho favor, ganó el pleito; y Rogerio, confundido, desesperado, y temiendo mi resentimiento, se espatrió, llevándose los pocos efectos de valor que nos quedaban, dejando solo las paredes de nuestra habitacion medio destruidas.

Ignoraba yo todos estos sucesos, y al propio tiempo me sucedian nuevas desgracias. Murió mi tia, y entonces se descubrió que unos parientes mal intencionados habian robado casi todo cuanto tenía antes que yo llegase á su casa; de modo, que despues de su muerte no hallé sino algunas deudas, y nada con que pagarlas. Sin embargo de este contratiempo, me consolaba pensando en que volvería á la compañía de mi marido, á cuya sombra pasaría mis dias hasta la ancianidad mas remota. Partí, pues, para mi casa, y considerad cuál sería mi dolor al hallarme sola, sin casa, sin muebles, y despojada de mis heredades, pues los trabajadores las

habian hecho vender con autoridad de la justicia para ser pagados de sus jornales; en fin, supe las desgracias de un hombre demasiado ambicioso y su fuga, que fué el colmo de mi dolor, pues me dejaba sin el menor recurso: ¡qué horrible situacion!

Fué preciso aplicarme al trabajo para mantenerme; pero tantos disgustos alteraron mi salud, y una enfermedad aguda me condujo á un hospital. A esta enfermedad se siguió una parálisis, de la cual todavía me resiento algunas veces: así pasé treinta años, rodeada de las angustias de un mal que se juzgaba incurable, de hospital en hospital, entregada á la compasion de los que en ellos se dedican al socorro de la humanidad. En fin, mis males se aliviaron cuando ya tenia cincuenta años; ¿qué partido podia tomar en semejante edad? me resolví á mendigar, y sentada todos los dias á la orilla de un camino, busqué mi manutencion en los corazones caritativos.

Un dia que yo pasaba por mi perdida pátria, (porque rara vez me detenía en unos mismos lugares), me ocurrió el volver á ver las ruinas de la casa en que habia nacido, recibido la mejor educacion, donde habia muerto mi padre, y con él toda mi felicidad. Era casi de noche: me acerqué á las ruinas,

me senté sobre una piedra, y á impulso de las reflexiones que me inspiraban mis fatigas, exclamé: ¡He perdido este asilo de mi infancia, que entonces era asilo de todas las virtudes! ¡Cuál está la casa construida por el padre mas tierno y amoroso! ¡se ha convertido en albergue de aves nocturnas! ¡Dios de la bondad! ¡en qué abismo de males me ha sumergido la codicia del hombre que me destinaste para compañero!

HISTORIA DEL NIÑO EMILIANO.

En tanto que yo desahogaba mi pecho con estas exclamaciones, un niño como de cinco años, muy bien vestido, corriendo á mas no poder, y derramando lágrimas amargas, pasó por el camino, se detuvo á mis dolorosas quejas, y me dijo sollozando: Señora, ¿habeis visto á mamá?—¿Tu mamá, querido? ¿pues qué, la has perdido?—Sí, sí: la he perdido; ¡no puede menos, porque no la hallé en este camino!—¿Es posible? acércate, querido; no tengas miedo; escúchame.—Eso no; yo no os conozco, y solo quiero ver á mi mamá.—¡Rece-las de mí! ¡ah! ¡si me conocieses!... Soy una pobre muger; en otro tiempo tuve aquí mi casa, y

ahora pido limosna para vivir.—¿Limosna? ¡pobre muger! ¡cuánto me alegro de tener dinero! tomad, tomad; esto es mio; no es de mamá, pues me ha dicho que hiciese lo que quisiera con ello... Vamos, tomad. Diciendo así, el niño me puso en la mano algunas monedas: yo no sabía si debía ó no tomarlas; pero admiraba el buen corazon de esta criatura, que olvidaba que se habia extraviado, por socorrer la indigencia. Amigo, le dije, acepto tu regalo; y me alegraría de poderte ser util: ¡cuán dulce me sería el llevarte á tu madre, que estará llena de inquietud! ¿Cómo te llamas?—Emiliano.—¿Emiliano? ¡pobre muchacho! ¿Y tu madre?—Madama Leclerc.—¿Tienes padre?—Dicen que sí; pero nunca le he visto.—¿Con que tu madre te ha educado?—Sí; ella sola con mi aya.—¿Y en dónde vives?—En una ciudad muy grande..... nunca me acuerdo de su nombre.—Pero ¿á dónde vas, de dónde vienes, y cómo has perdido á tu mamá?—Esta mañana me tomó en brazos llorando, y me dijo: Emiliano mio: nosotros vamos á buscar á tu padre para vivir siempre con él; ven conmigo; tú le abrazarás, y le harás muchas caricias, porque ha padecido mucho por tí, y yo tambien.—¿Y luego?—Luego, mamá y mi aya han hecho unos paquetes

que han puesto en un coche grande, en el cual nos hemos metido: yo estaba muy contento, porque decían que íbamos muy lejos. Mamá lloraba mucho, pero yo no estaba tan triste como ella, y hablaba con mi aya. Al tiempo de ocultarse el sol, tres hombres muy grandes han hecho detener el coche; iba á preguntar si era mi papá; pero dos de estos pícaros me han arrebatado de los brazos de mamá, á pesar de sus gritos y los de mi aya. Me parece que otro ha entrado en el coche, que ha echado á correr. Yo gritaba y lloraba mucho; los dos pícaros que me tenían, me parece que eran criados, porque tenían franjas por todo el vestido, y me causaban un miedo terrible. De repente oyeron que venían dos caballos, me tiraron á un hoyo, y escaparon como si fueran ladrones. Muy bien he oído pasar los caballos delante de donde yo estaba, porque iban corriendo á mas no poder. He salido del hoyo, y me he venido por aquí para hallar el coche, ó alguno de los que van corriendo á caballo, que acaso me llevará donde esté mamá; pero estoy muy cansado, y sin remedio perderé á mamá: ¡Dios mio! ¡que será de mí!

La relacion sencilla de Emiliano me dejó sumamente enternecida; le abracé y procuré consolarle lo mejor que pude. Como la noche avanzaba, era

preciso tomar alguna resolucion, pues no debia dejar al niño solo en medio de los campos, y me determiné á pasar con él la noche en alguna parte: Querido, le dije, te has estraviado, y ahora es imposible hallar á tu mamá; ven conmigo, que mañana haré cuanto sea posible para dulcificar tu cruel situacion... ¿No quieres venir, hijo mio? — Señora... sí por cierto..... ¡Dios mio! ¡mamá! ¡mamá! El muchacho no se atrevia á decirme que mas queria á su mamá, y esto era muy natural. Le tomé de la mano, y le llevé al pueblo inmediato, donde le hice cenar y acostarse lo mejor que pude. Sin duda que estrañarían las gentes ver á una muger anciana y mendiga con un niño hermoso como un ángel, y vestido con el mayor primor. Sea lo que fuere, el muchacho durmió poco, pues le oí suspirar con frecuencia; yo dormí menos, y estuve haciendo mil reflexiones. Lo que me dijo relativo á su madre, me hacia sospechar que era hijo de un amor perseguido. ¿Cuánta sería la tristeza de una madre, que tal vez en aquel momento lloraba amargamente la pérdida de su hijo! Me interesaba mucho por esta inocente criatura, pero no tenia recursos para ampararle. ¿Qué debia hacer, Dios mio, qué debia hacer en tan dura situacion?

Llegó el día, y aun no sabía el partido que debería adoptar. Ya se había levantado Emiliano, y procuraba vestirse por sí mismo; acudí á ayudarle, y primero le abracé tiernamente. Al tomar su casaca, advertí que pesaba mucho, observacion que no habia hecho la noche anterior, y le dije: ¿Qué tienes en los bolsillos, querido? — Mirad, me respondió con franqueza, pero al mismo tiempo con cierto aire de misterio: me parece que sois una buena muger; yo no se lo diría á otro, porque podría ser un ladron; pero cuidado, que nadie lo sepa; los dos somos ricos, y hasta que encontremos á mamá, tenemos con que andar en coche.—Pero, hijo mio, ¿cómo puede ser eso? — Ahora os lo diré, con la condicion de que lo tomareis todo, y gastareis por mí, porque yo soy muy pequeño para... — Está bien, espícate; yo te lo suplico. — Ayer mañana cuando entré en el coche con mamá, me hizo sentar á su lado, y me dijo: Toma, amor mio; vé aquí el precio de los males que ha padecido tu padre; por esta miserable herencia no se ha atrevido á confesar tu nacimiento; yo la deposito en tus manos para que tú seas quien se la ofrezca: abre el bolsillo, y cuidado que no toques esta cartera hasta que hayamos llegado; toma tambien este retrato

mio; todo se lo darás á tu padre, diciéndole: Papá, á la naturaleza corresponde ofreceros la imágen de la ternura, y los dones de la fortuna que tanto os ha perseguido. Mamá me hizo repetir muchas veces estas palabras, á fin de que las aprendiese bien, y ya veis que no se me han olvidado; ¡qué lástima que no pueda decírselas á papá!

Dicho esto, Emiliano me enseñó una cartera que contenía cien mil francos en buenos billetes. Vi tambien el retrato de su madre, que me pareció jóven y hermosísima; tambien había dos cartas amorosas, de las que solo pude inferir que los padres de Emiliano, perseguidos por un tio avariento, se habian casado en secreto. Por mi desgracia (mejor diré por la de Emiliano) estas cartas no estaban firmadas; y sus razones eran tan generales, que ni aun pude descubrir la profesion ó empleo de los padres del niño; en una palabra, todo era para mí un profundo misterio. El niño poseía cien mil francos, y me penetraba el corazon cuando con la mayor franqueza y confianza me decía: Tomad, tomad esto para que podais ir al mercado; y si papá me lo pide algun dia, yo le diré que vos me habeis socorrido y alimentado, y se quedará contento.

Al mismo tiempo me daba el niño mil tiernos

abrazos. Tomé el dinero y las cartas; pero no quiso desprenderse del retrato, por mas que le hice presente que podía romperlo. Cuando ví en mi poder esta cantidad, pensé cómo podría emplearla, y en la cuenta que acaso tendría que dar de ella algun dia. Indecisa sobre la conducta que debía observar, por lo delicado de la materia, tomé por fin el partido de ir á consultar este punto con un hombre muy caritativo y virtuoso llamado Laurant, el cual, aunque bastante necesitado, me habia favorecido varias veces. Cogí pues de la mano á mi pupilo, y le llevé á casa del señor Laurant, que ocupaba una estrecha habitacion cerca de aquí. Sorprendióle mucho el caso, y su primer pensamiento fué depositar el muchacho y el dinero en manos de algun hombre público; pero temió á la codicia, y que el niño, despojado de cuanto le pertenecía, fuese á parar á un hospicio. Tomó, pues, otro partido mas prudente este hombre sensato, y nos dijo: Permaneced en mi casa todo el tiempo necesario para las diligencias que debemos hacer á fin de descubrir los padres de este niño: si nada adelantamos, entonces veremos lo que se ha de hacer.

Consentí en esta idea, porque me pareció justa, y Laurant, tomando todas las precauciones conve-

nientes para que no se descubriese el secreto, hizo cuantas diligencias son imaginables; pero transcurrieron tres meses sin que nada se averiguase; por lo cual Laurant me decidió á lo que se avenía mejor con la fortuna y la probidad. Hizo venir á su casa un notario, ante el cual compré la casa en que ayer me visteis, con unas tierras muy fértiles dependientes de ella; pero la escritura se otorgó en nombre de Emiliano, que pasó por sobrino mio; y de este modo, despues de mi muerte, se hallará dueño de estas posesiones, las cuales, con sus mejoras, hubiera entregado gustosa á sus padres si los hubiese descubierto.

Ya veis, hijos míos, que yo procedía segun las reglas de la mas estricta probidad; al menos así lo creí. Eduqué á mi Emiliano, que desde luego me miró como madre, aunque siempre conserva la memoria de la que le dió el ser, juntamente con el retrato que besa de continuo, lo que es muy bien hecho; yo soy incapaz de oponerme á los sentimientos de su amor filial.

Así he vivido disfrutando unas conveniencias regulares con mi amado Emiliano, á cuya educacion atendí con todo el esmero posible: presente le teneis; á él le debo el fin de mis desgracias, el

retorno de mi fortuna, y el descanso de mi vejez: mis propios hijos no serían mas respetuosos, dóciles y tiernos. Ignoro si sus padres le han hecho buscar, pero hace diez años que nada se sabe de ellos. Emiliano es huérfano... pero no, no lo es, teniendo como tiene en mí una madre que le ama, le adora, y á quien él corresponde con la mayor fineza; abrazadle, hijos míos, y miradle como modelo de los buenos corazones.

Así acabó la anciana Brígida su relacion, estrechando en sus brazos á su hijo adoptivo, del cual luego se apoderaron los hijos de Palemon. Emiliano, que era dulce y muy sensible, se enterneció en los brazos de [sus amigos; y esta escena arrancó lágrimas dulcísimas al virtuoso padre de familia. Todo el mundo quiso luego ver el retrato de la madre de Emiliano, y pasó por manos de todos; luego le recogió Emiliano, le aplicó á su corazon, y despues le dió mil besos. ¡Cuánto deseaban los hijos de Palemon saber los sucesos de los padres de este jóven! tal vez competia su deseo con el de la misma Brígida y su hijo adoptivo. Paciencia, niños; acaso veremos en breve á este Emiliano que tanto amais, entrar en el seno de su familia que le llora hace tanto tiempo; acaso tam-

bien... pero no anticipemos noticias que inquieten mas á nuestros niños; es forzoso que el tiempo traiga consigo los sucesos, y desarrolle á nuestros ojos el cuadro de las vicisitudes humanas: entonces seguiré fielmente el hilo de esta aventura.

Muy bien se habia empleado esta tarde; Brigida y su hijo adoptivo fueron obsequiados por los hijos de Palemon que les sirvieron varias frutas, leche y otros rústicos regalos. En seguida se retiraron, prometiendo volver algunas veces. Despues que se ausentaron, se habló largo tiempo de la admirable historia que se acababa de referir; y el anciano tomó de ella motivo para sentar una moral escelente sobre la satisfaccion que produce el dar limosna, y sobre la probidad de la buena anciana, que no habia querido apropiarse unos bienes que la fortuna la ofrecia, y la debilidad de la infancia no la hubiera podido disputar. La moral, cuando se esplica con dulzura, es un bálsamo salutifero, cuyo aroma penetra el sentimiento y el espíritu. Nuestros jóvenes amigos así lo espermentaron; se acostaron alegres, y durmieron sosegados hasta la mañana siguiente.

TARDE XVI.

LA ENVIDIA.

Del propio bien descuidada,
Del bien ajeno oprimida,
Está la envidia suicida
En devorarse ocupada.
Mirala desfigurada,
Pálida, triste, ojerosa;
No de su mal pesarosa,
Sino del bien que propicio
Obtuvo en su beneficio
El que ella odia rencorosa.

Los hijos de Palemon se amaban tiernamente; pero el anciano había advertido que Adela se iba haciendo caprichosa y que abrigaba el deseo de dominar á sus hermanos. Benito por su parte se complacía en oponerse á cuanto hacian los demás, y en particular aquella, que gritaba, lloraba y pateaba á cada momento. Ocurrió la mañana de este día que

Adela dibujaba en la huerta desde donde copiaba un punto de vista. Benito se acercó á ella y la dijo:— ¿Por qué dibujas esa colina? yo la tengo casi concluida para presentarla á padre, y si tú tambien la llevas despreciará mi obra. — Y yo qué culpa tengo? no lo sabía.— Pues debias suponerlo... estaba por hacerte pedazos el dibujo! — A que no lo haces.— ¿Quieres verlo? — Sí.— Pues mira... y tomando el dibujo le hizo trizas. Adela gritó y le llamó bárbaro, envidioso, atrevido... Benito la amenazó y ella huyó y se encerró en su cuarto.

Palemon lo supo todo, y deploraba la obstinacion de su hija, y la brutalidad de Benito, cuyas pasiones naciesen anunciaban un carácter duro é intratable. El buen padre se paseaba lentamente en su huerta, reflexionando con dolor acerca de las fatigas que causa la educacion de los hijos. Este Benito, decia para sí, me ha de dar muchos pesares, si no acudo prontamente al remedio; es atropellado, colérico, envidioso, y además de eso nada hace bien, como lo hacen sus hermanos; necesita un terrible castigo, y desde hoy mismo se lo he de imponer sin compasion ni debilidad, y sin atender á los ruegos y lágrimas de sus hermanos, que tienen mejor corazon.

Despues de haber reflexionado así, formó un proyecto raro, pero escelente, para corregir á este muchacho, que continuamente le estaba causando disgustos. De nada se dió por entendido; y segun lo acostumbraba, puso buen semblante á todos, y aun al mismo Benito. Al acabar de comer convidó á sus hijos á dar un paseo en su compañía por el bosque cercano. ¿Habeis visto hacer carbon? les preguntó. Todos respondieron que no. Pues es preciso que lo veais; quiero que conozcais todas las producciones de la industria de los hombres, á fin de que sepais apreciar el valor de las cosas y el trabajo de los que os las procuran. Los muchachos se alegraron mucho de esta proposicion; hasta Benito, que era bastante perezoso, saltaba de alegría, porque lograba estas horas de descanso en sus ocupaciones. Toda la familia estaba dispuesta á partir, menos Adela; pregunta por ella Palemon, y Benito le dice que está indispuesta y encerrada en su cuarto. Va Marcela á llamarla, y Adela responde sollozando que la duele la cabeza, y no tiene gana de salir: el padre vá personalmente á buscarla, y para escusar una delacion que no quiere oir, pues lo sabe todo, la dice: ¿Estás enferma, hija mia? — Si señor; y mucho. — Vaya, ven conmigo á tomar el aire, y

esto te aprovechará. — Pero, señor, Benito... — Benito vendrá con nosotros y muy contento. — Lo que me ha hecho... — Señorita, yo la mando que no me replique, y baje al instante. — Pero señor... — ¿Cómo? ¿no he dicho que no gusto de réplicas?

Siguió á su padre Adela; pero durante el camino, puso especial cuidado en no arrimarse á Benito; este fingió que no lo advertía, y se entregó á su acostumbrada alegría. A la media hora de marcha, llegaron al bosque, se internaron en su espesura, y luego advirtieron el humo de una carbonera; Palemon dirigió á ella sus pasos. Un hombre todo negro salió de una cabaña construida debajo de los árboles, se presentó á los muchachos, y les explicó el modo de hacer carbon, las precauciones que se deben tomar, y las fatigas que cuesta este trabajo á los que velan sobre él noche y día. Maravillados los muchachos, mostraban en su silencio lo mucho que les interesaba esta explicacion. Cuando concluyó el carbonero, Palemon le obligó á sentarse á su lado, y le dijo: ¡Bien duro es, amigo mio, el trabajo en que os empleais! — ¡Ah, señor, no me hableis de eso! muchas veces me ha cansado este oficio; pero me es preciso seguir la voluntad del cielo, sin embargo de que no me había destinado á se-

mejante ocupacion.— ¿No? ¿no habiais nacido para tal estado? ¿pues quién ha podido precisaros...—La desgracia y mi culpa.— ¿Vuestra culpa? — Sin duda: ¡si no hubiera abrigado en mi pecho el odio y la envidia !... ¡qué imprudencia la mia ! ahora disfrutaria todos los regalos de la fortuna. — ¿Quereis referirnos vuestra historia? — Con mucho gusto: mi historia no me hace honor; pero tal vez podrá servir de leccion á estos amables niños, para que no se malogren las bellas disposiciones que anuncian.

Los hijos de Palemon se estrechan: sus semblantes indican su curiosidad; observan el mayor silencio, y el carbonero dá principio á su historia en estos términos:

HISTORIA DEL CARBONERO.

Yo soy hijo de un comerciante de París; tenía un hermano y una hermana de tierna edad, cuando falleció nuestra madre. Quedó mi padre solo á la cabeza de su familia; era virtuoso, pero tenía mucha credulidad y poca firmeza. Adoraba en mí, con exclusion de mis hermanos; yo era su ídolo y su oráculo: cuanto le decía era bien dicho, y cuanto hacía bien hecho; los otros sufrían reprensiones con-

tinuas; y la preferencia con que me distinguía mi padre lisonjaba tanto mi vanidad, que los maltrataba sin cesar, y hacía de este modo insufrible la situación en que los infelices se hallaban.

Desde los mas tiernos años, mi carácter dominante y envidioso había sabido hacer á mis hermanos odiosos á nuestro padre, valiéndome para ello de continuas delaciones, ya verdaderas, ya falsas ó figuradas, segun mis caprichos. Todo lo malo que se hacía recaía sobre ellos; los cuales, gracias á mis informes, eran tenidos en concepto de desaplicados, quimeristas, golosos; en una palabra, tenían todos los defectos, y yo todas las virtudes. Daba mi padre crédito á cuanto yo le decía, y por eso resolvió que me quedára en su compañía, y mis hermanos fuesen puestos á pupilage. Vime enteramente dueño de la casa, y me valí tanto de mi ascendiente, que logré que mi padre no fuese á ver á sus hijos, y no les enviase sino lo muy preciso. En estas circunstancias murió mi hermano de viruelas: desgracia que á mí no me fué sensible, pues tenía un obstáculo menos contra la dominacion que queria ejercer, y los proyectos que andaba maquinando en mi cabeza; porque aunque solo tenía diez y ocho años, y aunque la disipacion y las pasiones dominaban mis sentidos,

no por eso dejaba de atender á lo venidero, y decía para mí: mi padre es rico: su hacienda le produce sobre poco mas ó menos, diez mil libras de renta, y dos veces mas su comercio; somos dos hijos; si partimos este caudal, ni uno ni otro seremos muy ricos. ¡Si yo no tuviese que partir con otro! ¡si pudiera desconceptuar á mi hermana con mi padre, de modo que este la desheredase, ó que huyese de casa para siempre, poseería yo entonces una gran fortuna!

Estas vilísimas ideas se apoderaron de mi corazón de tal manera, que desde el instante en que así pensé, dirigí todas mis baterías para arruinar á una hermana que detestaba: ahora vereis cómo lo dispuse, y el fruto que saqué. Fué mi intencion hacerla caer en un funesto lazo, y para no fiarme de nadie, yo mismo me hice el héroe de esta aventura. Estaba mi hermana en una severísima casa de educacion: por medio de un mozo de recados, á quien pagué muy bien, le hice entregar el billete siguiente:

« Amable Cecilia: me constan vuestros disgustos y triste situacion, y como he tenido la dicha de veros, vuestras gracias se han apoderado enteramente de mi corazon; soy jóven, bien nacido y rico, y desearia saber si admitiríais sin repugnancia el rendimiento de vuestro tierno amante — *Valvil.* »

Cecilia, que solo tenia diez y seis años, leyó el billete, al principio con sorpresa, despues con cuidado, y al fin con emocion. El abandono de un padre, el odio de un hermano, cuyas persecuciones no ignoraba, todo había sumergido su alma en una tristeza profunda : presentábase un hombre que compadecía sus males, y se interesaba en su suerte: considerábase amada de un jóven noble y rico: ¿qué muger en su estado resistiria los asaltos de su imaginacion? Leyó cien veces el billete, y no pudo menos de suspirar por una situacion venturosa.

Quando creí que su imaginacion se hallaría ya bastante exaltada, aventuré otro billete pidiendo respuesta; no la obtuve y lo estrañé mucho, pero á la tercera carta me contestó estas pocas palabras: *Señor, haceos conocer, y entonces se os dirá si podeis esperar.* Estremada fué mi alegría: al instante forjé otro enredo, con el cual se hizo creer á mi víctima que el *Valvil* que la amaba era hijo de un hombre riquísimo y muy noble, decidido á no dar á su hijo por esposa sino una muger de la primera distincion: no olvidé las imprecaciones contra la injusticia de la suerte, y contra el irresistible amor que me rindió á Cecilia la vez primera que la ví paseando con sus compañeras: en fin, que me moriría si no con-

seguía de ella el hablarla por la noche en la calle del Sena por la ventana del cuarto de una de las colegialas, cuya confianza pude ganar.

Nada es comparable á la turbacion de Cecilia al leer la carta que contenía todo esto. Me respondió que lo que la pedía era un empeño muy aventurado: que no cometería jamás semejante imprudencia; y que una vez que no podía esperar que yo la pidiese á su padre, me suplicaba ¡no prosiguiera en importunarla.

No me desanimó esta severa respuesta. Aunque yo era tan jóven, bien conocía el corazón de las mugeres. Una sociedad corrompida, juntamente con la lectura de malos libros, me había dado toda la esperiencia de un libertino de cuarenta años: así pues, proseguí constantemente mi empresa, enviando carta sobre carta.

Me preguntareis ¿cómo Cecilia no conocía la letra? En primer lugar, yo la desfiguraba; además mi hermana había salido muy niña de casa, en la que apenas estábamos juntos un cuarto de hora; y por fin, ¿cómo la infeliz podía recelar un proyecto tan horrible de mi parte? Era Cecilia el mismo candor, y nunca habría reparado en la similitud de letras: se creía sinceramente amada; y aun sin cono-

erlo, ya correspondía al que la ofrecía su corazón. ¡Infeliz! ¿p podía ser engañada con mayor crueldad?

Seis meses de paciencia me costó el conseguir que me hablara. Cuando se verificó, di por logrados mis pensamientos. Una de sus compañeras, sensible á sus desgracias y á la suerte que se la presentaba, la franqueó su cuarto, al que se trasladó á media noche. Yo había hecho vestir perfectamente á mi criado, que era un jóven algo fino y de talento; le habia ensayado el papel que debía representar, porque poco mas ó menos bien conocía lo que puede decir una jóven en semejante ocasion. Mi criado, pues, representó el papel de Valvil amante y desesperado: yo estaba á corta distancia oculto detras de un ángulo que formaba la pared, y oí toda la conversacion. Cecilia le hizo mil preguntas, y despues de confesar que correspondía á su afecto, le preguntó cuál sería el término de una pasion que adjuraba si no llegaba á coronarse con indisolubles lazos. Contestóla mi criado que el casarse era facilísimo; que tenia una tia que adoraba en él, y ya estaba enterada de su pasion: que la esperaba impaciente, y que en su casa se casarian de secreto: que además, se encargaba esta tia de componer despues el asunto con su padre, porque este era muy bonda-

doso; y que en fin, aun cuando lo llevase á mal, la tía tenía sobradísimos bienes para recompensar á sus sobrinos lo que por otra parte les pudiesen negar.

Todas estas proposiciones deslumbraron á Cecilia, y pidió tiempo para reflexionar; pero mi criado la estrechaba, no queria dilaciones; decia que se moria de amor, y que se daría de puñaladas á su vista si cuanto antes no conseguia el objeto de su ternura. Asustada Cecilia, prometió decidirse dentro de ocho dias; y amo y criado nos retiramos muy satisfechos de nuestra empresa.

Al instante levanté otras baterías para sostener las anteriores. A la mañana siguiente recibió mi padre una carta supuesta de uno de los maestros de la casa de educacion en que estaba mi hermana, informándole de que esta tenía mil defectos, que era muy ociosa, que se presumía andaba un poco distraida, con otras cosas por este estilo. Mi padre me comunicó este tejido de calumnias: yo le determiné á que al punto escribiese á su hija, y le dicté las espresiones. ¡Cómo quedó Cecilia al leer la terrible carta de su padre! en ella la decia que había resuelto abandonarla; que nunca la establecería; que estaba dispuesto á maldecirla, y otros horrores de

igual naturaleza, que oprimieron su sensible corazón. La desgraciada reconocía en todo esto los efectos del odio de su hermano; ¿qué hará? si escribe, serán interceptadas cuantas cartas envíe. ¿Seguirá al jóven Valvil, que la ofrece un destino venturoso? ¡En qué ideas, en qué confusiones se halla sumergida!

Dos dias despues recibió una carta del supuesto Valvil, y otra de la tia de este jóven, concebida en estos términos:

«He sabido vuestras desgracias, amada sobrina
»(permitidme este nombre): no ignoro que Valvil
»os ama, y yo lo apruebo, porque todos los informes que he tomado son otros tantos elogios vuestros. Estad dispuesta el lunes á la media noche:
»bajareis por la ventana de vuestra amiga, para lo cual se os facilitarán los medios: si esta quiere
»acompañaros, yo soy bastante rica para mantener á entrambas: yo misma os recibiré en mis brazos,
»y un coche nos trasladará brevemente á mi castillo, donde el himeneo espera al amor: ¡qué consuelo será este para mis cansados años! ¡y qué dulzura será para vos vivir en el seno de una tia;
»y en el del padre de vuestro esposo! porque conozco muy bien á mi hermano, y tengo sobre él

»bastante imperio para obligarle , despues de vues-
»tro casamiento, á quanto sea del agrado de vues-
»tra tierna y amante tia.— *Ursula de Valvil.*»

Esta intriga carecía del fundamento necesario para alucinar á una muger que tuviera mas instruccion y esperiencia que Cecilia ; pero á los diez y seis años, sin conocimiento del mundo y sus seducciones, ¿era estraño que cayese en el lazo? Esta carta bastó para inspirarla la seguridad de que su amante no la había engañado, pues que su tia, muger respetable , aprobaba su eleccion , y aun se prestaba á contribuir por todos los medios á su felicidad. La pobre Cecilia consultó á su amiga, que era huérfana, y tambien sin esperiencia del mundo, la cual consintió en acompañarla, y quedaron convenidas en estar dispuestas para la noche siguiente, que era la señalada.

En fin , llegó el momento del rapto, que era el golpe terrible, y se dió felizmente sin que yo compareciese ; afecté este dia un fuerte dolor de cabeza, y me encerré en mi cuarto por la noche, pero no pude dormir. Atormentado de la idea del crimen que cometía , recelé que mi padre advirtiese la alteracion mi semblante, y adivinase la causa : ¡ cuán cierto es que el culpable teme siempre que sus maldades se

descubran aun por las personas que están mas lejos de presumirlas!

Durante este tiempo, mi astuto criado, en compañía de una vieja infame con quien se contaba para el lance, se trasladó á la calle del Sena; una escala arrimada á la pared facilitó la evasión de Cecilia y su amiga; ambas entraron en un coche en que las esperaba la fingida tia, entró luego mi criado, y se pusieron en camino.

A la mañana siguiente supe todo lo ocurrido cuando mi padre recibió la noticia por los maestros de mi víctima. Hacía bastante tiempo que estos habian avisado que mi hermana recibía ocultamente papeles amorosos; que muchas veces la habian visto hablando con un jóven por la noche, que sin duda era este el raptor, y que para colmo de tanta maldad, la criminal Cecilia habia seducido á una compañera en sus desórdenes y fuga.

Bien supondreis que adelanté mi perfidia hasta el punto de agriar, en cuanto pude, la indignacion de mi anciano padre. En efecto, le dije, ya me habian hablado de que trataba con un mozo despreciable é intrigante; pero creí que fuese una impositura, pues nunca hubiera pensado que mi hermana fuese capaz... ¡ Oh cielos! ¡deshonrar la familia,

causar tantos pesares á tan buen padre! ¡Ah! decidios á no verla jamás. Contémosla ya por perdida, padre mio, por perdida para siempre.

Añadí otras mil exclamaciones, y disfruté el cruel placer de oír á mi padre maldecir á su hija, y jurar que la abandonaba enteramente. Mi hermana, al partir con su fingido amante, habia dejado sobre la mesa una carta para mi padre, y yo cuidé de que no la viese; en ella le hablaba de su amor á un jóven rico y bien nacido; de las persecuciones de un hermano bárbaro; y en fin, queria justificarse, en cierto modo, de su temerario arrojó: quemé esta carta como lo habia hecho con otras anteriores, y creí gozar en paz de mi perfidia. Estos sucesos causaron tal pesadumbre á mi padre, que enfermó peligrosamente; yo no me separé de su lado; é hice tanto, que desheredó á mi hermana, y me nombró por su único heredero.

Habia conseguido el objeto de mis maldades, mas no debia disfrutarlo largo tiempo; pronto vereis cómo el cielo disponia los sucesos para castigar el crimen, y dejar triunfante la inocencia oprimida; pero antes de llegar á la venganza divina, que tanto habia merecido, debo retroceder á la calle del Sena, al momento del rapto de Cecilia, y seguir á

esta crédula víctima del odio y ambicion del hermano mas perverso. Sin duda deseareis saber lo que sucedió con el falso Valvil y la supuesta tia; luego conoceréis sus desgracias, y el modo cruel con que quedó desengañada.

Era la media noche y volaban los fugitivos..... Aquí Palemon suplicó al carbonero que suspendiese su narracion, porque tenia que andar media legua para volver á su casa, y temia hallarse de noche en el bosque con su tierna familia. Mañana volveremos, le dijo, y continuareis una historia que nos interesa infinitamente.

Convino el carbonero; Palemon volvió á la granja con sus hijos, y su conversacion recayó sobre los horribles crímenes del hombre que habian visto; el anciano tuvo cuidado de dirigir indirectamente algunas aplicaciones á Benito y á su hermana; estos bajaron los ojos, pero no tuvieron valor para abrazarse. Palemon quedó indignado de ello, y mucho mas de la obstinacion de Benito, que era el mas culpado, lo cual le decidió á castigarle severamente: en la tarde siguiente veremos cómo se manejó para ello.

TARDE XVII.

LA RECONCILIACION.

¡ Cuan dulce es el abrazar
A un pariente ó un amigo
De quien el hado enemigo
Nos procuró separar !
¡ Cuan bello es el perdonar
A quien cruel nos persiguió !
Si villanamente obró,
Aprenderá su malicia
A desterrar la injusticia
Y amar á quien ofendió.

ADELA pasó la mañana siguiente encerrada en su cuarto y sin ver á nadie, esperando que su padre la preguntase las causas de su enojo, pero Palemon permaneció silencioso pues no quería chismes ni delaciones entre sus hijos. Por la tarde volvieron al bosque donde ya los esperaba el carbonero, quien continuó su historia de este modo:

CONCLUYE LA HISTORIA DEL CARBONERO.

Era media noche; hacía largo tiempo que el coche corría, y Cecilia turbada no había aun examinado las personas que la acompañaban. No respondía á nada de cuanto la hablaban; tal era el efecto de su inquietud, y acaso de su arrepentimiento. Su amiga, menos culpable y mas resuelta, hacia el gasto de la conversacion, porque Laura (que así se llamaba) gustaba de hablar mucho: Señora condesa, decía á la vieja, yo he seguido á mi amiga, y sentiría infinito que me separasen de ella; una vez que se case, me quedaré por camarera suya, y no la dejaré hasta la muerte.

La vieja accedía á todo, mientras que el falso Valvil se ocupaba en distraer á Cecilia, hablándola de sus amores, jurándola una constancia eterna, y añadiendo: Cuando ya seamos esposos mi padre consentirá: ¿no es así, tia mía? ¿no convendrá en todo?—Sobrino mio, yo te aseguro que tu padre para mí es lo de menos en este asunto.—Pero decidme algo por favor, Cecilia hermosa: oiga yo de vuestros lábios siquiera una espresion que me asegure

de vuestro amor, porque temo que mi temeridad haya escitado vuestro aborrecimiento.

Cecilia casi nada respondía : desde que entró en el coche empezaron á agitarla mil pensamientos funestos. Veía abrirse un abismo que sin duda la iba á sepultar, y se arrepentía de haber sido tan crédula: además observaba que el sobrino y la tia se hablaban al oido, y de cuando en cuando prorumpian en unos estremos de risa que no podian contener, lo cual escitaba mas y mas su inquietud; y á no ser porque Laura la animaba, se hubiera deshecho en lágrimas. En esta situacion pasaron toda la noche, y cuando amaneció ya estaban á diez leguas de París. Entonces Cecilia, contemplando las dos figuras que la acompañaban, empezó á temblar. Vió á un jóven de no mala fisonomía; pero que anunciaba en ella la ignorancia y grosería tan propias de su verdadero estado, y á su lado una vieja horribilísima, muy pintado el rostro; reparó que sus vestidos eran sucios, antiguos y muy ordinarios; á esto se agregaba su voz bronca y licenciosas palabras.

Hubiera querido Cecilia comunicar sus temores á Laura; pero no era fácil: ésta mas ligera y de menos discernimiento, no hizo reparo alguno en loque tanto cuidado infundía á su compañera: por el con-

trario, lo aplaudía todo, é interiormente se lisonjeaba de gozar en adelante una suerte feliz con personas de tan alta calidad. Cecilia perdió enteramente el uso de la voz, y solo exhalaba algunos profundos suspiros, levantando los ojos al cielo, como para preguntarle si la castigaba por haber faltado al respeto de su padre, al suyo mismo y á las obligaciones de su sexo.

A la hora de desayunarse entraron en una posada, donde comenzó á descubrirse mas el carácter de los dos intrigantes. Nada quiso tomar Cecilia; pero la vieja golosa pidió vino, jamon y otras mil cosas. Entre tia y sobrino despacharon tres botellas de vino, y se bebieron una cantidad considerable de aguardiente: Laura solamente tomó chocolate.

Póngase cualquiera en lugar de Cecilia, y considere las reflexiones que haría. Animados entrambos malvados con la fortaleza de los licores, principiaron á tratar de sus palacios y posesiones, diciendo mil tonterías para suponerse gentes de clase y de fina educacion. Despues que concluyeron de beber, el supuesto Valvil salió, y la vieja se durmió profundamente. La desgraciada Cecilia aprovechó estos momentos para comunicar á Laura sus recelos, y la dijo: ¿Qué gentes son estas á las que nos hemos en-

tregado? ¡santo Dios! ¿pueden darse personas mas groseras y despreciables?—Yo, amiga mia, hace poco que lo he reparado: y en efecto, su exterior, sus palabras y acciones se me hacen muy estrañas.— ¡Ay! ¡qué hemos hecho! ¡qué imprudencia la nuestra! ¿Es este aquel Valvil tan tierno y sensible que me escribía cartas tan llenas de amor y delicadeza? ¿Es este aquel amante tímido y sumiso que me encantó con la magia de su estilo? No es sino un hombre horroroso y detestable á quien aborrezco mortalmente, y con quien me sería la vida insoportable; y esta vieja loca, que se dice su tia, es una de las mugeres mas comunes y despreciables, bebe hasta el extremo de embriagarse, y jura, sin embargo de que he advertido que los dos parecia se querían contener por estar nosotras delante. No es posible, no: no puede ser que estas gentes sean bien nacidas. ¡Oh amiga mia! ¿seré víctima de alguna intriga secreta, ó de alguna traicion horrorosa? ¿habré sido causa de tu perdicion y la mia? Sí, un espantoso vacío se presenta á mi temerosa imaginacion; no hay duda; estoy amenazada de alguna grande desgracia, y estoy ya sumergida en ella á pesar mio... ¿qué digo? ¿á mi pesar? yo, Laura, yo tengo la culpa de todo. Me he entregado á un hombre á quien

solo he visto una vez en medio de las tinieblas de la noche. ¿Quién me ha salido garante de su clase, riquezas y probidad? ¿Quién me ha dicho que no me abandonaba á un peligroso seductor? ¡Cecilia! ¡desventurada Cecilia! ¿que es lo que has hecho? ¿qué partido es el que te resta? ¿quién te protegerá? ¡oh Dios mio! ¡oh Dios misericordioso!

La infeliz ocultó su rostro entre las manos, que inundó con un torrente de lágrimas. En vano procuraba Laura consolarla; y ya se decidía á una violenta resolucion, cuando vió entrar á su supuesto amante; pero ¡en qué estado! Valvil había vuelto á beber con los mozos de caballos, y estaba casi embriagado: miró á Cecilia, y á medias palabras la dijo: ¿Lloras, muchacha? ¿qué tienes? vaya que no será nada: vamos, mi honradísima tia, ya es hora de volver al coche.

La tia no despertó hasta que sacudida violentamente por el fingido sobrino, se volvió hácia él diciendole: ¿Qué diablos quieres de mí, Picard?— ¡Picard! exclamó Cecilia. Al momento la vieja advirtió la indiscreccion que acababa de cometer, y procurando tomar el tono y lenguaje de señora; dijo: Perdona, sobrino, porque estaba soñando con un bribon de criado que tenía llamado Picard: ¿le co-

nociste? le despedí, porque era un borracho.—¡Picard un borracho! Sed mas moderada en vuestras expresiones.

La vieja reparó el fatal estado de su compañero, y temía que cometiese alguna necedad: cortó la conversacion, y subieron todos al coche, donde á breve rato los dos impostores se entregaron á un sueño profundo. Segunda vez se halló Cecilia en libertad de hablar en voz baja con su amiga. Sin conocer á fondo el misterio, estaba enteramente desengañada en cuanto á Valvil y su tia: ademas de esto nunca podría vivir con un hombre tan despreciable: por tanto, se resolvió á permanecer con ellos únicamente hasta que pudiese hallar una ocasion favorable para huir con Laura, la cual tan asustada como Cecilia, consintió en todo.

Pasóse el dia sin que Valvil y su tia pidiesen de comer, ni aun les ocurriese el ofrecérselo á sus compañeras. Por la noche se detuvieron en una venta, donde los dos impostores pensaron sériamente en el obgeto de su viaje, conociendo que Cecilia se habia persuadido del engaño que con ella se usaba. Despues de haber caminado seis dias, en que tanto la vieja como Picard usaron de algunas atenciones con Cecilia y su compañera, al llegar al frente de una

fonda situada en la division de varios caminos, dijo Picard á la vieja: Querida tia, ya es tarde: si os parece, podemos pasar aquí la noche, y mañana, madrugando, llegaremos á la hora del almuerzo á vuestro castillo. Consintió la tia, se apearon y pidieron un cuarto para cada individuo. Se acostaron, y Cecilia, que no podia dormir, angustiada por el remordimiento de su disparatada resolucion, creyó oír que por debajo de la puerta de su estancia introducian un papel: á poco rato advirtió la marcha precipitada de un coche, exhaló un suspiro involuntario, con el que pareció dilatarse su corazon, y se quedó dormida. No bien amaneció, ansiosa de averiguar si efectivamente era cierto lo que presumía, se levantó, y recogió un papel, cuyo contenido era el siguiente:

«A Dios, desgraciada jóven: aquí es donde os
»debo abandonar: estais perdida por haberos de-
»jado robar, y mucho mas fiándoos de gentes desco-
»nocidas. No soy Valvil, como habeis creído; ni la
»que me acompaña es mi tia, sino una muger de
»mala vida, que tambien se concertó para perde-
»ros.»

Ya vé Cecilia realizadas sus sospechas: ya ha comenzado el castigo de su credulidad: ya está per-

dida. Corre á llamar á Laura que aun dormía, y mientras esta se viste, vuélvese Cecilia á su cuarto; pero tropieza con una carta que está inmediata á la puerta: la coge y lee lo que sigue:

«¡Muy bien, Picard! veo por la tuya; que mi
»hermana, mi crédula hermana, se ha figurado que
»eres el bello Valvil. Qué idea tan feliz la mia, de
»enamorar á mi hermana bajo un nombre supues-
»to, entregártela y alejarla para siempre de mi pa-
»dre..... Tampoco yo he estado de mas: mi padre
»deshereda á Cecilia, y me deja todos sus bienes...
»Abandona á esa necia lo mas lejos posible, y ven
»á recibir el premio debido á tan fiel criado: entre
»tanto, morirá el buen viejo porque ya está muy
»decaído, y quedaré dueño de todo, pues esa tonta
»sin recursos y cubierta de oprobio no podrá pre-
»sentarse en ninguna parte. Ven pronto, repito,
»porque yo he supuesto aquí que habías ido á pasar
»quince dias en tu tierra. Quema esta carta.»

Cecilia no dudó un momento que esta carta era mia: la leyó repetidas veces y no podia dar crédito á sus ojos. Informó de todo á Laura y ambas dieron gracias al cielo que las proporcionaba un documento con qué justificarse ante un padre irritado... Pero de qué modo habia de valerse para llegar á pos-

trarse á los pies del anciano, sola y privada de toda clase de recurso?

En la fonda en que se hallaban no se hablaba de otra cosa que de tan extraño suceso: casualmente habia en ella un comerciante de Paris que regresaba á esta ciudad y con obgeto de informarse de la verdad del hecho fué al cuarto de mi hermana, la preguntó, y ella con toda franqueza le refirió lo ocurrido; quiso saber el apellido y quedó asombrado cuando oyó que era hija de un consócio y amigo íntimo suyo.—Yo os presentaré, la dijo, á ese engañado padre; sereis rehabilitada en su cariño, y vuestro indigno hermano sufrirá el castigo que merece.

Habian transcurrido algunos dias y mi padre se hallaba convaleciente de su enfermedad... una noche al volver de una orgía pasé á abrazarle y vi que me recibia con frialdad. — ¿Has tenido noticia de mi hija? — ¿De mi hermana? — Sí, ¿qué sabes de ella? — Señor, no sé que pensar... ese aspecto..... Nunca os he visto de ese modo.— ¡Por que me tenias muy engañado! Y tu criado ¿cuando vuelve de su tierra? — Eso él lo sabrá.—Y yo tambien, pues me lo ha confesado todo.— ¡Confesado! — Señor no os entiendo. Entonces sale Picard pálido, desfigura-

do y me dice : Señor , lo he confesado todo , porque vuestro padre nada ignoraba.

Todavía traté de negar ; pero mi padre , enfurecido , exclamó : Sál , hija mia , y confunde á este infame con tu presencia.

Abrese entonces una puerta y aparece mi hermana conducida por un hombre respetable , se prostra á los pies de mi padre y le suplica me perdone... mi padre me manda alejar de su presencia y yo huí de la casa paterna para no volver mas á ella. Anduve de ciudad en ciudad , de pais en pais , solo y pobre , dedicado á diferentes profesiones , hasta pasados mas de diez años que volví á Paris y supe que mi padre habia fallecido revocando antes su testamento , instituyendo por única heredera á Cecilia , á la cual habia casado con un hijo de su amigo que la habia salvado , en cuya compañía era dichosa. Fui á verla y me recibió con cariño colmándome de beneficios , pero no pudiendo resistir su presencia volví á ausentarme y me dediqué á este oficio en que me veis.

No en vano he oído vuestra historia , dijo Palemon : justamente aquí hay un señorito que procede mal con su hermana ; quiero que se quede en vuestra compañía y aprenda vuestro oficio. Los hermanos quisieron interceder por Benito ; Adela se arro-

jó á los pies de su padre pero nada consiguieron, antes bien esta última supo que tambien para ella habia castigo preparado. Todos estaban tristes menos Benito que con afectada resolucion exclamó:— Al cabo esto no es deshonra.—No, ¿eh? pues bien estareis aquí ocho dias que es doble del tiempo que tenia pensado que permaneciéseis.—Aunque sean quince estaré, padre mio.—Como gustéis, caballero, pero sobre todo, dijo al carbonero, que trabaje, ya que tan buenos deseos manifiesta.

Benito se quedó en la carbonería y los demás con su padre se retiraron tristemente á su casa, considerando la justicia del castigo de Benito, y cómo él mismo le habia cuadruplicado por sus soberbias contestaciones.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

TARDES

CONTENIDAS

EN ESTE TOMO PRIMERO.

INTRODUCCION.	Pág. 7
TARDE I. <i>El Trabajo. Historia de Bernardo el holgazan.</i>	10
TARDE II. <i>La Beneficencia. Aventuras del Viejo mendigo.</i>	23
TARDE III. <i>El Amor propio. Historia del poeta Hilario.</i>	41
TARDE IV. <i>La Amistad. Historia de Dulis y Gerardo.</i>	60
TARDE V. <i>La piedad filial. Historia del padre ciego.</i>	77
TARDE VI. <i>La Ingratitud. Continuacion de la historia de Dulis y Gerardo.</i>	94
TARDE VII. <i>El Desinterés. Continúa la historia del padre ciego.</i>	108
TARDE VIII. <i>El olvido de los agravios. Fin de la historia de Dulis y Gerardo.</i>	115

TARDE IX.	<i>Los Desafios. El padre castigado.</i>	125
TARDE X.	<i>El Agradecimiento. Historia de los tres peregrinos.</i>	150
TARDE XI.	<i>La Presuncion. Continuacion de la historia de los tres peregrinos.</i>	144
TARDE XII.	<i>La Liviandad. Continuacion de la historia de los tres peregrinos.</i>	163
TARDE XIII.	<i>Amor desinteresado. Fin de la historia de los tres peregrinos.</i>	179
TARDE XIV.	<i>La Codicia. El codicioso y el tesoro.</i>	196
TARDE XV.	<i>La probidad. Continuacion de la historia del Codicioso. Historia del niño Emiliano.</i>	215
TARDE XVI.	<i>La Envidia. Historia del Carbonero.</i>	227
TARDE XVII.	<i>La reconciliacion. Concluye la historia del Carbonero.</i>	245